

libro al
viento

POR FIN

Eun Heekyung
Han Kang

HA

Jung Young Su
Kim Kyung-uk
Lee Moon-jae



COMENZADO

Presentación de Andrés Felipe Solano

EL FIN

CUENTOS
Y POEMAS
COREANOS



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Nicolás Francisco Montero Domínguez

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Catalina Valencia Tobón

Directora General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Mauricio Galeano Vargas

Subdirector de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera

Subdirectora Administrativa y Financiera

Adriana Martínez-Villalba García

Gerente de Literatura

Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero

Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica

Molina, María Camila Jaramillo Laverde,

María Eugenia Montes Zuluaga,

Yenny Mireya Benavidez Martínez,

Wilmar Molina Vargas.

Equipo del Área de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, marzo de 2022

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Eun Heekyung, Han Kang, Jung Young Su, Kim Kyung-uk y Lee Moon-jae, por los textos

© Andrés Felipe Solano, por la presentación

© Jinjoo Jin, Sunme Yoon, Jeong Minjeong, Irma Zyanya Gil Yáñez, Álvaro Trigo

Maldonado y Hyeon-kyun Kim, por las

traducciones

Camila Cardeñoso, diseño de la colección

BastardaType y Camila Cardeñoso, diseño de la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Fredy Ordóñez, edición

AdobeStock, por las imágenes de las páginas 182, 196 y de cubierta

Fotografías de los autores:

Eun Heekyung (autor)

Han Kang (Volker Schwarz)

Jung Young Su (autor)

Kim Kyung-uk (Paik Da-huim)

Lee Moon-jae (autor)

ISBN: 978-628-7531-30-7

Buenos y Creativos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Marzo de 2022



GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 n.º 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

POR FIN HA
COMENZADO
EL FIN

7

PRESENTACIÓN

Andrés Felipe Solano

17

¿POR QUÉ?, ¿POR CUÁNTO TIEMPO?,
Y ¿EN DÓNDE?

Eun Heekyung

79

LOS FRUTOS DE MI MUJER

Han Kang

113

NOJOTROS

Jung Young Su

743
LA HISTORIA DE LOS NACIDOS
EN EL AÑO DE LA CABRA
Kim Kyung-uk

773
[POEMAS]
Lee Moon-jae

784
LOS AUTORES

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

PRESENTACIÓN

Andrés Felipe Solano

AL TIEMPO QUE LEÍA LOS CUENTOS Y POEMAS incluidos en esta antología he estado viendo en YouTube un video de una canción en bucle. Es de Jeong Cha-sik, un coreano que alcanzó cierta fama en los años noventa y ahora sufre de insomnio. En el video en blanco y negro, publicado en 2021, el cantante conduce de noche por una autopista y luego toma una carretera secundaria hasta llegar a un pequeño bar de pueblo. Entra y se sienta en la barra. Aparte del dueño tan solo hay dos clientes, uno en una mesa al fondo y otro en la esquina, no muy lejos. Jeong frente a un trago recién servido mira a la cámara y canta. Los demás se sientan a su lado y poco a poco empiezan a mover sus cabezas al compás de la canción. Se mecen como juncos hasta que suena el último acorde. Cuatro personas con historias desconocidas entre sí se acompañan en la noche profunda, por

unos minutos, mientras afuera una pandemia azota el mundo. Esta antología es como ese bar. Así es como estos cuatro cuentos y cinco poemas han terminado reunidos aquí, brillando para nosotros, no siempre de la misma forma e intensidad. Unos lo hacen como los ojos de un animal enjaulado, otros como los edificios de una ciudad bajo el último resplandor del sol, otros como un cigarrillo encendido en la oscuridad antes de dormir.

En “La historia de los nacidos en el año de la cabra” de Kim Kyung-uk (1971) un taxista aborda a un viajero a la salida del aeropuerto y lo convence de subirse a su carro. El conductor insiste en hablarle en japonés a pesar de que el viajero es coreano. El hombre, que por alguna razón está acostumbrado a que a menudo lo tomen por extranjero en su propio país, decide seguirle la corriente al taxista creyendo que la conversación se agotará pronto. No tiene cara de dominar el idioma, por lo menos no tanto como él. Para su sorpresa el conductor lo habla con fluidez. Deshacer el equívoco es mucho más complicado, así que opta por poner a prueba una de esas vidas que se inventa cada tanto cuando lo confunden. Esta es una marca característica de Kim, que recurre a menudo a los malentendidos en sus historias como si se trataran de un axioma vital, como si existir no fuera otra cosa que eso: un burdo malentendido. Lo que prometía ser una

conversación divertida en la que alguien se hace pasar por otro y despliega estrategias que ha ido desarrollando con el tiempo (“A veces la contradicción es mejor que la ambigüedad [...] Una palabra descuidada puede hacer que la torre entera se desmorone [...] Un espía veterano nunca deja un patrón. Haz todo por casualidad. Cabalga las olas de la casualidad y observa lo que dejan entre tus dedos”), termina en una serie de estrafalarias confesiones por parte del taxista. Lo extraño es que todas están anudadas a eventos trágicos, no grandes fracturas pero sí lesiones importantes, que han significado un punto de quiebre en la historia de Corea. Atrapado en esa red que se le antoja toda una mentira, el hombre se molesta y está a punto de perder la compostura. “Los supervivientes somos en cierto modo asesinos”, murmulla el taxista al final de la última confesión, la definitiva. Esta vez lo dice en coreano, como para sí mismo. El cliente, por supuesto, entiende lo que ha dicho y es en ese instante y sin quererlo que los dos hombres se encuentran de frente con la convulsa historia de su país.

En “¿Por qué?, ¿por cuánto tiempo? y ¿en dónde?” de Eun Heekyung (1959), considerada por largo tiempo como la más rompedora y cínica de las escritoras coreanas, la fricción que conduce a la revelación no ocurre entre dos extraños sino entre dos amigas. A Seung-a no le van a renovar el contrato en

la empresa donde trabaja y en un arranque decide gastar sus ahorros en un viaje a Nueva York para visitar a Min-young. En un principio el desfase horario les impide conectar. Mientras una duerme la otra va por comida; cuando una despierta, la otra ya se ha ido al trabajo. La extrañeza se acentúa cuando Seung-a se queda a solas en el viejo apartamento de Min-young. No entiende muy bien por qué su amiga se empeña en vivir en el cuarto piso de un destartado edificio sin ascensor, que poco o nada tiene que ver con las glamorosas fotos que comparte en Instagram. “Seung-a había crecido en un complejo de apartamentos de una ciudad nueva, había estudiado en una universidad equipada con patio de comidas y sala de cine, y había trabajado en la editorial de una revista instalada en un gran edificio de Nonhyeon-dong en Gangnam. A sus ojos, todo lo que había en esa calle era viejo, sombrío, anticuado y precario”. En lugar de recorrer el barrio decide limpiar el lugar y muy pronto ese desfase horario se convierte en un desfase existencial. Al regreso la hosquedad de la anfitriona lleva a Seung-a a pensar en adelantar el viaje de vuelta sin haber visto siquiera la ciudad. El puente entre ambas parece haberse derrumbado. Incomunicadas buscan a tientas cómo enmendarlo en una ciudad que expulsa y atrae al mismo tiempo. Por qué, por cuánto tiempo y en dónde son las preguntas que deberán responderse si quieren conseguirlo.

Ese complejo de apartamentos al que está habituada la joven Seung-a, tanto que no concibe que exista otra manera de vivir, es precisamente la causa de la ansiedad y deterioro en “Los frutos de mi mujer” de Han Kang (1970), la escritora coreana más reconocida por fuera de su país gracias a la desasosegante novela *La vegetariana*, ganadora en 2016 del Premio Man Booker Internacional. Han Kang ha admitido que esta historia es precursora directa de aquella en la que una mujer desea convertirse en una planta a toda costa.

“Creo que me iré secando de a poco en ese lugar donde se apiñan setecientas mil personas; en esos miles de apartamentos todos iguales; en esas cajoneras con cocinas, techos, inodoros, bañeras y balcones todos idénticos. ¡Odio los ascensores, el parque, la plaza de juegos, las tiendas y hasta los cruces de cebra”, le dice la protagonista a su esposo en este cuento que hace parte de todo un subgénero en Corea: las historias de *apatus*.

La guerra (1950-1953) dejó al país más pobre de lo que ya era. Polvo sobre polvo. Uno de los pilares del periodo de industrialización que coincidió con la larga dictadura (1961-1979) de Park Chung-Hee fue la construcción de vivienda y la urbanización, lo que convirtió al país muy rápidamente en una república de apartamentos, el sueño y a la vez la pesadilla de la clase media coreana que se perpetúa hasta hoy. Unas

extrañas manchas en la espalda de aquella mujer confinada en uno de esos apartamentos mientras su esposo trabaja largas horas anuncian lo que será el cambio más importante ante el cual deberá plantarse la pareja de esta historia. A pesar de lo radical, no parece ser el fin de un matrimonio que hasta ese momento estaba anquilosado. “Nunca mi mujer se me había mostrado tan hermosa”, dice el hombre en un momento al comprobar que su esposa nunca será la misma.

Otra pareja le sirve al narrador de “Nosotros” de Jung Young Su (1983) para asomarse a su propia experiencia amorosa. Cuando un joven aspirante a escritor conoce a Jungeun y a Hyeonsu, apenas tres años mayor que él, de inmediato los ubica al otro lado del espectro de los esposos de Han Kang. Viven su historia de amor con tanta confianza y a la vez independencia que quieren escribir un libro a cuatro manos contando todos los detalles de su relación y para eso necesitan a alguien que se los ayude a editar. Seducido por la madurez con que se mueven por el mundo, todo lo contrario al pedregoso camino recorrido con su exnovia (“después de años brutalmente crueles para ambos, se hizo una maraña tal de amor y odio que no podíamos seguir juntos ni romper, y solo esperábamos que apareciera alguien a ponerle fin a lo nuestro. Llegados a este punto en que la relación no daba indicios de mejoría, no tuve otra alternativa

que irme a Shanghái para poder liberarnos el uno del otro”, el escritor acepta el encargo. Los encuentros para revisar el manuscrito del libro se transforman en un triángulo amistoso de paseos y promesas futuras que lo llenan de una nueva vida, hasta que una noche de verano el hechizo se rompe de repente en un lugar muy parecido al de la canción del video de Jeong Cha-sik.

Si esta antología es como aquel bar, donde todos los noctámbulos son bienvenidos sin importar su historia y se consuelan en silencio, entonces nada mejor que el poeta Lee Moon-jae (1959) para tararearles sobre la barra al infortunado taxista y a su cliente, a las dos amigas en corto circuito, a los esposos del *apatu* arranca vidas y al joven aspirante a escritor traicionado y a la vez restaurado por la pareja idolatrada.

La poesía de Lee comenzó como un canto al alma de jóvenes a la deriva tan propio de su generación de posguerra. En el camino el poeta hace ya tiempo que se desprendió de ese ropaje de drama y dolor para abrazar la esperanza, siempre frágil y en consonancia con la naturaleza, pero al fin esperanza, como dejan ver los cinco poemas incluidos en esta antología. “El fin ha comenzado”, escrito en 2021, cuando la idea de estar juntos era un imposible, nos lo confirma:

Por fin ha comenzado el fin.
Tomémonos de las manos y miremos de frente el
comienzo del fin
a esta hora como de ocaso o amanecer
en que lo viejo se está yendo
pero lo nuevo no ha llegado todavía.
Ya ha comenzado el fin.
Bailemos y cantemos, acojamos lo nuevo de
dentro y fuera.
Quizá este fin sea el último
Quizá este comienzo sea el primero.

Seúl, 2022

POR FIN HA

Eun Heekyung
Han Kang

COMENZADO

Jung Young Su
Kim Kyung-uk
Lee Moon-jae

EL FIN



CUENTOS Y POEMAS
COREANOS

¿POR QUÉ?, ¿POR CUÁNTO TIEMPO?, Y ¿EN DÓNDE?

Eun Heekyung

Traducción de Jinjoo Jin

EN LAS PELÍCULAS Y EN LAS FOTOS, ESA CIUDAD siempre aparecía rodeada de edificios o parques. Altas y llamativas pantallas publicitarias se superponían unas tras otras, incontables personas venidas de todo el mundo subían y bajaban con pasos apresurados las complicadas escaleras del metro y hacían espectáculos callejeros delante de una fuente al aire libre. Seguramente al que haya viajado a esa ciudad le pregunten sobre los autos de policía y los taxis amarillos, los hermosos parques y los buenos teatros, los *bagels*, los restaurantes de filetes, las galerías de arte y los museos, el Empire State y el edificio de la Bolsa de Valores. Y tal vez esa persona no pare de hablar de los pequeños bares ruidosos que hay en medio de la ciudad o de la espléndida vista nocturna que

ofrecen los puentes. Sin embargo, nada de esto podría decir Seung-a. De lo único que podría hablar ella era del calor terrible, las ventanas cerradas, el olor de las bolsas de basura negras apiladas en la calle de noche, el correo impuntual y la bicicleta para desplazarse al trabajo que colgaba en una pared de la casa de su amiga Min-young.

SÁBADO

Tardó catorce horas en avión para llegar a esa ciudad. Seung-a permaneció despierta durante el largo vuelo en el que le sirvieron dos comidas, cruzó la línea del cambio de fecha y atravesó las nubes multiformes, la noche negra y el amanecer dorado. Pidió un poco de vino después de que se apagaron las luces del interior del avión, pero ni aun así pudo dormir. Cuando bajó en el aeropuerto JFK, estaba tensa y algo confusa.

Los trámites de entrada al país fueron más fáciles de lo que pensaba. El funcionario le hizo las tres preguntas usuales de por qué, por cuánto tiempo y en dónde. Tal como se había preparado, respondió que había venido a visitar a una amiga y que se quedaría en su casa durante diez días. Al verse a sí misma hablando en inglés en un aeropuerto extranjero, cayó en la cuenta de que había salido de su país y había llegado a otro. Pero ahí se terminaba lo que había preparado para el viaje. Seung-a no hablaba bien inglés, no era buena

orientándose ni tampoco tenía mucho dinero. De hecho, había partido sin ningún plan y motivada solo por vagas expectativas. Después de recoger el equipaje, pasó por la aduana y sacó de su mochila unas gafas de sol de marca y se las puso.

Seung-a encontró con facilidad a Min-young entre las personas que esperaban frente a la salida. Llevaba una camisa arrugada sin mangas y pantalones lisos negros. El pelo, que antes era largo, lo tenía ahora hasta los hombros, y el flequillo le tapaba los ojos. A diferencia de la imagen libre y vibrante que mostraba en Instagram, tenía una cara inexpresiva y cansada.

—Hola, qué tal —saludó Min-young con voz apagada.

—Hola —respondió Seung-a, bajando la mano que estaba agitando.

La última vez que se vieron fue el verano pasado cuando Min-young vino a Seúl para pasar sus últimas vacaciones luego de terminar el posgrado. Se encontraron en el barrio de Seochon y Seung-a la llevó a un restaurante de *tteokbokki* donde la gente hacía largas colas y a una cafetería que vendía un *patbingsu* que costaba doce mil wones la porción. Min-young le habló entonces de la dificultad y la humillación de buscar trabajo en un país extranjero. Parecía frustrada por todos los rechazos que había sufrido cuando decía que no había muchas oportunidades para los extranjeros aunque se hubieran graduado de la Ivy League. También opinó que en

Corea había muchas comidas deliciosas, que todo era rápido y práctico, y que todo el mundo se veía elegante y competente. Sin embargo, no parecía tener deseos de regresar. La única razón de su empecinamiento por encontrar empleo en ese país no era tanto por querer ser independiente, sino porque esa era la única manera de quedarse en ese lugar. Ahora Min-young era por fin una trabajadora en esta ciudad que congregaba a las culturas, las personas y el dinero de todo el mundo.

—Dame eso —dijo Min-young, extendiendo la mano hacia el morral de Seung-a que estaba encima de la maleta.

—No, está bien, no es pesada.

—Como quieras.

Seung-a tuvo que ponerse a toda prisa el morral, del que colgaba una almohada de viaje, y empujar su maleta para seguir a Min-young, que le daba la espalda y comenzaba a andar. Cuando salió, el sol estival de mediodía brillaba fuera del edificio. Era la primera luz y el primer aire con los que se encontraba Seung-a en esa ciudad. Min-young frunció el ceño por el sol, mientras le explicaba que tomarían el tren del aeropuerto que lleva al centro de la ciudad y luego el metro.

En el metro había muchos asientos vacíos. Luego de intercambiar algunas palabras, Min-young cerró los ojos como si estuviera cansada. Pasaron unas dos paradas cuando de nuevo abrió los ojos y le dijo a Seung-a:

—De verdad no me imaginé que vendrías.

—¿Por qué no?

—Porque todo el mundo está ocupado.

—Eso es cierto... —luego de dar esta respuesta vaga, Seung-a miró hacia la ventanilla.

Un rato después Min-young le tocó levemente el brazo y dijo:

—Nos bajamos en la próxima parada.

Luego agregó que era un barrio de inmigrantes griegos y que por eso había muchos restaurantes de comida mediterránea y que Manhattan estaba cruzando el East River.

La casa de Min-young estaba a tres cuadras de la estación del metro. En ese trayecto no muy largo donde hubo que cruzar seis semáforos y doblar cuatro esquinas, Seung-a tuvo que dar pasos rápidos agarrando con fuerza el tirador de su maleta para no perder de vista a Min-young. Le ardían las zonas del empeine que sus sandalias de tiras dejaban expuestas al sol y el sudor le corría por la espalda. En la calle no había rascacielos ni edificios de arenisca roja con el parque de fondo, como aparecían en el Instagram de Min-young. A ambos lados de la calle estrecha se veían de vez en cuando comercios de todo tipo, tiendas de alimentos y pequeños restaurantes. La manera de vestir de los transeúntes también era diferente de la que cabía esperarse de los neoyorquinos.

Seung-a había crecido en un complejo de apartamentos de una ciudad nueva, había estudiado en una universidad con un patio de comidas y sala de cine, y había trabajado en la editorial de una revista instalada en un gran edificio de Nonhyeon-dong en Gangnam. A sus ojos, todo lo que había en esa calle era viejo, sombrío, anticuado y precario.

El apartamento de cuatro pisos en el que se encontraba la casa de Min-young también parecía construido hacía más de cien años. Crecía la maleza entre las grietas de la pared de cemento y había unos cuantos contenedores de reciclaje oxidados y un sofá inservible tirado en el minúsculo jardín de la entrada. Min-young sacó del bolso que llevaba en el hombro un pesado juego de llaves e insertó una en la cerradura de la puerta principal.

—Vivo en el cuarto piso. En la planta baja vive la anciana que cuida del edificio, por lo que tienes que subir en silencio, sin hacer ruido con la maleta.

No había ascensor. Mientras subía la escalera estrecha y oscura que tenía un alfombrado sucio, Seung-a tuvo que detenerse en tres ocasiones en el rellano para calmar su respiración agitada. Cuando llegó por fin al último piso, su mano, suavizada con una crema francesa antes de bajar del avión, se había agarrotado y no pudo moverla por unos instantes.

La casa era más pequeña de lo que pensaba, pero era luminosa y limpia. Nada más entrar, apareció una cocina aseada y

recién pintada, y un poco más adelante, la sala, que tenía un sofá doble de tela y una estantería color crema. Una lámpara de pie con una pantalla de vidrio y algunas plantas hacían el ambiente más acogedor.

Seung-a reconoció la copia de la pintura de Matisse en la pared que Min-young había adquirido en el MoMA y la estatuza azteca que había comprado como recuerdo del viaje que hizo con su madre a México. También le eran familiares la bicicleta de color plateado y el casco que usaba para trasladarse al trabajo. Como si hubiera terminado de hacer la limpieza con prisas, estaba la aspiradora con el enchufe puesto en un rincón. A excepción de este detalle, todo era como en la foto que había publicado en Instagram con las etiquetas de #Acogedor y #Mi sitio. Min-young subía sus fotos muy de vez en cuando, pero Seung-a las miraba todas sin excepción.

La mirada de Seung-a se dirigió hacia el ventanal que daba al patio trasero. La luz del sol entraba en abundancia y se posaba uniformemente en el suelo, las paredes y los libros de la estantería, y eso creaba un ambiente luminoso y acogedor. Sin embargo, Min-young fue de prisa hacia la ventana y corrió la cortina, bloqueando la luz.

—¡Esos bastardos! Están allí de nuevo.

Era la primera vez que escuchaba a Min-young decir una grosería. Le apareció una profunda arruga vertical en el entrecejo

cuando explicó que había unos hombres en el edificio de enfrente que fumaban y espiaban hacia este lado.

—La dejé abierta para limpiar, pero tienes que cerrar la cortina cuando estés en casa, en especial cuando estés sola.

—¿Disparan?

—No, pero te puede pasar de todo aquí si no tienes suerte.

Seung-a se lo había preguntado en broma, pero la respuesta fue inesperadamente seria.

Hacia aproximadamente un mes que Min-young había publicado en Instagram una foto pintando la casa a la que iba a mudarse. También había escrito que todavía le quedaba casi un mes del contrato de alquiler de la casa en la que vivía, pero que la nueva le gustaba tanto que había decidido adelantar la mudanza. Aclaró también que le resultó fácil tomar la decisión porque vivía sola y no tenía compañera de cuarto. Teniendo en cuenta lo que costaba el alquiler mensual en esa ciudad, eso significaba que no solo le gustaba la nueva casa, sino que también estaba bien económicamente. Estas dos cosas fueron las que estimularon a Seung-a a viajar. Cuando alguien comentó: “¡Qué bonita casa! Hazme un lugar que me voy ahora mismo”, Min-young le respondió: “¡Bienvenida!”.

Seung-a tenía un trabajo por contrato. Había ido al Starbucks de enfrente de la empresa por café para los

miembros de su equipo y vio aquella publicación de Instagram mientras esperaba a que sonara la señal vibradora. Ella no despegó los ojos durante un buen rato de la pantalla de su celular. Aunque “Bienvenida” era una expresión común y corriente, en ese momento tuvo la sensación de que era un término significativo de aceptación y buena voluntad que no podía pasar de alto. “Aunque se cierre una puerta ante ti, hay otra que dice ‘Bienvenida’ que este espera”. Como si fuera una revelación, creyó que esa puerta estaba abierta de par en par para ella.

Después de calcular la diferencia horaria, Seung-a esperó como diez horas hasta que Min-young se despertara y le envió un mensaje: “¿Cualquiera es bienvenida? Mira que voy de verdad”. Recibió la respuesta un día después: “Sería incómodo para dormir, ¿no te importa? Es que solo tengo un cuarto”. Apenas lo leyó, Seung-a le respondió diciendo que eso no era problema. Ya tenía el pasaporte electrónico y todo. Pensándolo ahora, seguramente lo había dicho por decir, pero el editor ejecutivo había manifestado en una cena con los empleados que la llevaría de viaje de trabajo al exterior si se presentaba la oportunidad, por lo que había sacado el nuevo pasaporte. Le quedaba poco tiempo, pero podría conseguir el billete de avión pidiéndole el favor a una amiga que trabajaba en una agencia de viajes y tenía pensado cerrar la cuenta de ahorro

que había abierto hacía dos años. Hasta ahora la había mantenido por insistencia de su madre, pero ya no tenía la capacidad de continuar los pagos.

Seung-a sabía que si hubiese demostrado antes semejante voluntad imbatible, hubiera suplicado a sus padres que la mandaran a estudiar algún idioma en el extranjero, como lo hizo su hermano sin ninguna consideración; no hubiera dejado partir a su novio por cuidarse en demasía; y hubiera dejado hace tiempo ese trabajo en el que era normal hacer horas extras y trabajar en días libres sin la remuneración debida. Siempre había evitado tanto el optimismo irresponsable como el pesimismo que llama a la autocompasión. Pensaba que lo realista era adaptarse a las condiciones que se le presentaban. Pero había llegado la hora de demostrar, sobre todo a sí misma, que ya no era ese tipo de persona.

Cuando Min-young le preguntó si podía tomarse diez días de vacaciones, Seung-a le mintió diciendo que sería posible si sumaba los días libres que tenía acumulados. La semana siguiente terminaba su contrato de dos años y era evidente que la despedirían porque no tenían la intención de contratarla como empleada de tiempo completo, pero ella prefirió no contarle esos detalles.

Tal como Min-young le había dicho, solo había un cuarto. Había un perchero con ropa colgada de todas las estaciones,

una cómoda sencilla con espejo y una cama grande en el centro que no hacía juego con lo demás.

—Me la dio una amiga que se casó, aunque es grande para este cuarto —explicó Min-young como justificándose. Luego se sentó a horcajadas, para enseguida acostarse sobre ella.

Seung-a abrió la maleta en el suelo, entre la cama y la cómoda. Solo quedaba espacio suficiente para que pasara una persona. Entonces entendió lo que quiso decirle su amiga con eso de que sería incómodo para dormir. A diferencia de Seung-a, Min-young había tenido un cuarto propio desde el preescolar y no podía dormir con nadie en la misma cama, sin importar cuán grande fuera.

En la parte superior de la maleta estaba el regalo para Min-young. Seung-a había tenido que pasar horas hasta sentir dolor en la vista, viendo “regalos para estudiantes en el extranjero” y revisando las reseñas de los sitios de compra virtuales. Sin embargo, intuyó que su amiga no se alegraría de recibir la sopa de hueso de res en polvo ni el paquete orgánico de alga kombu con mariscos. Hace un rato, cuando Seung-a comentó que la cocina estaba muy limpia, Min-young le contestó que no cocinaba nada porque hacía mucho calor.

Cuando Seung-a entró a la habitación luego de ducharse, su amiga ya estaba durmiendo tapada con una sábana. Ella también se acostó, luego de traer la colcha de verano y

la sábana que estaban encima de la cómoda y ponerla en el piso. Temiendo despertar a Min-young, en lugar de la almohada adicional que estaba en la cabecera de la cama, utilizó su propia almohada de viaje. Aunque tardó un buen rato, pues había estado mucho tiempo despierta, al final pudo conciliar el sueño.

Cuando abrió los ojos, estaba anocheciendo. Min-young no se encontraba ni en la cama, ni en la sala, ni en el baño. Pasó más de una hora, pero no regresó. Como tenía hambre, no tuvo más remedio que sacar una olla del compartimento de debajo del fregadero y hervir el hueso de res en polvo con agua. Encontró un envoltorio de plástico que contenía pasta en el refrigerador, pero estaba tan seco que quién sabe desde cuándo estaba allí. Seung-a comió la sopa de res con arroz instantáneo y, una vez satisfecha, fue a sentarse en el sofá de la sala.

En la estantería solo había libros en inglés y no había televisión. Trajo su teléfono que estaba sin batería y lo conectó al cargador, pero como no había tenido tiempo de solicitar itinerancia de datos, lo único que podía hacer era abrir los archivos de fotos que tenía guardados y jugar con los juegos ya descargados, pero ella no estaba tan relajada como para perder su tiempo con eso. Sin embargo, tampoco se atrevía a salir sola. En aquel lugar oscuro, ella se puso a pensar

detenidamente qué hacía sola en aquel espacio de un país extranjero donde ni siquiera podía abrir las cortinas. Antes de partir, había sentido que todo lo que la rodeaba la rechazaba, pero ahora que había dejado todo aquello atrás, Min-young, la única persona que conocía en esa ciudad, también la estaba rechazando.

Min-young regresó pasada las once de la noche. Seung-a, que se había quedado dormida en el sofá, se despertó de inmediato al escuchar que la puerta se abría.

—Tú sí que duermes profundo —dijo Min-young, desatándose las sandalias—. El primer día no hay que dormir, tienes que aguantar si quieres adaptarte rápido al cambio de hora.

Min-young puso encima del comedor una bolsa de papel muy arrugada, como si la hubiese llevado consigo durante horas.

—¿Has ido lejos?

—Sí, tenía que entregarle algo a alguien —contestó Min-young, sin darle importancia, y señalando la bolsa de papel, añadió—: Es *bagel* y sopa.

—¿Lo compraste en un restaurante de comida griega?

—No, en Greenwich Village.

Aunque Seung-a no tenía mucha información sobre esa ciudad, sabía que Greenwich Village era un barrio de Manhattan donde se concentraban restaurantes y cafés y se encontraba el club de jazz Blue Note. Ahora notaba que Min-young vestía

diferente a como había ido al aeropuerto, pues llevaba una blusa escotada y una falda de chiffón liviana. También olía levemente a alcohol.

—¿Tú no comes? —le preguntó Seung-a.

—Yo ya comí —respondió Min-young y entró a bañarse.

Esa noche Min-young se movió a menudo y a veces hasta emitió quejidos en voz baja como si estuviera soñando. Seung-a se quedó acostada, dándoles la espalda a esos ruidos, pero no tenía nada de sueño. Cuando buscó en su teléfono qué hora era en Seúl y supo que eran las tres de la tarde, se levantó del lecho. Luego se sentó en la mesa y probó la primera comida de esa ciudad en medio de la noche. La sopa era salada y tenía un desagradable olor a carne; y el *bagel*, a diferencia de su fama, era duro y seco, menos rico que el pan de supermercado que recibía de madrugada en Seúl.

Min-young la había conectado al wifi, por lo que Seung-a podía hacer otras cosas, aunque fuera lento. Esperó a que amaneciera durante horas mientras miraba las noticias del lugar que tanto había deseado dejar atrás y las redes sociales de sus amigos. Y alrededor de las doce del mediodía del domingo, hora en que Min-young se despertó, ella se quedó dormida profundamente de nuevo. Esta vez tampoco Min-young despertó a Seung-a.

LUNES

Mientras se preparaba para ir a trabajar, Min-young le entregó dos llaves: una era de la puerta principal de la planta baja y la otra, de la casa.

—A la anciana que cuida del edificio no le gusta que vengán invitados. ¿Viste el sofá que está al lado del bote de basura en la entrada? Ella se sienta allí y observa a todos los que entran y salen. Desconfía de que realquile el apartamento a otra persona.

Seung-a se puso nerviosa.

—¿Y si entra de repente?

Min-young negó con la cabeza y dijo:

—Entrar sin avisarle al inquilino es ilegal.

Seung-a vio que su amiga sacaba del refrigerador dos rebanadas de pan, untaba una capa gruesa de mantequilla de maní en una, ponía la otra rebanada encima y la metía en una bolsa de papel amarillo. También puso café en un termo y guardó todo en su bolso. Debía de ser su vianda. Por su cabeza, pasaron los restaurantes de comidas deliciosas en los que podía elegir un menú distinto en cada almuerzo en Seúl. Aunque había escuchado que la hora del almuerzo era corta en esa ciudad, no se imaginó que su amiga comería pan con mantequilla de maní.

—¿Has desayunado?

—No suelo comer nada —contestó secamente Min-young—. Allí te dejé café y queda *bagel* en la bolsa.

Seung-a siguió a su amiga hasta la puerta. Min-young sacó del zapatero un par de zapatos sin tacones y de suela gastada y se los puso. Como si le incomodara que la despidieran, se giró y le preguntó:

—¿A dónde vas a ir hoy?

—No lo sé, ¿a qué hora regresas?

—Creo que vendré tarde.

—Está bien —dijo Seung-a, asintiendo con la cabeza y esforzándose por no mostrar ninguna reacción. Luego preguntó tocando la bicicleta—: ¿Hoy no vas en bicicleta al trabajo?

—No —la respuesta de Min-young fue breve y rápida.

Después de que salió Min-young por la puerta, Seung-a se paró frente a la mesa con una sensación de impotencia. Habían pasado tres días desde su llegada, pero no había hecho nada. ¿Cómo había desaparecido el día anterior? Cuando Seung-a se despertó por la tarde, Min-young estaba sentada frente a la mesa, tenía a su lado una taza de café y estaba mirando la pantalla de su portátil. Cuando salió del baño media dormida, Min-young estaba poniéndose las pantuflas en la entrada, con la billetera en una mano y una bolsa grande en la otra. Explicó que para poder usar ropa interior limpia durante la semana tenía que ir sin falta a la lavandería

autoservicio aunque fuera una rutina molesta de domingo. De regreso, trajo unas rosquillas que eran la especialidad del barrio. A Seung-a le parecieron algo dulces, pero, como estaban tibias, no le supieron nada mal.

¿Y qué más había hecho? Hacía calor, pero solo había un acondicionador de aire del tamaño de un microondas en la habitación. Como el único lugar que podía decirse que le correspondía era la manta del piso, se tumbó boca abajo sobre ella y se conectó a internet. Mientras tanto Min-young entró y salió de la casa unas cuantas veces, mostrando todas las veces su celular como diciendo que iba a hacer una llamada. Seung-a estuvo por decirle que no entendía cuando hablaban en inglés, pero no lo hizo porque Min-young volvía con olor a cigarrillo cada vez que salía. Eso era todo lo que recordaba del domingo. Era como si hasta el tiempo corriera hacia adelante dejándola a la zaga.

Se sentó en el sofá. Ya tenía descargada la aplicación de Google Maps y Min-young le había explicado cómo andar en metro, pero todavía no se decidía a andar sola por una ciudad desconocida. Ya fuera tomar el metro o entrar en una tienda, el sistema por el que se regía la vida diaria era completamente diferente al de Corea y para seguirlo tendría que conectar con personas desconocidas que hablaban un idioma distinto del suyo. Seung-a había vivido pidiendo favores, pero era lo que más temía hacer al mismo tiempo.

Como era su costumbre cuando no quería hacer algo o tenía que tomar una decisión difícil, clavó la vista en lo que tenía enfrente. Lo que vio en la estantería no fue un libro, sino un marco de dos hojas doblado. De inmediato se levantó y lo sacó de su lugar.

En una hoja del marco había fotos de pegatina que parecían haber sido tomadas en Corea, entre las cuales estaba la que se habían sacado juntas en Seochon dos años antes. Estaba también la que se había tomado con su madre; parecían hermanas por lo similares que eran. No había fotos de otros familiares. Seung-a sabía que sus padres se habían divorciado el año en que Min-young terminó el posgrado. Seung-a observó la otra hoja del marco. Era una foto de cuatro personas, hombres y mujeres, vestidos de senderistas, con un bosque y las bicicletas de fondo. A excepción de Min-young, todos eran occidentales. Seung-a observó la cara de su amiga en la foto, tenía la sonrisa alegre y confiada que tan bien le conocía. Estaba abrazada del hombro con el hombre que estaba a su lado, con las caras tan cerca que parecían novios.

EL JUEVES DE MIN-YOUNG

Min-young se encontró con Mike el jueves anterior en Greenwich Village. Lo normal era que se vieran el viernes, pero como el sábado tenía que ir a recoger a Seung-a al aeropuerto,

adelantaron la salida. Mike, por su parte, iba a trabajar el sábado porque tenía que dejar todo listo antes de un viaje de trabajo que haría la semana siguiente.

Mike trabajaba en una empresa que estaba en Midtown y vivía solo en un apartamento de un solo ambiente en Astoria. Cuando Min-young dijo que estaba buscando dónde vivir, no solo le recomendó su vecindario, sino que la acompañó a ver las casas con la excusa de que le quedaba cerca. Pintaron juntos el apartamento y no solo la ayudó con la mudanza, sino también a colocar los muebles, las cortinas y los cuadros, e incluso a instalar las bombillas. No había rincón de la casa que no hubiese recibido su toque.

Fue él también quien desarmó la bicicleta de Min-young y limpió minuciosamente el asiento, el manubrio, el armazón, la rueda y la cadena rociándola con un limpiador especial y finalmente la colgó en la pared. Cambió la dirección del soporte varias veces, aflojando y apretando los tornillos y, luego de comprobar que la bicicleta estaba firmemente asegurada, miró a Min-young levantando su dedo pulgar como diciendo que ya podía estar tranquila. Cuando hizo eso, su expresión ya no era la de un colega que había conocido en una conferencia con el que se saludaba de vez en cuando.

El fin de semana que vino para ayudarla a instalar el aire acondicionado y vio la nueva cama de Min-young, bromeó

diciendo que no habría nadie en el mundo que no deseara acostarse allí. Luego añadió que ya no necesitaría el atrapasueños que le regaló porque no tendría pesadillas y le dio palmaditas en el hombro.

Aquel día Mike vino con las demás personas del grupo de senderismo y, mientras vaciaban las dos botellas de vino que trajeron para felicitarla por la mudanza, Mike preparó ensalada caprese y se encargó de servirla como si fuera el dueño de la casa. Luego de que los amigos se marcharon, limpió la cocina con Min-young y se bebió la cerveza que estaba en el refrigerador. Luego de hacerse un café y bebérselo, tomó su caja de herramientas y caminó seis calles de noche hasta llegar a su casa.

De hecho, Min-young empezó a andar en bicicleta por sugerencia de Mike. Ella le dijo sin pensar que sufría de estreñimiento severo por falta de ejercicio y luego lo lamentó porque no tenían una relación tan cercana para proveerle esa información. Pero Mike la llevó el fin de esa semana a un negocio de bicicletas que él conocía, la ayudó a elegir un modelo después de revisarlos cuidadosamente y luego la acompañó en bicicleta hasta su casa porque era su primer viaje. En el camino pasaron por un parque donde no había muchas personas y allí él se cercioró de que podía andar sin problemas, pues ella no se había montado en una bicicleta desde la secundaria. Por supuesto, no se olvidó de animarla.

Después de eso, Min-young empezó a participar en las caminatas de Mike y sus amigos, lo que hizo que intimaran. Antes de que entrara Min-young en el grupo, eran dos hombres y dos mujeres, ahora eran dos hombres y tres mujeres y todos eran oficinistas. Además de las caminatas de los fines de semana, a veces se encontraban entre semana en algún restaurante o bar de Manhattan, pero en el último tiempo dejó de aparecer una de las mujeres, por lo que el grupo volvió a ser de dos hombres y dos mujeres. Los otros dos que no eran Min-young y Mike se hicieron pareja y se trataban en extremo cariñosamente. Cuando se reunían los cuatro, parecían dos parejas muy armoniosas. Como los otros dos salían solos a menudo, fue natural que Min-young y Mike se reunieran por su cuenta para comer o beber.

Sin embargo, no eran novios. Aunque a menudo pasaban juntos el fin de semana, él le regalaba flores y vinos en su cumpleaños, hacía reservas para ir juntos a alguno de los lugares que salían en la página web de Restaurant Week y se sentaban uno al lado del otro para ver algún nuevo musical, no eran novios. ¿Cómo era posible? Ni Min-young sabía el porqué.

A excepción de eso, Min-young pensaba que sabía mucho de Mike. Él se había mudado allí luego de graduarse de la Universidad Estatal de Washington, había hecho pasantías en dos compañías antes de conseguir su trabajo actual, su

padre era funcionario público y su madre trabajaba para una aerolínea, su hermano era abogado en un bufete y su hermana todavía estudiaba en la universidad. Había usado frenillos en los dientes cuando era pequeño, se había roto dos veces la pierna por travieso y había fumado marihuana por primera vez en el primer año en el dormitorio de la universidad. Le gustaban los perros, por lo que había sido voluntario en el grupo de rescate de animales; preparaba bien el ceviche y el gazpacho porque había estado en España como estudiante de intercambio; y como buen nativo de Seattle, era bueno para estacionar el coche en pendiente, pero no le gustaba manejar en una ciudad grande. Incluso sabía que no le gustaba el mercado de Smorgasburg, porque le recordaba a su exnovia, y que conservaba recuerdos de salidas con ella al Jardín Botánico de Brooklyn y al parque High Line. Sabía de sus hábitos alimenticios y sus alergias, de la talla de su ropa y zapatos, e incluso a dónde viajaría la próxima semana por trabajo. Además, antes de que Min-young se lo mencionara, Mike siempre se quitaba los zapatos en la puerta, le gustaba el *kimchi* y el *naengmyeon*, y solía comer algas secas *gim* como si fuera un *snack* saludable. Por todo esto, Min-young pensaba que conocía bien a Mike. Al menos, así lo que creyó hasta el jueves pasado.

En el encuentro del jueves no estuvieron solos. Min-young se enteró la tarde del mismo día por un mensaje de texto que

le dejó Mike, en el que le decía que se uniría a ellos la mujer del grupo de senderismo que no aparecía últimamente. Mike llegó al bar con esa mujer y tomó una sola copa porque había venido en bicicleta, pero también porque tenía síntomas de gripe. Min-young tomó despacio tres copas. Ella también había llegado en bicicleta y el precio de las copas en ese lugar no eran baratas. Como siempre se pagaba cada uno lo suyo, pidió las copas calculando en su cabeza el precio de lo que bebía.

La mujer se excedió un poco con la bebida y comenzó a tratar a Min-young de un modo imprevisto. En particular, habló largo rato sobre una compañera de trabajo coreana que cuando cometía un error y estropeaba el trabajo ponía cara de niña y lloriqueaba diciendo: “¿Qué voy a hacer, qué voy a hacer?”, esperando arreglar las cosas con la ayuda de los demás; y que cada vez que se encontraba con alguna dificultad o problema decía: “Perdón, perdón”, pero que al final se lo relegaba a los demás para que lo remediasen. La mujer imitó con exageración la costumbre de su compañera de repetir dos veces las palabras. Después elogió a Min-young diciendo que era independiente y responsable, a diferencia de las demás mujeres coreanas.

Cuanto más bebía, más expresaba sus verdaderos sentimientos diciendo que Nueva York ya no era Estados Unidos porque allí se reunían todas las personas del tercer mundo y

que solo las regiones centrales preservaban la cultura americana pura, como el estado de Iowa, de donde provenía.

Min-young observó de reojo a Mike deseando que este la refulgara. Por experiencia, sabía que en estos casos era mejor que un tercero indicara que eso era un prejuicio antes de que lo hiciera ella misma para no romper la atmósfera de la reunión, pero él se limitó a escuchar a la mujer con la mano apoyada en su barbilla. Entretanto la mujer siguió haciendo afirmaciones cada vez más irracionales, como que a los gatos les gustaba salir de paseo más que a los perros. Lo dijo justo después de que escuchó que Min-young iría a cuidar del gato de Mike mientras este estaba en su viaje de trabajo. Esta vez también hizo aquella generalización apresurada porque un gato que había tenido daba varias vueltas al Central Park con una correa al cuello. Por esta razón, insistió en que era imprescindible sacar al gato a dar una vuelta y añadió que, aunque lo dejara suelto, volvería a su casa porque lo llevaba programado en su ADN. Min-young no entendía por qué la mujer decía esas cosas.

El encuentro terminó más temprano de lo habitual porque Mike dijo que tenía fiebre y le era difícil seguir sentado.

—No sé qué me pasa, siento que tengo la garganta inflamada.

—¿No será una alergia? ¿Qué has comido hoy? —le preguntó Min-young preocupada.

De nuevo la mujer se interpuso y afirmó que no podía ser una alergia, porque no le había salido un salpullido, y que ella lo sabía bien porque había participado en un curso de higiene. Mike miró a Min-young y luego a la mujer y se levantó diciendo que, ya sea para tomar algo para la alergia o para descansar, tenía que irse primero a su casa.

La bicicleta estaba atada en un soporte a unos pasos del bar. Min-young lo detuvo diciendo:

—¿Irás en bicicleta en este estado? Está oscuro y tienes que cruzar el puente. ¿Qué harás si se te inflama la garganta y se te bloquean las vías respiratorias? Toma un taxi conmigo.

—¿Y dejar la bicicleta en un lugar como este? ¿No sabes que esta es una ciudad de inmigrantes y ladrones? —dijo, interponiéndose de nuevo la mujer.

A Mike le habían robado una bicicleta una vez que la había dejado amarrada delante de la biblioteca cuando estaba en la universidad, por lo que estuvo de acuerdo con la mujer. Dijo que al día siguiente no tendría tiempo de venir a buscar la bicicleta e insistió en irse en ella. Pero a Min-young, que no podía quitar los ojos de su cara roja e hinchada, le pareció una decisión muy arriesgada.

Cuando Mike notó que, a diferencia de lo habitual, Min-young no daba a torcer el brazo con facilidad, aceptó irse en el metro. Min-young también deseaba ir con él, pero como

entonces tendría que seguir lidiando con la mujer, se contentó con haber logrado que Mike cambiara de opinión y volvió en bicicleta a su casa muerta de cansancio. Esta fue la razón por la que solamente Mike perdió su bicicleta el jueves. Cuando fue a buscarla el viernes, luego del trabajo, se encontró con el portabicicletas vacío y la cadena de seguridad rota en el suelo.

En el momento en que Mike le contó eso por teléfono, Min-young estaba en su casa porque había llegado temprano del trabajo. Para ella fue un golpe y una pérdida tanto como para él. Le dijo que iría ahora mismo hasta allí, con voz turbada y urgente, pero él le contestó con tono frío que no había necesidad. No había duda de que estaba enojado porque era la primera vez que le hablaba de esa manera.

—¿Por qué? ¿Hice algo mal? —preguntó Min-young para aclarar las cosas, ya que sentía que no había razón para que se enojara con ella.

—No —respondió Mike.

El Mike de siempre hubiera enfatizado el punto antes de que ella se sintiera responsable, diciendo que había ocurrido algo desagradable, pero que no era por su culpa, que había sido un accidente. Min-young no sabría decir en qué se había equivocado. Aunque las cosas ocurrieran de nuevo, volvería a comportarse del mismo modo. A la mañana Mike le avisó por teléfono que había tenido posiblemente una alergia, ya que

tomó el medicamento y le bajó la fiebre. Bastaba ver eso para darse cuenta de que ella no estaba equivocada. No podía creer que él se enojara. Se había recuperado porque llegó rápido a casa en metro gracias a ella, pero también era cierto que se había dejado la bicicleta siguiendo su opinión. ¿Significaba eso que ella tenía la culpa de la pérdida? ¿De qué contexto social y estructura de valores nacía esa forma de pensar que separaba un acontecimiento compartido por ambos según la postura de cada uno y calculaba en base a ello las pérdidas y ganancias, y también la responsabilidad? Sin duda, no era el sistema de pensamiento de Min-young.

—Adiós —le dijo Mike, después de un breve silencio y ella no tuvo más remedio que contestarle del mismo modo.

Al cortarse la llamada, ella sintió como si de repente una pared negra le obstruyera la vista y él retrocediese lentamente hacia su mundo detrás de aquella pared. ¿Qué era lo que pensaba que sabía de Mike? ¿Eso también había sido una interpretación arbitraria de su sistema de pensamiento diferente? No dejó de darle vueltas todo el día a esa manera de pensar distinta que los separaba. Al mismo tiempo, esperó hasta altas horas de la noche a que Mike la llamara, pero al final no ocurrió.

Min-young solía tener pesadillas desde pequeña. La mayoría de las veces soñaba que se caía a un precipicio. Su madre

le explicó que eso era porque estaba creciendo y le dijo que imaginara que abría sus alas al llegar al borde del acantilado antes de caerse. Aunque no lo logró ni una sola vez, con saber que había una manera de evitar la caída, el miedo se había reducido. Comenzó de nuevo a tener esas pesadillas en la última etapa de posgrado cuando escribió docenas de currículums. Hubiera preferido que fueran sueños en donde se perdía, era perseguida o la llevaban a la fuerza a un salón para dar un examen, pero siempre era un hombre cuya cara no podía ver que se acercaba a su cama y se inclinaba para mirarla, o un desconocido que se pegaba a su cuerpo en el interior de un ascensor sin que ella pudiera hacer nada, como si estuviese paralizada.

Luego de que consiguió un trabajo estable y en especial desde que empezó a andar en bicicleta, casi no tuvo pesadillas, pero estaba segura de que esa noche tendría una si se dormía. En lugar de conciliar el sueño, se puso a hilar pensamientos unos detrás de otros.

Min-young sabía mejor que nadie cuánto costaba y cuáles eran las características de la bicicleta, y, en especial, el esfuerzo que Mike le había puesto a esa máquina. Él era meticuloso con lo que deseaba y, luego de que lo hacía suyo, lo cuidaba con esmero. Ella podía imaginar su pérdida, pero transferirle a la persona que tenía cerca los sentimientos negativos

solo porque era más cómodo no era sino un acto miserable y egoísta. “¿Y si me pasara lo que le pasó a él?”, se dijo, pensándolo a conciencia, pero ella no tenía nada que apreciara a tal punto, ni tampoco se acordaba de haber querido algo de esa manera. Lo que más se acercaba era lo que le había sucedido con su celular hacía unos meses.

Min-young estaba sentada cerca de la puerta del vagón del metro y un hombre estaba parado frente a ella agarrado de la manija. Ella estaba probando las funciones del celular nuevo que había comprado después de cinco años, cuando el metro se paró y se abrió la puerta. El hombre le quitó el aparato de la mano y empezó a correr. Ella se levantó como un resorte, se arrojó hacia la puerta a punto de cerrarse y empezó a perseguir al hombre con desesperación. La fuga del hombre había sido repentina y tenía algo de travesura. Las miradas de todas las personas que esperaban el metro se posaron en la persecución. Finalmente el hombre, respirando agitadamente, no tuvo más remedio que rendirse.

Al devolverle el celular, el hombre se defendió diciendo que era pobre y que por un instante se dejó llevar por el impulso equivocado de quedarse con algo que deseaba pero que nunca podría poseer; que él no tenía la culpa, sino este país donde todo era tan injusto. Con el cuerpo sudoroso y todavía respirando con dificultad, Min-young le dijo que se marchara y

le deseó buena suerte. Se podía decir que esto había sido un impulso de su parte. Ella les contó a los que la rodeaban sobre lo sucedido, pero omitió hablar del impulso que la llevó a sacar la billetera del bolsillo de su chaqueta y darle a ese hombre todos los billetes que tenía.

Cuando Mike escuchó esta historia, preguntó de inmediato si el hombre era negro. Min-young se negó a contestar porque no quería que él reforzara sus prejuicios incluyendo en sus estadísticas el hecho que ella había vivido. En realidad, ella tuvo miedo de descubrir los muchos otros prejuicios que guardaba Mike si dejase que aflorara uno de ellos, y eso no era lo que ella deseaba.

—Como veo que no contestas, seguro que fue un negro.

—Eso no tiene nada que ver con lo ocurrido, pudo haber sido cualquiera.

Ella quería terminar la conversación en ese punto y sacó esa conclusión. Mike asintió con la cabeza, como dándole la razón, pero le advirtió:

—De todos modos, no vuelvas a seguir a nadie. Fue muy peligroso. La próxima vez puede tocarte un tipo armado —y añadió sonriendo con calma—: ¿Para defender a ese hombre me estás tratando de racista?

Al ver esa sonrisa de Mike, supo la razón de su impulso de darle todos los billetes que tenía al ladrón.

EL SÁBADO DE MIN-YOUNG

Después de la noche de insomnio, Min-young se obligó a levantarse y, luego de pasar la aspiradora, partió para el aeropuerto. Por supuesto que ella le daba la bienvenida a Seung-a. Cuando una relación cordial se convierte de repente en algo inexplicable, es como una construcción temporal sostenida por unos cuantos postes de madera que son la amabilidad. En cambio, la relación con un amigo de la infancia es como una sólida casa de cemento hecha de piedras, arena, agua y unas cuantas impurezas.

Sin embargo, no podía ser afable con Seung-a aunque le diera la bienvenida. No deseaba lloriquear ante su amiga con sus problemas, puesto que ella habría venido con sus propios propósitos. Además, la Seung-a que ella conocía era extremadamente amable y mostraba un interés excesivo por los demás; y así como era buena escribiendo, tenía la habilidad de interpretar los contextos a su manera. En cambio, Min-young no era tan abierta como para compartir cosas que eran confusas para ella misma.

Min-young la reconoció desde lejos, aunque se veía un poco cansada por el largo viaje, la almohada de cuello que tenía detrás se balanceaba de un lado a otro, llevaba unas gafas negras de sol y observaba a su alrededor sin parar. Luego de que se encontraron, Min-young sintió que Seung-a miraba de

arriba abajo su vestimenta. “¿Cómo me veré a sus ojos?”, se preguntó. Era el mismo nerviosismo que sentía cuando venía al aeropuerto a recibir a su madre por miedo a verse descuidada o abatida. Pensándolo bien, a excepción de su madre, Seung-a era la única persona que había venido a visitarla en esta ciudad.

Durante todo el trayecto a casa, Seung-a observó cuidadosamente el paisaje de la calle y, al llegar al apartamento, miró cada rincón e hizo comentarios. Que la cocina era amplia, que si no sería mejor que la estantería estuviera en el lado opuesto, que quedaría bien un televisor en tal lugar. Como era de esperarse, se quedó mirando la cama grande que no concordaba con el cuarto pequeño. Min-young no tuvo otra opción que reconstruir su espacio a través de los ojos de otra persona. Y al recordar la razón por la que hizo tantos esfuerzos por mudarse a esta casa que le había recomendado Mike, se sintió desconcertada e incómoda.

Min-young durmió solo un rato y esperó a que Seung-a se despertara. Se cambió de ropa y se puso algo más fresco para ir con ella a algún restaurante, pero su amiga no se despertaba, así que pensó que sería mejor salir a comprar algo para comer. Cuando salía por la puerta del edificio, Min-young había decidido comprar pasta y ensalada en la sección de comidas del supermercado. Aunque se le cruzó por la cabeza

que quizá su amiga deseara comida coreana, preparar algo en una cocina sin ventana en un día como ese sería como darse un baño de vapor.

Justo antes de llegar al supermercado, pensó que debería mandarle un mensaje de texto a Mike. Cuando estaba buscando la billetera en su bolso, encontró las llaves de su casa y se preguntó si todavía quería que cuidara de su gato. Ella sabía que era un pensamiento fuera de lugar, pero tenía que comprobarlo. Si le hubiese pedido a algún compañero de trabajo o a alguno de los amigos de senderismo, no quería encontrarse con esa persona; y, además, posiblemente tendría que devolverle las llaves. Aunque era una excusa, se convenció de que tenía que mandarle un mensaje y le puso: “¿Terminaste los preparativos para el viaje?”, pero él no contestó.

Min-young pasó de largo el supermercado que tenía delante y bajó a la estación del metro que estaba en la calle opuesta para ir a Greenwich Village. No era que tuviese algún plan, pero si no hacía algo, como ver el lugar donde estuvo atada la bicicleta, iba a volverse loca. Aunque ya no estuviera allí, tenía que ver con sus propios ojos la cadena cortada para reconocerse como una víctima más de aquel incidente. Ella siempre había estado del lado de Mike y era una víctima como él, pero ahora ese era un derecho que necesitaba autorización.

Ella fue de nuevo al bar el jueves para hacerse con ese derecho y, como reviviendo esos momentos que no fueron tan agradables, tomó las mismas tres copas de aquel día. Mientras tanto, no estaba segura de si estaba enojada con Mike o si temía alejarse de él. Quedó completamente exhausta. Lo único normal que Min-young pudo hacer ese día fue no olvidarse de llevar a casa el *bagel* y la sopa que había comprado cerca de la estación de Greenwich Village. Seguro que Seung-a no comprendería que ella pudiera ser tan torpe e insensata.

LUNES

Seung-a no tenía ninguna virtud que exhibir y lo ocultaba gracias a su habilidad para escribir. Lo que ella mencionaba como puntos positivos a su favor era su laboriosidad y adaptabilidad. Pero cuando se enfatiza que se tiene algo, suele ser para tapar lo que no se tiene. En su caso, lo que le faltaba eran cosas como temeridad y creatividad. Ella era una persona que, en lugar de cerrar con fuerza los puños y decir “¡Sí puedo!”, movía la cabeza para decir que no podía. No era comprensiva sino flexible a la hora de poner excusas sobre sí misma. En realidad, la combinación de laboriosa y adaptable significaba que hacía todo lo posible en el puesto que la ubicaran.

Seung-a decidió que, cuando llegase a esa ciudad, no andaría como una turista afanosa de batir récords o de experimentar

la mejor ciudad del mundo. ¿Qué era lo que deseaba? Aunque todavía no había encontrado la respuesta, la primera meta era llegar allí. El siguiente paso sería pasar el día como cualquier habitante de esa ciudad o como su anfitriona. Le vino a la mente un título que alentaba esa decisión: “Vivir diez días en una ciudad desconocida como un residente”. Pensando que dos años trabajando en una editorial de revista femenina no fueron en vano, abrió la aplicación de notas de su celular y escribió lo que se le venía a la mente, como cuando estaba en una reunión de trabajo para decidir los temas de los artículos de la revista: conocer el entorno, hacer compras en el supermercado, dar una vuelta por el vecindario, probar restaurantes y cafeterías, saludar a los vecinos...

Para comprender mejor el lugar, decidió empezar haciendo la limpieza. Se quitó el pijama y se puso la ropa de casa que ella más quería, la que tenía la imagen de Snoopy. En el instante que recorrió las cortinas, la luz del sol se abalanzó dentro de la casa. Abrió las ventanas y aspiró hondo el aire, que no era muy fresco. También se sacó algunas selfies que tenían como fondo la estantería, las macetas y el cuadro de Matisse.

La anticuada aspiradora de Min-young era pesada y ruidosa. Como el cable era corto, tenía que encontrar el tomacorriente y volver a enchufarlo cada vez que se movía de la habitación a la sala y de allí a la cocina. En su casa usaban una

aspiradora inalámbrica hasta que ella se ganó una aspiradora robot en el sorteo de la fiesta de fin de año de la empresa el año pasado. Le chorreaba el sudor de la frente.

La limpieza del baño tampoco fue fácil. Los rasguños en la bañera amarillenta no se borraron por más que la limpiara varias veces con detergente. Como la manguera de la ducha estaba fija en la parte superior y no se podía quitar, tuvo que limpiar recogiendo agua en una palangana. Casi se corta el dedo con un azulejo roto. También limpió uno por uno los botes de champú, acondicionador y gel para el cuerpo que estaban en un rincón de la bañera. Todos eran productos de gran capacidad y marcas que se podían encontrar en los supermercados coreanos. La loción para el cuerpo y el jabón también eran baratos y prácticos. Ahora se daba cuenta de que los cosméticos que estaban encima de la cómoda y que ella revisó cuando su amiga salió para el trabajo eran también de ese tipo. Allí solo había lo más básico y todos eran productos de supermercado. No era lo que hubiera esperado de su amiga.

Gracias a su padre que iba a menudo al extranjero y a los gustos elegantes de su madre, desde pequeña Min-young usaba artículos de lujo. Como era hija única, no solo le compraban mochilas o materiales escolares sino hasta protectores labiales y crema para la mano de marcas de prestigio. Eran cosas que Seung-a vio en los grandes almacenes donde

trabajaba su madre con el fin de aportar dinero para la academia de su hijo.

Seung-a no usaba productos que se vendieran en los supermercados. Compraba champús y cosméticos por internet directamente de farmacias francesas a un costo no muy elevado y usaba productos de marcas ecológicas para el cuerpo. Cuando recibía algún cupón de regalo, los usaba en los grandes almacenes. No gastaba mucho en comparación a las personas a su alrededor que frecuentaban clínicas dermatológicas y estéticas. Ella solía comprar bolsos ecológicos y calcetines que veía publicados en las redes sociales y su mamá la regañaba diciendo que eso era desperdiciar el dinero. Sin embargo, ella tenía claro que jamás llegaría a juntar una gran suma por ahorrarse pequeñas cantidades.

Seung-a deseaba limpiar la pequeña ventana que estaba arriba de la bañera, pero se dio cuenta de que no se abría. Estaba fija con un clavo en el marco para que no la pudieran abrir desde afuera. A diferencia de todas las demás cosas que estaban oxidadas, rotas y descoloridas, el clavo conservaba su color plateado como si fuese nuevo. ¿Quién lo habría clavado? De repente, se acordó de la foto enmarcada y tuvo curiosidad por saber por qué la había escondido en la estantería.

Antes de comenzar con la limpieza de la cocina, Seung-a primero abrió los armarios y los cajones uno por uno. Todos

los platos eran de tamaños y materiales diferentes, y solo había ollas y sartenes cuyos recubrimientos estaban raspados. Los utensilios de cocina no eran muy diferentes. Estos objetos que habría comprado al principio para uso temporal eran la prueba de los muchos años que había estudiado en el extranjero. La cocina se veía bien porque había sido pintada no hacía mucho, pero era lamentable mirándola de cerca. Por más que fuera una casa antigua, era increíble el fregadero con puertas de madera y manija de latón. La única luz que había en la cocina era tan sombría que podría hacerse una herida mientras cortaba con el cuchillo.

La casa en la que vivía Seung-a con sus padres era un apartamento nuevo en las afueras de Seúl. Estaba equipado con un sistema de seguridad digital y todos los electrodomésticos podían ser activados a control remoto o con comando de voz. En la cocina, que era del gusto de su madre, había un fregadero muy brillante y una encimera de mármol, y estaba equipada con un televisor y una mesa isla. La cocina no era a gas sino eléctrica y el agua del grifo se podía controlar con un pedal.

Seung-a pensaba vivir en aquella casa solo hasta terminar de pagar el préstamo estudiantil. Estaba cansada de los regaños y las intromisiones de su madre, además de que el gasto de manutención que debía entregarle todos los meses representaba una carga. Cuando viviera sola, deseaba tirar todas

sus pertenencias viejas y decorar su casa con un estilo nórdico minimalista. Si lograra conseguir un apartamento de un solo ambiente en las afueras de Seúl, le gustaría que este fuera nuevo en lo posible. Min-young le había dicho que había buscado su apartamento así porque en la casa anterior se metían los ratones, lo que le resultaba insoportable.

A medida que pasaban las horas, hacía más calor en la casa. Como la luz del sol había calentado el piso, ya no tuvo ganas de andar descalza. Cuando estaba apartando la basura de reciclaje, de repente sonó el timbre. Seung-a se sobresaltó, se apoyó en la pared junto a la puerta, contuvo la respiración y escuchó los ruidos de afuera. A lo mejor era la anciana que cuidaba de la vivienda y vino a ver si había algún visitante o quizás era el inquilino del piso de abajo que venía a quejarse por el ruido de la limpieza. Pasó un largo rato, pero no escuchó nada, así que abrió la puerta con cuidado. Era la primera vez que la abría desde que había llegado allí.

En el suelo había un sobre. Parecía ser alguna notificación o factura, ya que era un sobre con ventanilla. Ella lo recogió y observó detenidamente el pasillo y las escaleras, como familiarizándose con el lugar. Luego cerró la puerta y puso el sobre encima de la mesa. Antes de ir a tirar la basura de reciclaje, abrió el sobre, puso la factura sobre la mesa y tiró el sobre roto en la bolsa junto con los otros desperdicios.

Seung-a deseó que la anciana que cuidaba del edificio no estuviese sentada en el sofá estropeado. Se prometió varias veces que si se cruzaba con ella la saludaría como si fuese una vecina, y bajó las escaleras. Por suerte, en el sofá no había nadie y solo brillaba la luz del sol que calentaba la acera.

Min-young salió temprano del trabajo y llegó a casa pronto porque la persona con la que tenía una cita no se comunicó. Ella y Seung-a fueron juntas a un restaurante griego del barrio. La razón por la que Min-young eligió ese lugar fue porque era tradicional y también porque tenía un alto puntaje en la aplicación de recomendación de restaurantes Yelp.

Seung-a no se atrevió a ver el grueso menú en inglés y dejó que pidiera Min-young: sopa fría, brocheta, mousakka con berenjena picada, dolma envuelta en hoja de parra y un vaso de ouzo. Aunque sacó fotos cada vez que servían los platos, no le pareció que fuese más deliciosa que la comida griega que había probado en Garosu-gil, donde la decoración del interior del local tenía un aire más del mediterráneo.

El camarero que les servía la comida era muy hablador y Min-young le respondía todo el tiempo con una sonrisa de oreja a oreja, pero volvía a poner su rostro normal en cuanto él se alejaba. Ella comentó en voz baja que ese hombre vivía también en el mismo barrio y que quizás fuera uno de los que se paraban en la ventana del edificio de enfrente para fumar.

“Todavía sigue con eso”, pensó Seung-a. Estaba segura de que se lo decía para regañarla por no correr la cortina. Hace un rato, cuando Min-young entró a la casa, observó enojada la cortina abierta y Seung-a tuvo que excusarse diciendo que estuvo limpiando. Pero parecía que la limpieza no fue de su agrado.

—No había necesidad —fue todo lo que dijo con tono frío.

Cuando abrió el estante del fregadero para sacar un vaso de agua, se dio vuelta para mirar a Seung-a y dijo con tono de disgusto:

—Has ordenado también. Todo está fuera de lugar.

El empleado que trajo la cuenta volvió al mostrador luego de intercambiar algunas bromas con Min-young. Seung-a miró la factura y la cantidad de propina que su amiga anotó allí. Aunque parecía un lugar corriente, era tres veces más caro que el restaurante de Garosu-gil.

Mientras regresaban a casa, Seung-a se relajó un poco, pero volvió a tensarse por la notificación que había puesto encima de la mesa. Al verla, Min-young la miró sorprendida:

—¿Por qué está esto aquí si es la correspondencia de la casa de abajo?

Cuando Seung-a le explicó con nerviosismo lo que había pasado, su amiga señaló el nombre en inglés que estaba impreso en la parte superior de la notificación para que viera

que no era Min-young. Al escuchar que Seung-a había tirado el sobre, Min-young se sobresaltó:

—¿Qué? ¿Y cómo se la devuelvo ahora? Es una carta de intimación, por eso la han traído hasta la casa.

Seung-a estaba por decir que solo era un sobre blanco que no tenía escrito nada, pero desistió. Lo único que había hecho era entrar en la casa un sobre que habían dejado delante de la puerta.

Esa noche, luego de que Min-young se durmiera, Seung-a se sentó en la mesa y entró en la página web de la aerolínea. Abrió la categoría de preguntas y respuestas, y escribió: “Deseo adelantar la fecha de embarque, ¿podría cambiar el billete? Espero una pronta respuesta”. Luego de leer las preguntas y respuestas más frecuentes, buscó los horarios de los vuelos del día siguiente y de pasado mañana. Esa noche se durmió tan pronto como se acostó. Al parecer finalmente se había adaptado a la diferencia horaria al tercer día de su llegada.

EL MARTES DE MIN-YOUNG

El viaje de trabajo de Mike sería hasta el domingo. Él le había dicho que el gato podía quedarse solo durante tres días, por lo que le pidió que fuera a verlo solo un día, el jueves o el viernes. Lo que tenía que hacer era simple: darle comida y agua y limpiar su arenero. Aunque el animal se escondiera y

no saliera, le pidió que se quedara un rato en la casa para su estabilidad emocional. Como había acariciado al gato unas cuantas veces cuando fue a aquel lugar con los amigos del grupo de senderismo, pensó que no sería difícil ocuparse de él. Tampoco se sentía incómoda entrando en el espacio de Mike sola. El problema era saber si era lo correcto. Aunque la forma de proteger su orgullo era no hacer algo de lo que no estaba segura, le preocupaba que el gato estuviera desatendido por mucho tiempo.

Min-young abrió el calendario de su celular para verificar de nuevo el día en que Mike regresaba y se dio cuenta de que el cumpleaños de su madre era la semana próxima. Pese a haberlo anotado, no lo tenía presente. Desde que no recibía ayuda económica de sus padres, la comunicación no era regular como antes. La última vez que vio a su madre fue aproximadamente hacía dos años, en la época de su graduación.

Min-young tenía que irse de ese país si no encontraba trabajo dentro de tres meses, por lo que no podía disfrutar del todo su graduación. El deseo de su madre de que encontrara trabajo era tan grande como el de ella, ya que iba a tener que preocuparse de su propio sustento cuando terminara los trámites del divorcio. Aun así, cuando su madre llegó al aeropuerto, todavía vestía de manera llamativa y, además, le

compró una tableta último modelo como regalo de graduación, pero no dijo una sola palabra sobre su divorcio.

La relación de sus padres no era buena ya desde antes de que su padre viniera a trabajar como profesor de intercambio al este de los Estados Unidos. La razón por la que su madre lo acompañó, aunque su padre se oponía, fue únicamente por su hija. No podían pagarle una universidad privada, por lo que necesitaban la visa J-1 de su padre para enviarla a una pública. Min-young y su madre entraron las dos con la visa J-2. Cuando su padre completó el plazo de dos años y volvió a Corea, su madre tuvo que irse con él. Min-young se quedó sola y tuvo que aguantar un largo período como estudiante extranjera haciendo trabajos temporales. Su madre esperó hasta que ella terminara sus estudios para aceptar el pedido de divorcio que mucho tiempo atrás le había hecho su marido.

Seguramente fue al día siguiente de su graduación cuando llevó a su madre a conocer el Soho. Como era la época en que mandaba currículums y hacía entrevistas por doquier, en la mañana de ese día también tenía una entrevista de trabajo en las cercanías de la biblioteca pública. Hizo esperar a su madre en una cafetería cercana y fue a hacer la entrevista. La persona que la citó dijo que sus calificaciones y su currículum eran impecables y que la nota de la entrevista también era buena, pero que representaba una carga para la empresa

garantizar el estatus de un extranjero, así que no le podía dar una respuesta definitiva. Significaba que no la contratarían.

Min-young caminó despacio hasta la cafetería, pero no tenía ganas de entrar, por lo que se quedó mirando a su madre por la ventana. Se veía incómoda sentada entre tantos extranjeros y miraba todo el tiempo hacia la puerta, encogida y nerviosa. Nunca la había visto así. Min-young entró al lugar un rato después. Cuando la vio su madre, frunció el ceño y dijo: “Tendría que haberte planchado la ropa temprano en la mañana”. Se había dado cuenta de que la entrevista había sido un fracaso y por eso estaba poniendo como excusa la ropa.

Tenían planes de almorzar y visitar pequeñas galerías de arte en Soho. Sin embargo, cuando pasaban por una tienda de una marca lujosa, su madre se paró de repente, miró el único traje que exhibían en la vitrina y entró. Dentro estaba fresco, silencioso y olía bien. Una vendedora elegante como un maniquí se acercó con una gran sonrisa y le indicó a su madre el sofá de cuero para que se sentara, mientras Min-young entraba a un vestidor enorme con espejo para probarse el traje que vieron en la vitrina.

La prenda le quedaba perfecta. Tanto la vendedora, como su madre y ella pensaron lo mismo. Era veinte veces más caro que la ropa que Min-young llevaba ese día. La empleada les preguntó si deseaban tomar algo y las dejó solas para que

podieran conversar cómodamente. Después de un rato, regresó con dos botellas de agua con gas y dos vasos con hielo en una bandeja de metal.

Min-young no deseaba comprarlo. Las dos sabían que no conseguiría trabajo aunque tuviese una entrevista con ese traje. Más importante todavía era que su madre no estaba en situación de adquirir esa prenda que no había tenido la ocasión de probarse ni siquiera en un vestidor. La única razón por la que insistía en comprársela era que aquel traje enderezaría la columna vertebral de su hija y la luz se reflejaría en su rostro. Estaba tratando de hacer el último esfuerzo al final del largo y arduo proceso de apoyar económicamente a su hija.

Así y todo, ¿habría querido su madre en el fondo que Min-young le dijera con firmeza que no quería la prenda? Ya el traje había cumplido el rol de afirmar la imagen de madre que desea lo mejor para su hija. Las dos sabían que estaban actuando y fueron sinceras en sus sentimientos mientras lo hacían. Estaban tan debilitadas que necesitaban de ese engaño. Salieron del local dejando atrás a la vendedora, que fue amable con ellas hasta el final, como estaba escrito en el manual de atención al cliente. Se sentían algo tristes y avergonzadas, pero el alivio era más grande, pues no habían hecho nada de lo que luego se arrepentirían.

Aunque pasó el tiempo, Min-young se acordaba de vez en cuando de esa prenda. La sensación suave y cómoda al tacto, la elasticidad con la que envolvía su cuerpo, las líneas simples y definidas que destilaban brillo. En el espejo del vestidor, ella se sonrió a sí misma al verse tan diferente. A lo mejor, si se sintiera tan confiada y relajada como con ese traje, podría pasar las entrevistas. Pensó que a lo mejor eso era de lo que ella carecía. Esa noche, las dos se sentaron en la mesa y tomaron vino. Algo embriagada, Min-young le dijo a su madre que no parecía que hubiese un lugar para ella en ese país. Como siempre, su madre la alentó enfatizando lo sobresaliente y madura que era. Entonces Min-young le dijo lo que había estado guardando por mucho tiempo: “Mamá, ¿y si regreso de nuevo a Corea?”. Su madre se mantuvo en silencio y con la vista fija en la copa que tenía en la mano.

Min-young parpadeaba y se mordía los labios. Sentía los pies en el aire, pero que todo estaba tan oscuro a su alrededor que no sabía dónde poner los pies. Le dolía al darse cuenta de que solo había corrido hacia adelante sin ponerse a pensar en la razón que la había empujado hasta ese lugar.

En ese momento las dos sentían que el mundo que habían construido las rechazaba y que la vida era un refugio temporal sin un lugar a donde regresar. A su madre ni siquiera le quedaban oportunidades. Se sentía impotente al ver que

la persona a quien le había dado todo de sí necesitaba su ayuda pero ella no podía ofrecérsela. Pero en ese momento Min-young no era tan sobresaliente ni tan madura como su madre pensaba. Porque, si lo fuera, no se habría olvidado del cumpleaños de su único familiar.

MARTES

Luego de que Min-young fue al trabajo, Seung-a entró en la página web de la aerolínea, donde habían respondido a su pregunta: “Es posible, comuníquese gratuitamente y reciba ayuda”. Seung-a hizo cuentas con las fechas. A lo mejor, no habría vuelo que saliera al día siguiente, así que lo seguro sería hacer la reserva para el jueves, es decir, pasado mañana.

Ese día Seung-a decidió dar un paseo por el barrio. Como partiría dentro de dos días, no necesitaba hacer planes y se sentía relajada. Antes de salir, probó las aplicaciones de mapa y traductor de su celular. Puso las llaves y la billetera en su bolso ecológico y se lo colgó al hombro, y hasta se puso las gafas de sol.

Recordando el camino que hizo con Min-young el primer día, logró llegar hasta la estación del metro. Caminó un poco más y se encontró con una tienda famosa de donas al lado de una pequeña iglesia y, yendo un poco más allá, vio un Starbucks en una esquina de la intersección. Como si se hubiese encontrado con un compatriota, Seung-a entró emocionada a aquel

lugar. Estaba nerviosa por tener que pedir en inglés, pero se animó al ver el menú de siempre. Cuando por fin le dieron el frappuccino cubierto de crema batida, se le vinieron a la cabeza algunas frases que describían la sensación de logro que sintió. Comparado con el Starbucks de Seúl, era silencioso y simple, pero aún así le gustó. Pensó que bien podría pasar el día siguiente en ese lugar y sintió alivio de pensar que tenía un plan y un sitio adonde ir.

De camino a casa, Min-young compró una pizza con refrescos, que eran tan famosos en el barrio como las donas. Mientras comían, Seung-a trató varias veces de comunicarle que regresaría antes a Corea, pero no encontró la oportunidad, ya que Min-young insistió en preguntarle cuál era el regalo que estaba de moda en Corea. Todavía no había llamado a la aerolínea y Min-young se quedó revisando tiendas de compras online hasta altas horas de la noche.

Cuando estaba acostada boca abajo en el suelo de la habitación, leyendo de nuevo las preguntas y respuestas frecuentes y los horarios de partida en la página web de la aerolínea, entró Min-young y le dijo:

—¿Puedo pedirte un favor?

—¿Cuál?

Min-young le explicó que la semana que viene era el cumpleaños de su madre, pero ya era tarde para mandarle un

paquete a tiempo. El favor era que llevara el regalo con ella a su regreso y se lo entregara. No era difícil, pero el que no pudiese partir antes de recibir el paquete suponía cambios en los planes de Seung-a.

—¿Cuándo llega la entrega?

—Dentro de dos o tres días. Posiblemente llegue el viernes.

—¿Tan tarde? En Corea hay lugares que te lo mandan el mismo día.

Min-young no tenía idea de la verdadera razón por la que Seung-a se quejaba.

—Si te molesta, puedo enviarle el paquete a mi madre desde aquí.

—Un regalo de cumpleaños tiene que llegar el día que es —le respondió Seung-a, cuando su amiga se daba la vuelta para salir del cuarto.

En la diligencia de Seung-a había algo de lealtad, pero la verdadera razón era que no sabía lo que deseaba en el fondo.

EL MIÉRCOLES DE AMBAS

Seung-a retomó el plan de pasar el día como una residente local. Lo que quedaba por hacer era ir al supermercado. Cuando cruzó la puerta del establecimiento, se dibujó una gran sonrisa en su cara. El lugar, fresco y agradable, era el más familiar de los que había visto hasta ahora en esa ciudad.

Frente a los artículos expuestos en categorías y ubicaciones parecidas a las de los supermercados coreanos, sintió que por fin había encontrado algo para hacer y empezó a llenar el carro de la compra.

Compró jamón y queso para la comida de Min-young, también agua mineral y agua con gas con sabor a pomelo. También naranjas, bananos, chocolate y galletas. Llenó bolsas con tomate, repollo, zanahoria, brócoli y manzana porque planeaba hacer un jugo desintoxicante para su amiga, que sufría de estreñimiento. También compró una botella de vino porque estaba muy barata. Luego de agregar a su carrito un abridor de vinos y un pelador de papas que estaba al lado, se puso en la fila para pagar. Solo entonces se dio cuenta de que eran demasiadas cosas para llevar sola. Aquí no estaba en Corea, en donde la entrega a domicilio era lo usual. No tenía otra opción que llevar en ambas manos las cuatro pesadas bolsas, caminar dos cuadras y subir la escalera hasta el cuarto piso bañada en sudor.

Después de eso, comenzó el verdadero trabajo en la cocina. En realidad, ella nunca había preparado el jugo desintoxicante. Solo había visto cómo lo hacía su madre, para luego beberse lo porque se lo ofrecía. Además, planeaba dejar hecho para toda la semana. Le tomó más de una hora limpiar y lavar la gran cantidad de ingredientes y de cortarlos todos en cuadraditos. El proceso de cocción fue todavía más difícil porque,

como no había una olla grande, tuvo que repetir varias veces el procedimiento de cocinar en la olla pequeña.

En la cocina no había ventanas ni aire acondicionado, así que Seung-a se quitó la camisa con el dibujo de Snoopy y se quedó en sostén parada frente al fuego. Siguiendo la receta que encontró en internet, sacó las verduras hervidas del agua para que se enfriaran, pero eso tomó demasiado tiempo, ya que la temperatura ambiente era extremadamente elevada. Sacó todos los botes de plástico que encontró y los pasó allí, pero después de terminar esto, no le quedaron fuerzas para mover un solo dedo. Con el cuchillo, la tabla de cortar y la olla sucios y desparramados, se derrumbó en el sofá.

Seung-a se quedó dormida y abrió los ojos con el sonido de la puerta que se abría. Era Min-young. Seung-a se levantó del sofá asustada porque su amiga entró pisando fuerte y cerró la cortina bruscamente.

—¿Por qué hace tanto calor en la casa? —preguntó con voz afilada.

—Te hice jugo desintoxicante.

—Te lo agradezco —dijo con un suspiro—, pero ¿a quién se le ocurre encender el fuego en un día como este? La casa está demasiado caliente.

Min-young fue hacia la cocina y vio todos los recipientes de plástico esparcidos sobre la mesa.

—¿Por qué hiciste tanto si no sabías si yo lo iba a tomar o no? Y además, sin preguntar.

Seung-a le ofreció agua mineral del refrigerador, pero ella dijo que el agua del grifo era confiable en ese país y se sirvió ella misma.

“¿Por qué será que hace todo eso?”, pensó Min-young, mientras tomaba agua. “¿Por qué no sabrá lo que es el límite? ¿Por qué desde el día de su llegada no hace más que mirar las cosas ajenas y cambiarlas de lugar?”. Ella estaba deprimida porque Mike se había ido de viaje sin comunicarse y su amiga le había preguntado si tenía un novio estadounidense. Seguro que había visto la foto que estaba en la estantería. Se sentía terriblemente desalentada y había decidido animarse tomando un vaso de cerveza fría con Seung-a si ella estuviese en casa. Pero en el instante de entrar, el calor se le abalanzó encima, la cocina estaba hecha un caos y su amiga estaba dormida en el sofá solo con el sostén puesto y la cortina abierta. Tuvo la sensación de que le habían invadido su espacio y sintió una enorme fatiga.

Las personas no cambian. Más que ser inocente, Seung-a no sabía ponerse en el lugar de los demás. Se apoyaba en Min-young para decidir cosas simples, como si comer *donkatsu* o *tteokbokki*, pero a la vez era testaruda y tenía un gran deseo de reconocimiento. Poco antes de que partiera a estudiar al

extranjero, Seung-a le entregó con los ojos hinchados una carta escrita a mano que había terminado la noche anterior y no dejó de llorar todo el tiempo, aunque ella le repitió más de veinte veces que no iba a olvidar a su amiga de la infancia aunque hiciera nuevas amigas estadounidenses. ¡Jugo desintoxicante para una semana! Era para agradecer y emocionarse como con la carta escrita a mano, pero también significaba una carga, al igual que haberle pedido que conservara para siempre la carta, cuando no le despertaba ningún interés. No había necesidad de parecerse para ser amigas. Bastaba con que cada una sonriera y saludara desde su propio lugar. Min-young estaba cansada de mantener la relación haciéndole entender esto a su amiga y también estaba cansada de sí misma por no ser capaz de mostrárselo.

“¿Cuál será su problema?”, pensó Seung-a. “¿Cómo es que no ha cambiado en nada y piensa solo en sí misma? Solo siente que la casa está caliente y no me ve a mí que he estado trabajando todo el día dentro de este calor. No le importa que yo haya limpiado su casa y haya cocinado jugo desintoxicante para ella. Solo le molesta que no haga las cosas a su manera. Pensé que había sufrido un poco y que eso la cambiaría, pero no es así. Actúa como si fuese independiente cuando estudió con el dinero de sus padres y siempre está tratando de demostrar que es mejor que sus amigas. ¿Será que la foto que subió

a Instagram es otra forma de alardear, como lo hacía con las buenas notas de sus exámenes y su formación en el exterior?”. Si no fuese por esa bendita foto, Seung-a no habría estado limpiando y trabajando en ese apartamento estrecho y viejo.

Aunque se había sentido herida muchísimas veces por el egoísmo de Min-young, ella seguía sin aprender. Estaba harta de ser tan imperturbablemente laboriosa y adaptable, de modo que entró al cuarto y metió en la maleta su ropa, que estaba colgada en el perchero, y los chocolates y las galletas que había comprado en el supermercado.

JUEVES Y VIERNES

Cuando Seung-a se levantó tarde al día siguiente, Min-young ya se había ido al trabajo. Abrió el refrigerador para tomar el jugo desintoxicante y vio que su amiga se había preparado un sándwich de jamón y queso para el almuerzo.

Pasó ese día en Starbucks. Como la casa no tenía buena ventilación, para escapar del aire caliente no tenía otra opción que salir del apartamento. Seung-a tomó algunas fotografías y también escribió algo en su cuaderno. Observar a las personas también era interesante. Le era cada vez más natural estar entre extranjeros. Aunque parecía que nadie le prestaba atención, pidió un pastel más por las horas que llevaba allí y lo comió de almuerzo.

De regreso al apartamento, pasó por el supermercado. Compró caramelos mentolados, una lata de cerveza y un abrebotellas muy original que estaba al lado. Aunque se ponía nerviosa cada vez que entraba y salía de la casa, hoy tampoco había nadie sentado en el sofá estropeado.

Sin embargo, la tranquilidad de Seung-a terminó cuando subió las escaleras y vio el adhesivo que estaba pegado en la puerta. Decía que no habían podido entregar el paquete pues no encontraron a nadie en el domicilio y que había que ir a la oficina de correos a buscarlo. Al parecer, habían traído el regalo que Min-young compró para su madre. ¿No había dicho que vendría mañana? En este país nada salía como uno lo esperaba.

Cuando Min-young regresó del trabajo, comentó sin darle mucha importancia que lo habrían mandado antes y añadió que había que ir a buscarlo a la oficina de correos. Por supuesto, tendría que ir Seung-a. En Corea, dejaban los paquetes delante de las casas; y si no era así, en la oficina de seguridad del edificio o en la tienda de conveniencia más cercana.

—¿Cómo reciben los paquetes los que trabajan?

—Es complicado —fue todo lo que dijo Min-young, por lo que Seung-a no pudo decirle nada más.

Cuando Seung-a le contó que había ido a Starbucks, Min-young comentó que los estadounidenses hacían algo parecido

cuando estaban de viaje al buscar siempre un McDonald's. También dijo que a los de ese país no les gustaba salir de su nación y que solo leían libros de autores americanos. Luego murmuró que no entendía la razón por la que a los coreanos les gustaba tanto Starbucks.

Al día siguiente, Seung-a fue a la oficina de correos del barrio. Como siempre, el día estaba soleado y hacía calor. Como no se animaba a tomar el autobús, tuvo que caminar por más de treinta minutos viendo el mapa de su celular.

En la oficina de correos, no había dónde sacar número, así que se puso en la fila y esperó hasta que llegase su turno para decir la frase que había memorizado de antemano: "Vine a buscar mi paquete", al mismo tiempo que le mostraba el adhesivo. Sin embargo, luego de echarle un vistazo, el empleado repitió varias veces el gesto de empujar con una mano. ¿Significaba que espere? ¿Por qué no le entregaba el paquete? Como hablaba tan rápido, era imposible entenderle nada. Al ver que Seung-a estaba a punto de llorar, el empleado pronunció con desgano la frase palabra por palabra y ella entendió, no por lo que le decía sino por su expresión y gestos, que el camión ya había salido con el paquete para su reparto.

Seung-a se apresuró en llegar a la casa y vio el camión de reparto estacionado enfrente. El repartidor uniformado estaba a punto de subirse al asiento del conductor. Corrió todo

lo que pudo, pero el camión partió antes de que lo alcanzara. Luego de que este se marchara, vio sentada en el sofá estropeado a una anciana gorda con un vestido sin mangas. La mujer la llamó y le dijo algo, pero Seung-a fingió no haber escuchado nada y abrió con la llave el portal de la planta baja y subió hasta el cuarto piso sin detenerse. Tal como lo presentía, había pegado otro adhesivo en la puerta. Esta vez estaba marcado con rojo.

Seung-a sacó una foto de la pegatina con su celular y se la mandó a Min-young. El sudor que le goteaba de la frente cayó sobre la pantalla del aparato. Enseguida recibió la respuesta: “Ahora llamo a la oficina de correos”. De repente, se sintió responsable y le envió otro mensaje diciendo que iría mañana a la hora en que abría o incluso antes. Un rato después recibió el mensaje de su amiga. El día siguiente era sábado, así que no había otra opción que ir a buscar el paquete el lunes. Y ese día era la fecha original de partida de Seung-a.

Seung-a estaba tomando agua mineral del refrigerador a borbotones cuando en su teléfono apareció un nuevo mensaje que decía: “Hoy termino temprano”. La verdad era que Min-young había llegado a casa temprano todos los días.

VIERNES

Mientras Min-young se daba una ducha y se cambiaba, Seung-a puso café en el termo y también agarró una botella de agua. Aunque solo fueran a un parque del barrio, era la primera salida con su amiga. El restaurante griego al que fueron la otra vez estaba enfrente de la casa, por lo que no sintió que hubiera ido a ninguna parte. Aunque Min-young le dijo que era un poco lejos para ir caminando, ella quiso ir a pie. El aire de la tarde estaba agradable; además, deseaba ver las tiendas en el trayecto.

Tenían planeado comprar un sándwich de *baguette* en una panadería del barrio.

—Tengo que ir por un momento a un lugar, ¿te molesta?

—¿A dónde?

—A la casa de un amigo, tengo que darle de comer al gato.

Min-young le explicó que solo tenía que esperar treinta minutos en el parque, mientras ella se ocupaba del animal.

—Es un amigo, pero no mi novio —le aclaró, aunque no se lo había preguntado.

La casa del amigo de Min-young estaba al lado del parque y Seung-a se puso a dar un paseo por la arboleda mientras anochecía. Había una gran superficie de césped, un escenario al aire libre y también una pista para correr. Un poco más

adelante, se veía fluir el East River bajo el vasto cielo. De vez en cuando soplaba la brisa desde el otro lado del río y creaba pequeñas ondas en la superficie del agua y en el pelo de Seung-a.

Se sentó en un banco que estaba junto al río y observó la puesta del sol. Se expandían cada vez más las nubes rojas en el cielo azul y se mezclaban las tonalidades de verde, blanco y rojo hasta cubrir todo el firmamento. El río rojo se agitaba en silencio mostrando su textura. Ella observó la oscuridad posándose en los rascacielos alineados al otro lado del río. Como había dicho Min-young, era un excelente lugar para ver la puesta del sol.

Min-young regresó un poco más tarde de la hora prometida y se sentó en el banco, al lado de su amiga. Su respiración era agitada, como si hubiera caminado deprisa. Seung-a le tendió la botella de agua, luego cortó por la mitad el sándwich envuelto en papel y se lo dio. Las dos comenzaron a comer mirando el río, una al lado de la otra.

Un rato después, de repente, Min-young se giró hacia Seung-a:

—Mírame los ojos.

—¿Por qué?

—Es que soy alérgica a los gatos. Cada vez que voy a la casa de mi amigo, tomo el medicamento, pero hoy me olvidé.

Seung-a vio que los ojos de su amiga estaban rojos.

—¿Tu amigo no sabe de tu alergia?

—No, se lo iba a decir luego.

—¿Cuándo?

—Pues... cuando yo fuera tan importante para él como su gato —Luego de decir estas palabras, Min-young esbozó una gran sonrisa—. Cuando vives sola aquí por mucho tiempo, no sabes distinguir si solo son amables contigo o si sienten algo especial por ti. Hay personas que trazan una línea y desean que los de afuera piensen que ellos son amables.

—Creo que eso pasa en todas partes —dijo Seung-a, asintiendo con la cabeza. Luego sonrió como su amiga—: Cuando te pase eso, piensa en por qué, por cuánto tiempo y en dónde. Si contestas bien a estas tres preguntas, podrás pasar.

Min-young no dijo nada, parecía estar sumergida en sus pensamientos. Las dos se quedaron mirando al otro lado del río y masticando su sándwich.

El sol se había puesto y solo había oscuridad en el cielo y el río. Los altos edificios al otro lado de la ribera se rindieron a la última luz y se convirtieron en esculturas negras. Cuando la oscuridad se profundizó, comenzaron a encenderse las luces coloridas. Estas se reflejaron en el río como ahuyentando la oscuridad y crearon un paisaje aun más hermoso.

—¿Qué hay al otro lado del río? —preguntó Seung-a.

—Manhattan. Hay que verlo desde aquí para abarcarlo todo porque es demasiado grande si te acercas.

Seung-a contó los días de estadía que le quedaban en esa ciudad. Tenía dos días más para ver Manhattan.

(작품 출처 표기)

(extraído de *Jangmiui Ileumeun Jangmi*
[*El nombre de la rosa es Rosa*], Munhakdongne, 2022)

LOS FRUTOS DE MI MUJER

Han Kang

Traducción de Sunme Yoon

1

Fue un día primaveral de fines de mayo cuando vi por primera vez los moretones en el cuerpo de mi mujer. Las peonías de los arriates junto a la portería del edificio de apartamentos dejaban caer los pétalos como lenguas cortadas y las lilas blancas machucadas contra la acera del hogar de jubilados se pegaban a las suelas de los transeúntes.

Era cerca del mediodía. Cargado de polvo y polen, el sol se derramaba blando como la pulpa de un melocotón maduro sobre el piso de la sala. Ese sol dulzón y tibio me daba en la espalda mientras mi mujer y yo leíamos en silencio el diario del domingo compartiéndolo a medias.

La semana había sido agotadora como siempre. No hacía mucho que me había despertado del sueño reparador que

solo me estaba permitido los domingos. Tumbado de costado y moviéndome cada tanto para obtener una posición más cómoda, repasaba con lentitud las páginas impresas.

—¿Me puedes mirar un momento? No sé por qué no se me desaparecen estos moretones.

No tanto porque hubiera comprendido lo que me decía, sino porque su voz había roto el silencio, levanté distraídamente los ojos hacia ella.

Tuve que sentarme y enderezar la espalda. Todavía con los dedos entre las hojas del diario, me froté los ojos. Se había levantado la camiseta hasta el sostén y me mostraba unos moretones bastantes intensos en el abdomen y la cintura.

—¿Cómo te hiciste eso?

Se giró sin responderme y, bajándose el cierre de la falda plisada, me mostró la espalda hasta el comienzo de las nalgas. Tenía claramente estampados varios moretones azulados del tamaño de las manitas de un niño.

—¿Que cómo te los hiciste? —volví a preguntarle alzando la voz, haciendo trizas el silencio de la pequeña sala de nuestro apartamento.

—No lo sé... No me acuerdo de haberme caído... Pensé que se me irían solos, pero están cada vez más grandes —respondió ella, esquivando mi mirada como una niña que ha sido pillada haciendo algo malo.

—¿No te duelen? —pregunté suavizando la voz, como disculpándome por el tono de reprimenda que había usado.

—No me duelen, pero no tengo sensibilidad en esas partes. Eso me asusta más —respondió mi mujer con una sonrisa en los labios, lo que no se condecía con la gravedad de lo que me estaba diciendo, aunque sin trazas de la cohibición de hace un rato—. ¿Te parece que vaya al médico?

De pronto me sentí incómodo y observé con cuidado el rostro juvenil de mi mujer. Se me antojó que era una desconocida, que no era la misma persona con la que había convivido durante cuatro años en la misma casa.

Mi mujer, que era tres años menor que yo, acababa de cumplir veintinueve. Antes de casarnos se veía tan joven que me daba vergüenza caminar con ella por la calle —parecía una colegiala cuando no se maquillaba—, pero ahora se podían percibir en su rostro signos evidentes de cansancio que no cuadraban con sus rasgos inocentes. Ya no la confundirían en ningún lado con una adolescente o una estudiante universitaria; incluso alguno podría pensar que era mayor que yo. Sus mejillas, que solían ser como manzanas rojas por madurar, se veían hundidas como abatidas de un puñetazo. Su cintura cimbreante como un tallo de batata y su vientre de bonitas curvas habían enflaquecido tanto que daban pena.

Traté de recordar la última vez que la había visto desnuda a la luz. Sin duda no había sido este año y no estaba muy seguro de que hubiera sido el año anterior. ¿Cómo no me había dado cuenta de que ella, mi única familia, tenía semejantes moretones en el cuerpo? Repasé las finas arrugas que se le habían formado en los bordes de sus ojos redondos y le pedí que se desnudara.

—¿Y si me ve alguien? —protestó ella, enrojeciendo los pómulos, que le sobresalían feos de tanto peso que había perdido.

A diferencia de otros apartamentos que daban a los balcones de otros edificios, el nuestro daba a la autopista. Entre esta y el complejo de apartamentos en el que vivíamos pasaba un riachuelo y había por lo menos tres calles de distancia, de modo que, salvo que fuera con unos binóculos, nadie podría verla. Por otro lado, era imposible percibir lo que ocurría en la sala de un decimotercer piso desde el interior de los automóviles que pasaban raudamente por la autopista. De modo que la protesta de mi mujer no podía ser otra cosa que vergüenza de desnudarse ante mí. ¿Acaso no habíamos hecho torpemente el amor hasta quedar extenuados en pleno día en esta misma sala? Sí, en esta sala, a poco de casados, con las ventanas abiertas de par en par, buscando un poco de alivio del calor sofocante de agosto.

Un año después nos amábamos con mayor pericia, pero perdimos la pasión de hacerlo hasta caer exhaustos. Mi mujer

tenía el sueño profundo durante las primeras horas de la noche, de modo que siempre la encontraba dormida cuando llegaba tarde a casa. No salía a recibirme y yo mismo abría la puerta del apartamento con mi llave. Después de asearme, entraba en el dormitorio, pero solo me esperaba su respiración acompasada. Si la abrazaba tratando de mitigar mi soledad, ella entreabría apenas sus ojos soñolientos y me acariciaba en silencio los cabellos, sin rechazarme, pero sin tampoco responder a mi abrazo, hasta que me sosegaba.

—¿Todo? ¿Quieres que me quite todo?

Frunciendo el ceño como si no pudiera contener la risa, mi mujer se apresuró a taparse la entrepierna con la ropa interior hecha un ovillo.

Hacía mucho tiempo que no veía a la luz su cuerpo desnudo, pero no me nació deseo alguno. Al ver los moretones de color verde claro que tenía en las nalgas, los costados, las piernas y hasta en el interior de sus muslos blancos, me asaltó una cólera repentina. Cuando esta se aplacó, me sentí triste sin saber por qué. Con el carácter distraído que tenía mi mujer, no me extrañaría que se hubiera golpeado contra un automóvil que se desplazaba a poca velocidad mientras caminaba soñolienta a primeras horas de la noche, o que hubiera tropezado y rodado en la oscuridad por los escalones del portal de nuestro edificio y estuviera tan dormida que lo olvidara.

Estaba allí de pie, de espaldas al sol primaveral que entraba por la ventana, tapándose la entrepierna con las dos manos y preguntándome de nuevo si debía ir al médico. Su aspecto me pareció tan patético, lastimoso y triste que me despertó una inmensa ternura, como hacía tiempo que no sentía, así que no pude hacer otra cosa que abrazar con fuerza su cuerpo escuálido.

2

Creí que se le pasaría. Por eso le dije ese día de primavera tardía, mientras abrazaba su cuerpo flaco: “Como no te duelen, se te irán pronto. No es la primera vez que te haces daño en alguna parte por no tener cuidado”. Se lo dije riendo para suavizar el reproche.

Después me olvidé por completo, hasta que una noche de principios de verano, en la que una brisa caliente frotaba sus mejillas pegajosas contra las hojas de los plátanos y contra los faroles soñolientos de ojos congestionados, ella dejó la cuchara sobre la mesa después de la cena y volvió a mencionarlo:

—Es que es muy raro lo que me pasa. Mírame de nuevo, por favor.

Levantó sus brazos raquíticos y se quitó a la vez la camiseta y el sostén. No pude evitar lanzar una breve exclamación.

Los moretones del tamaño de las manitas de un bebé habían crecido y ahora eran grandes como hojas de taro. Además,

se habían puesto más oscuros. Como los sauces, que en primavera son de color verde claro y en verano adquieren una tonalidad más intensa, ahora eran de un verde sombrío.

Extendí la mano temblorosa y pasé los dedos por sus hombros amoratados como si tocara un cuerpo ajeno. ¿Cómo se habría lastimado para que le salieran semejantes magulladuras? Mirándola con más detenimiento, su cara tenía un tono azulado como si tuviera dentro plomo derretido. Su pelo, que solía ser lustroso, estaba seco como la paja. El blanco de sus ojos era tan níveo que tenía un tinte índigo, lo que hacía resaltar aun más sus ojos negros, que estaban húmedos y brillantes.

—¿Qué me estará pasando? Quiero salir afuera todo el tiempo... Y cuando salgo y veo el sol, me dan ganas de desvestirme. ¿Cómo decirlo? Es como si fuera mi cuerpo el que quiere despojarse de la ropa.

Se levantó de la silla con su torso desnudo chocantemente esmirriado y continuó diciendo:

—Anteayer salí desnuda al balcón y me quedé de pie junto al tendedero. No me dio vergüenza ni nada... ni me importó que me vieran... como si me hubiera vuelto loca.

Toqueteando con nerviosismo los extremos de los palillos que tenía en la mano, observé su cuerpo flaco que se acercaba a mí.

—Nunca tengo hambre. Si bien tomo más agua que antes, no como ni siquiera un cuenco de arroz al día. Mi estómago

no debe producir suficiente bilis porque, cuando me obligo a comer algo, no hago bien la digestión y tengo ganas de vomitar en cualquier lugar.

Mi mujer se sentó en el suelo tomándose de las rodillas como si se derrumbara y hundió su cara entre mis muslos. ¿Estaba llorando? Sentí que una humedad tibia mojaba los pantalones de mi sudadera.

—¿Sabes lo que es devolver varias veces al día? Es como marearse en tierra firme y no poder andar erguido. Y la cabeza... me duele como si me clavaran algo punzante en el ojo derecho. Los hombros se me ponen duros como leños, se me acumula un líquido dulce en la boca y voy vomitando ácido de color amarillo en las aceras y contra los árboles...

La gastada lámpara fluorescente parpadeaba chirriando como un insecto. Bajo la luz plomiza, mi esposa sollozaba quedamente mordiéndose los labios, con la espalda llena de cardenales.

—Ve al médico —le dije, alzando su cara—. Ve mañana mismo a ver a un médico clínico.

Ella tenía la cara horriblemente empapada de lágrimas. Pasé mis dedos por sus cabellos pajizos y, tratando de sonreír con toda la boca, añadí:

—Y, por favor, ve con cuidado. Ya eres grande para tener semejantes moretones, ¿no crees? Ni que fueras una niña.

Abriendo débilmente los labios, a donde iban a parar sus lágrimas, ella esbozó una sonrisa húmeda.

3

¿Siempre había llorado tanto? Antes no era así. La primera vez que la vi llorar fue a los veintiséis años cuando me dijo que no quería vivir en Sanggye-dong. Antes de casarnos era de reírse mucho y su voz siempre traslucía una sonrisa, como un fondo de color alegre.

Con ese tono demasiado maduro y sereno para su rostro juvenil, me dijo un día con voz temblorosa:

—Creo que me iré secando de a poco en ese lugar donde se apiñan setecientas mil personas; en esos miles de apartamentos todos iguales; en esas cajoneras con cocinas, techos, inodoros, bañeras y balcones todos idénticos. ¡Odio los ascensores, el parque, la plaza de juegos, las tiendas y hasta los cruces de cebral!

—¿Por qué te comportas de pronto como una niña? —le dije, como consolando a un niño, prestando atención solo al tono implorante de su voz y no a lo que decía—. ¿Por qué dices eso sin haber vivido allí? ¿Por qué te parece malo que haya tanta gente?

Me puse serio y la miré a los ojos. No había malicia en ellos.

—Mira —seguí diciéndole—, yo siempre alquilaba a propósito cuartos que estuvieran cerca de una calle bulliciosa y

llena de transeúntes, donde resonara una música estrepitosa a todo volumen, donde los coches tocaran bocina para abrirse paso. No soportaba otros lugares...

De esos ojos exentos de malicia, rodaban unos lagrimones enormes.

—No aguantaba la soledad si no eran sitios así —rematé.

Ella se enjugó el llanto. Como si se lavara la cara, se pasó las palmas una y otra vez por las mejillas para limpiarse las lágrimas que no paraban de caer.

—Creo que me voy a enfermar y que me moriré poco a poco. Siento que no podré bajar de este piso trece, que no podré escapar de aquí...

—¿Por qué dices esas cosas horribles? De verdad que eres rara tú.

Tengo que reconocer que mi mujer se enfermó a menudo el primer año, cuando llegamos a vivir a nuestro apartamento de Sanggye-dong. Estaba acostumbrada al frío del cuarto que alquilaba en la ladera de una colina y no se adaptó bien al espacio cerrado y a la calefacción central del piso. Su cuerpo, entrenado de tanto subir y bajar a paso rápido por la empinada pendiente para no llegar tarde a la editorial donde trabajaba por un sueldo magro, se debilitó muy pronto.

De todos modos, ella no dejó su trabajo porque nos hayamos casado, pues acababa de renunciar cuando le propuse

matrimonio. Entonces ella pensaba irse a vivir a otro país con el dinero de la liquidación y lo que había ahorrado de su sueldo y de las dos clases particulares que daba los fines de semana.

—Quiero renovar mi sangre...

Fue lo que me dijo la tarde que entregó por fin la carta de renuncia que llevaba en su bolso desde hacía tiempo. Dijo que quería cambiar la sangre mala que tenía acumulada en las venas; que quería limpiar sus pulmones cansados con un aire más libre; que su sueño desde niña había sido vivir y morir libremente; que lo había estado posponiendo porque no se daban las condiciones, pero que ahora que tenía unos ahorros se sentía capaz de hacerlo; que quería vivir seis meses en un país e irse a vivir a otro unos meses después y así todo el tiempo.

—Quiero hacerlo antes de morirme. Quiero ir hasta el fin del mundo, llegar sin prisas hasta lo más lejos que se pueda, hasta el otro extremo del planeta... —remató, con una sonrisa callada.

Sin embargo, en lugar de todo eso, aportó ese dinero, que tampoco era mucho, para el depósito del apartamento y los gastos de la boda.

—Es que no creo que pueda romper contigo... —dijo brevemente, explicando su proceder.

¿Qué tan auténtica era la libertad con la que decía soñar? No debía ser gran cosa si había podido renunciar a ella tan fácilmente. Los planes que hizo para su consecución eran infantiles, y en el fondo no eran más que fantasías románticas e irreales. Suponía que se habría dado cuenta de ello con el tiempo y, de solo pensar que había sido gracias a mí, hasta me emocionaba un poco.

Sin embargo, cuando veía sus hombros flacos caídos como hojas de col mustias —seguramente porque se enfermaba a menudo— y que se quedaba con la cara pegada al vidrio de la ventana viendo correr los automóviles por la autopista, me rompía el corazón. Permanecía allí de pie, quieta, sin siquiera respirar fuerte, como si unos brazos invisibles la aferraran de los hombros, como si una cadena y una pesada bola de hierro le inmovilizaran las piernas.

Cuando a altas horas de la noche o de madrugada los taxis y las motocicletas atravesaban raudamente la autopista vacía con un ruido atronador, ella se despertaba asustada y temblando. Decía que no eran los coches sino la carretera la que parecía correr a toda velocidad y arrastrar la casa con ella. Cuando el ruido se perdía en la lejanía, volvía a caer en un sueño lánguido y entonces su bonito rostro adquiría una palidez que no parecía de este mundo.

—¿De dónde vendrán?

Y otro día, con una voz apenas audible, preguntaba como en sueños:

—¿A dónde se dirigirán todos corriendo de esa manera?

4

Cuando llegué a casa al día siguiente, mi mujer vino corriendo desde la sala al escuchar mis pasos. Tenía los pies desnudos, no llevaba calcetines ni pantuflas. Haría tiempo que no se cortaba las uñas de los pies, pues las tenía largas y curvadas hacia abajo.

—¿Qué te dijo el médico?

No me respondió. Se quedó viendo cómo me sacaba los zapatos, se acomodó detrás de las orejas un mechón de pelo opaco que le caía sobre la cara y ladeó la cabeza.

Era la misma mirada de perfil. El día que la conocí, cuando nos dejó solos el colega del trabajo que me la presentó, se produjo un silencio momentáneo y en su cara afloró la misma expresión misteriosa. Me quedé perplejo, pues era la mirada de alguien que vaga sin rumbo por lugares lejanos sin decirle a nadie dónde va. Fue como vislumbrar una soledad ajena en un rostro normalmente adorable y alegre. Eso me hizo pensar que ella sabría entenderme y, ayudado por el alcohol, le confesé que había vivido toda la vida muy solo. Entonces ella, que entonces tenía veintiséis años, ladeó el rostro y se

quedó con la mirada puesta en la lejanía como ahora, con una expresión que, de tan triste, era gélida.

—¿Pero has ido a ver al médico?

Todavía con el rostro ladeado, mi mujer asintió con un ligero movimiento. ¿Me miraba de lado para esconder su rostro demacrado o quería demostrarme su descontento por algo que yo había hecho?

—Vamos, dime, ¿qué te dijo?

—Que no es nada —respondió como si suspirara, con una voz tan calmada que hasta me dio miedo.

Lo que más me gustó de ella cuando la conocí fue su voz. Aunque suene imposible, me produjo la impresión de una bandeja primorosamente barnizada y esmaltada que se guarda con cuidado y se saca a relucir únicamente cuando hay una visita importante, una suerte de elegante mesilla sobre la que dan ganas de servir el mejor té en las mejores tazas. Ese día, sin conmovirse en absoluto por mi confesión insegura y temblorosa, me respondió con voz cortés y serena, como si fuera la cosa más natural del mundo: “Yo no quiero establecerme en ningún sitio”.

Entonces yo le hablé de plantas. Que mi sueño era llenar el balcón de grandes macetas y cultivar ahí lechugas verdes; que quería ver florecer la perilla como copos de nieve cuando llegara el verano. Ella se me quedó mirando fijamente, como si no le cuadrara que un tipo grande como yo le hablara de

plantas y flores. Cuando rematé mi discurso diciendo que quería cultivar brotes de soja en la cocina, se rio suavemente. Aferrándome a esa risa delgada y cándida, repetí otra vez: “Es que he vivido toda mi vida muy solo”.

Tal como lo dije, puse macetas en el balcón cuando nos casamos, pero ninguno de los dos resultó ser un buen horticultor. Creí que bastaba con regarlas, pero por alguna razón desconocida las hortalizas se murieron poco a poco sin darnos la oportunidad de cosechar nada.

Alguien dijo que era porque vivíamos en un piso alto y las plantas no recibían la energía de la tierra; y otro, que era porque el agua y el aire no eran buenos. Alguno también nos regañó diciendo que no las habíamos cuidado lo suficiente, pero eso no era cierto. Mi mujer mostró un celo inesperado por las plantas. Cada vez que una lechuga o perilla se marchitaba, se quedaba triste el resto del día; pero si parecía revivir, se ponía a tararear cancioncillas en voz baja.

Como sea, ahora en el balcón solo había macetas cuadradas llenas de tierra reseca. Me preguntaba a dónde habrían ido a parar las plantas y las verduras que se murieron. “¿Dónde se fueron los días en que sacaba las plantas al antepecho de la ventana y dejaba que la lluvia me mojara los dedos? ¿Dónde se fueron los días de juventud?”, pensaba. Cuando me veía así, ella me decía:

—Mejor vayámonos lejos.

A diferencia de las verduras de hoja que revivían vigorosas cuando recibían el agua de la lluvia, mi mujer se iba marchitando tristemente.

—Aquí me ahogo y no puedo vivir. Hasta se me ennegrecen los mocos y la flema —decía, sacando su mano flaca por encima de las lechugas para juntar un poco de lluvia y tirarla al suelo del balcón—. ¿Ves? ¡La lluvia está sucia! Las plantas reviven solo en apariencia.

Lo decía con tono hostil, como los que gritan “¡Este país es una porquería!” cuando se emborrachan.

—¿Cómo van a crecer bien con tanto ruido? ¿Confinadas en un lugar tan cerrado?

—¿A qué te refieres con “tan cerrado”? —le grité, sin poder aguantar más que destrozara con su susceptibilidad mi breve e insegura felicidad; sin poder soportar más su cuerpo escuálido por el que corría esa vieja sangre melancólica de la que me había hablado—. ¡Vamos, dime! ¿Qué es lo que te parece tan ruidoso?

Le tiré a la cara la lluvia que recogí en la mano. Se la limpió sobresaltada lanzando un grito breve y se sacudió las manos con un movimiento brusco. Las gotas frías de lluvia salpicaron los vidrios y mi cara, pero el movimiento tiró abajo la maceta que estaba en el antepecho de la ventana, la cual

cayó sobre su pie desnudo para luego rodar por el suelo del balcón. Los trozos de cerámica y los terrones de tierra mancharon su ropa y sus piernas. Doblándose por la mitad, se agarró el empeine lesionado con las dos manos y se mordió el labio inferior.

A ella le nació esa costumbre de morderse el labio inferior antes de casarnos cuando yo me enfadaba y alzaba la voz. Entonces se quedaba callada un rato ordenando las ideas y luego me hacía sus planteamientos uno detrás de otro. Sin embargo, desde ese incidente cerró la boca y dejó de decirme lo que pensaba. Nunca más volvimos a pelearnos.

—¿Te dije que no tienes nada? —le pregunté, quitándome la chaqueta del traje, al mismo tiempo que me asaltaba una fuerte y repentina sensación de soledad y cansancio.

—No encontró nada raro —respondió brevemente, sin tomar la chaqueta que le tendía y con el rostro todavía ladeado.

5

Mi mujer dejó de hablarme como lo hacía antes. Nunca me dirigía la palabra primero y, si yo le preguntaba algo, me respondía con ademanes de cabeza. Si le gritaba diciéndole que me hablase, miraba hacia otro lado, como queriendo decir que no estaba muy segura de querer hacerlo. Ahora se notaba perfectamente bajo la luz fluorescente que tenía mala cara.

Quizá cuando me decía que el médico no había podido encontrarle nada, quería decirme que no estaba mal del estómago, sino que algo la mortificaba. ¿Pero por qué diablos estaba así?

Los últimos tres años habían sido los más cálidos y tranquilos de mi vida. Tenía un trabajo que no me requería demasiado esfuerzo, el dueño del piso parecía ser una persona despreocupada y no nos había aumentado el alquiler, faltaba poco para que pudiéramos suscribirnos a la compra de un apartamento nuevo y mi mujer, aunque no fuera muy cariñosa, era buena esposa. Todo contribuía a reconfortar mi cuerpo cansado, como una tina de baño llena de agua a la temperatura adecuada.

¿Cuál era el problema de mi mujer? ¿Cuál era la causa psicológica que la incapacitaba de ese modo? Me preguntaba cómo podía hacerme sentir tan solo, qué derecho tenía de hacerme sentir de esa manera. Entonces se fue acumulando un odio infinito hacia ella como viejas capas de polvo.

Una mañana de domingo, la víspera de un viaje de negocios al extranjero por una semana, vi a mi mujer tendiendo la ropa en el balcón y se me cortó la respiración. Tenía casi toda la superficie de la piel cubierta de moretones verdosos, a tal punto que las zonas blancas eran las que parecían manchas. Iba a entrar a la sala con la canasta de la ropa vacía, pero le

impedí el paso y le ordené que se desvistiera. Cuando se quitó finalmente la camiseta, quedaron a la vista sus hombros de un color verde aceitunado tan oscuro que hasta repugnaba.

Di algunos pasos hacia atrás tambaleante, sin poder quitarle los ojos de encima. El vello de sus axilas, antes abundante, se había reducido a la mitad; y sus pezones, antes marrones y suaves, se veían blancuzcos, como si se hubieran desteñido.

—Esto no puede ser. Voy a llamar a tu madre.

—No, no lo hagas. Lo haré yo —dijo ella rápidamente, pronunciando mal las palabras, como si se hubiera mordido la lengua.

—Ve al médico, ¿me oyes? Ve a ver a un dermatólogo. No, no, mejor ve a un hospital.

Mi mujer asintió con la cabeza.

—Ya sabes que no tengo tiempo para acompañarte. Cada uno tiene que cuidarse la salud por su cuenta. Lo sabes.

Mi mujer volvió a asentir.

—Llama a tu madre. Hazme caso.

Siguió asintiendo, al mismo tiempo que se mordía el labio. ¿Asentía porque me había entendido? Mis palabras se desparramaron sobre el suelo de la sala, como migajas de galletas baratas.

6

La puerta del ascensor se cerró a medias y volvió a abrirse con estrépito. Arrastrando la pesada maleta, caminé hasta el final del pasillo oscuro y toqué el timbre de mi casa. No hubo respuesta.

Apoyé la oreja contra la fría puerta metálica. Toqué dos, tres, cuatro veces. Después de comprobar que el timbre resonaba en algún lugar lejano de la casa, toqué la campanilla varias veces más. Apoyé la maleta en la puerta y miré la hora. Mi mujer era de tener el sueño profundo en las primeras horas de la noche, pero esto era demasiado.

Estaba exhausto y ni siquiera había cenado. Al menos ese día, no quería abrir la puerta con mi propia llave.

¿Y si me había hecho caso y había llamado a su madre y se encontraba en el hospital? Tal vez se hubiera ido al pueblo con sus padres. Sin embargo, cuando entré a la casa, encontré desperdigados en el vestíbulo sus zapatos, sus zapatillas y sus pantuflas, los únicos que tenía mi mujer.

Mientras me quitaba el calzado, percibí el inusitado frío que había en la casa. Bastó que diera unos pasos para sentir el desagradable olor. Dentro de la nevera había calabacines y pepinos resacos pudriéndose por dentro. En la arrocera, quedaba medio cuenco de arroz hecho quién sabe cuándo y su olor rancio me penetró la nariz junto con el vaho caliente. En

el lavaplatos, se amontonaba la loza sin fregar. En la palan-gana del lavadero, la ropa sucia sumergida en agua jabonosa de color ceniza desprendía un fuerte hedor.

No encontré a mi mujer en el dormitorio, ni el baño, ni en el lavadero. La llamé en voz alta, pero no hubo respuesta. En la sala, vi desparramados en desorden el diario que había estado leyendo la mañana de mi partida abierto en la página que lo había dejado, un cartón de leche de medio litro vacío, un vaso de vidrio manchado con leche seca, una media blanca suya vuelta del revés y su billetera roja de piel sintética.

El desagradable rugido del motor de los automóviles que atravesaban la autopista a toda velocidad era el único ruido que cortaba como un cuchillo el sólido silencio que reinaba en la casa.

Me sentí solo de hambre y agotamiento, porque la vajilla se pudría sin remedio en el fregadero sin que quedara siquiera una cuchara limpia con la que poder comer, porque había vuelto de estar muchos días afuera y no había nadie en la casa, porque quería hablar de las cosas que me habían ocurrido durante el largo viaje y de los paisajes exóticos que había visto desde un tren, porque no había nadie que me preguntara si estaba cansado, porque no podía responderle que estaba bien con voz segura y tolerante. Me sentía tan solo que me enfadé. Me enfadé porque ya nadie iba a arrimarse

a este cuerpo mío sin atractivos, porque ninguna prenda de abrigo podría mitigar el frío que sentía, porque era una realidad evidente que nada ni nadie podría consolarme y yo no había querido admitirlo durante todo este tiempo. Si iba a estar solo en todo momento y lugar, si ya nadie iba a amarme, entonces yo había dejado de existir.

Fue entonces cuando escuché una respuesta débil. Me volví hacia el sonido. Era la voz de mi mujer. Era un bisbiseo ininteligible que provenía del balcón.

—¿Por qué no respondías si estabas en casa? —exclamé, yendo hacia allí con pasos resueltos.

La inmensa sensación de soledad se transformó de inmediato en alivio y abrí de un tirón la puerta del balcón, mientras se me subía hasta la punta de la lengua el malhumor que guardaba para echárselo encima:

—¿Por qué está todo tirado y desordenado? ¿Se puede saber de qué te alimentaste?

Fue entonces cuando vi su cuerpo desnudo.

Estaba de cuclillas y mirando hacia la barandilla del balcón con los brazos en alto. Todo su cuerpo se había vuelto de color verde intenso. Su cara de tinte cetrino lucía lustrosa como un árbol perenne de hojas anchas; y su cabello pajizo se veía lozano como tallos de hierba fresca. Sus dos ojos resplandecían profundos en su cara esmeralda.

Intentó incorporarse y girar hacia mí, que retrocedía, pero sus piernas no se movieron y no pudo levantarse ni caminar. Sacudió su cintura flexible con un movimiento tortuoso y su lengua atrofiada se agitó como una planta acuática entre los labios verdes. Ya no había rastros de sus dientes.

—A... gua... —alcanzó a pronunciar, moviendo apenas sus labios blanquecinos.

Corrí hacia la cocina fuera de mí y llené la palangana de plástico hasta rebosar. Volví al balcón derramando el líquido por el suelo de la sala al compás de mis pasos presurosos. En el instante que la derramé sobre su pecho, su cuerpo revivió y se agitó como las hojas de una enorme planta. Volví a traer agua y la vertí sobre su cabeza, entonces emergieron sus cabellos danzando. Al ver cómo afloraba con toda su frescura el cuerpo verde y reluciente bajo el chorro de agua que yo vertía, sacudí la cabeza con espanto.

Nunca mi mujer se me había mostrado tan hermosa.

7

Mamá:

Ya no puedo escribirte. Tampoco puedo ponerme el suéter que te dejaste. Me refiero al de color morado que te olvidaste en casa cuando viniste el invierno pasado.

Al día siguiente de que él se fue de viaje de negocios, me lo puse porque tuve escalofríos desde la mañana. Como no lo había lavado, conservaba tu olor y el de las comidas que cocinaste. Debería haberlo lavar, pero tenía mucho frío y, además, quería guardar esos olores por mucho tiempo, así que me lo puse y me quedé dormida. Los escalofríos no cesaron hasta la madrugada del día siguiente. No te imaginas lo que fue eso, mamá. Sufrí tanto frío y tanta sed que me puse a llorar cuando llegó la mañana y los rayos de sol iluminaron la ventana del dormitorio. Quise recibir esa calidez en todos los recovecos de mi cuerpo, por eso salí al balcón y me desnudé. El sol olía tan tibio como tu piel, así que me arrodillé y te llamé sin parar.

No sé cuánto tiempo ha pasado. No sé si fueron días, semanas o meses. El aire pareció caldearse, pero luego fue perdiendo la tibieza y últimamente solo siento frío.

Las ventanas de los apartamentos al otro lado del riachuelo parecen iluminadas con luces de tonalidad anaranjada. ¿Podrá verme la gente que vive allí? ¿Podrán verme desde los automóviles que corren por la autopista con los faros encendidos? ¿Qué aspecto tendré en este momento?

Él está mucho más amable conmigo. Consiguió un maceta enorme y me plantó allí. Los domingos se sienta en el umbral del balcón durante toda la mañana para quitarme los pulgones. Con lo cansado que solía estar antes, ahora sube todas las mañanas al monte para traer agua del manantial y la vierte sobre mis pies, recordando que no me gusta el agua del grifo. Hace poco incluso compró un montón de tierra nueva y me trasplantó a otra maceta. Y los días que la lluvia limpia la atmósfera de la ciudad, deja abiertas las ventanas y la puerta de entrada del apartamento por la madrugada para cambiarme el aire.

*

Es extraño, mamá. Aunque ya no pueda ver, oír, oler o sentir el gusto, lo percibo todo de una manera más intensa. Siento los automóviles que se deslizan ásperamente por la autopista, la ligera vibración de los pasos de mi marido cuando entra por la puerta, el anhelo de fertilidad del aire cuando está por llover, la tonalidad blanquecina que adquiere el cielo cuando hay niebla.

Siento que brotan los retoños y las hojas, tanto las cercanas como las lejanas; que las larvas rompen sus huevos; que los perros y gatos paren sus crías; que el pulso del anciano del edificio contiguo parece apagarse pero sigue latiendo; que hierve la espinaca en la cocina del piso de arriba; que hay un enorme ramo de

margaritas en el jarrón sobre el equipo de audio de esa vivienda; que las estrellas se desplazan dibujando arcos flexibles sin importar si es de día o de noche; que cuando sale el sol los plátanos a los lados de la autopista se inclinan anhelantes hacia él; que mi cuerpo también se expande lleno de plenitud en esa dirección.

¿Lo comprendes, mamá? Sé que pronto dejaré también de pensar, pero no me importa. Hace mucho que sueño con vivir solo del viento, el sol y el agua.

*

Me acuerdo de cuando era pequeña, de los sabrosos aromas que olía cuando corría a la cocina y hundía mi cara en tu delantal. El olor a aceite de sésamo, a sésamo tostado. Mis manos siempre estaban manchadas de tierra y te ensuciaba la falda cuando te abrazaba.

¿Cuántos años tendría? Me acuerdo de un día de primavera que, subida al tractor de papá, iba por la orilla del mar mientras caía una suave llovizna. Me rondan las imágenes, como molinillos al viento, de los adultos con impermeables que sonreían al verme pasar y de los niños con los flequillos mojados pegados a la frente que agitaban la mano dando saltos.

Para ti el mundo se reducía a ese pueblo pobre a la orilla del mar donde naciste y te criaste. Allí tuviste a tus hijos, allí

trabajaste y allí envejeciste. Y algún día yacerás junto a papá sobre la ladera de una montaña de las inmediaciones.

Mamá, me vine a este lugar tan lejos para no ser como tú. Todavía no me olvido de las calles de Busan, Daegu y Gangneung por las que vagué durante más de un mes cuando a los diecisiete años me marché de casa sin rumbo fijo. Mintiendo sobre mi edad, de día trabajaba como camarera en un restaurante japonés y por las noches dormía acurrucada en una sala de estudio, pero igual me gustaba esa vida. Me gustaba el brillo de las luces de la ciudad y el garbo de su gente.

En ese entonces no sabía que iba a deambular, envejecida y ajada, por estas calles llenas de gente desconocida. Si no fui feliz en mi pueblo ni en este lugar forastero, ¿a dónde más puedo ir?

Nunca he sido feliz. ¿De quién será el alma en pena que me persigue tenaz y me ata de cuello, pies y manos? Como una niña que llora si le pegan y grita si la pellizcan, siempre he querido salir corriendo, desgañitarme llorando, destrozar a puñetazos la ventana del autobús sentada en el último asiento con cara de la niña más buena del mundo, sorber a lametazos la sangre que mana de mis manos. ¿Qué era lo que me atormentaba tanto? ¿De qué quería escapar cuando deseaba marcharme al otro extremo del mundo? ¿Por qué fui tan estúpida y no me fui? ¿Por qué no me marché, ligera como el viento, y cambié esta odiosa sangre mía por otra nueva?

*

Dijo que no se escuchaba nada en mis entrañas, que solo resonaba un viento en la lejanía. Es lo que murmuró el doctor anciano, mientras le daba golpecitos al estetoscopio con la punta de los dedos. Después dejó el aparato a un lado y encendió la pantalla en blanco y negro del equipo de ultrasonido. Me puso un gel frío y pegajoso en la panza y, presionando la sonda sobre mi piel, fue repasando lentamente todos los rincones de mi abdomen. Entonces se vio en la pantalla lo que parecían ser mis vísceras.

—Está todo normal —murmuró el médico, pasándose la lengua por los labios—. Lo que se ve ahora es el estómago... No hay nada anormal. El estómago, el hígado, el útero, los riñones... todo está bien.

¿Por qué no habrá podido ver que mis órganos estaban desapareciendo lentamente? Me limpió sin cuidado el gel con un par de pañuelos de papel, pero cuando iba a levantarme, me ordenó que me acostara de nuevo y comenzó a presionar distintos puntos de la panza.

—¿Te duele? —me preguntó de pronto tuteándome y yo le respondí negando con la cabeza, con la vista fija en sus gafas—. ¿No te duele? ¿Aquí tampoco?

—No, no me duele.

Mientras volvía a casa después de recibir una inyección, vomité de nuevo. Me puse en cuclillas, con la espalda apoyada en los azulejos fríos del baño de la estación del metro y empecé a contar los números con la esperanza de que amainara el dolor, ya que el médico me dijo que no me tomara las cosas tan a pecho. Que todo era psicológico. Que debía tomarme las cosas con más calma. Contar uno, dos, tres, cuatro cuando tuviera ganas de vomitar y mantenerme lo más tranquila posible. Sin embargo, el dolor no remitió a pesar de que me brotaron las lágrimas y tuve que sentarme en el piso después de expulsar el jugo gástrico, esperando a que el suelo dejara de sacudirse y se aquietara.

¡Hace tanto que sucedió todo eso!

*

Mamá, siempre sueño lo mismo. Que crezco tan alto como un álamo, que perforo el techo del balcón, el balcón del piso de arriba, el del piso quince, dieciséis y llego hasta la azotea atravesando el hormigón y las vigas de hierro, que se me abre en la punta del tallo una flor semejante a una larva blanca, que sube la savia transparente por los tubos leñosos a punto de reventar, que alzando bien las ramas empujo hacia arriba el cielo con el pecho para finalmente irme de esta casa. Mamá, sueño lo mismo todas las noches.

*

Está haciendo cada vez más frío. No te imaginas cuántas hojas cayeron al suelo, cuántos insectos se están muriendo, cuántas serpientes cambiaron de piel y cuántas ranas comenzaron su hibernación hoy en el mundo.

Me acuerdo todo el tiempo de tu suéter. Ya casi no recuerdo tu olor. Quisiera pedirle a mi marido que me cubra con ese suéter, pero no hay manera de comunicarme con él. ¿Qué puedo hacer, mamá? A veces llora y otras veces se enfada al verme marchitar. Ya sabes que yo soy su única familia. Puedo sentir que en el agua de manantial que vierte sobre mí se entremezclan sus lágrimas tibias. Que manotea en el aire sus puños cerrados porque no tiene a quién dirigirlos.

*

Mamá, tengo miedo. Tengo que bajar los brazos. Esta maceta es demasiado pequeña y dura. Me duelen las raíces crecidas a más no poder. Me moriré antes de que llegue el invierno. Seguramente no volveré a florecer en este mundo.

8

Cuando le eché encima tres palanganas de agua la noche que volví de mi viaje de negocios, mi mujer vomitó jugo gástrico amarillo. Vi encogerse sus labios con mis propios ojos. Cuando toqué esos labios blanquecinos con mi mano temblorosa, le escuché emitir por última vez un sonido débil e ininteligible. Después de eso no volví a escuchar su voz, ni siquiera un simple quejido.

Le salieron abundantes raicillas blancas de los muslos, se abrieron flores de color sangre en su pecho, le brotaron pistilos blancos arriba y amarillos abajo en los pezones. Cuando lograba sacar fuerzas y extendía las manos, intentaba abrazarme del cuello. Tratando de hacer coincidir mis ojos con los suyos, que aún brillaban vagamente, me agachaba para que me pudiera abrazar bien con esas manos que parecían hojas de camelia. “¿Estás bien?”, le preguntaba y sus ojos como uvas maduras sonreían ligeramente.

A lo largo del otoño, su cuerpo se fue tiñendo de naranja claro. Cuando abría las ventanas, sus brazos alzados se mecían leve y suavemente según la dirección del viento.

Hacia finales del otoño, comenzaron a caérsele una a una las hojas. Su cuerpo anaranjado se volvió totalmente marrón.

Me acordé de la última vez que me acosté con mi mujer. En lugar del típico olor ácido, sentí un aroma fragante y

desconocido emanando de su vulva. Creí que sería un nuevo jabón que usaba o que se había puesto por juego algunas gotas de perfume. ¡Cuánto tiempo había pasado de eso!

Ahora casi no quedan restos de su existencia como ser bípedo. Sus pupilas como granos de uvas se hundieron en el tallo marrón y ahora ya no puede ver nada. Tampoco puede asentir con la punta del tallo. Antes tenía la vaga sensación, imposible de expresar en palabras, de que una especie de leve vibración eléctrica se transmitía de su cuerpo al mío cuando yo salía al balcón. Sin embargo, ese delgado hilo que había entre nosotros se cortó cuando terminaron de caerse las hojas que tenía donde estaban sus manos y sus cabellos. Fue entonces que cayó un puñado de frutos del orificio que había sido antes su boca encogida.

Recibí con una mano todas las semillas, pequeñas como pepas de granada, y me senté a horcajadas sobre el marco del ventanal que separa la sala del balcón. Nunca había visto unos frutos semejantes. Eran de color verde claro y duros como las semillas de girasol que servían en las cervecerías con las palomitas de maíz.

Tomé uno de ellos y me lo metí en la boca. No le sentí ningún sabor ni olor a la cáscara lisa. Luego quebré y mastiqué la semilla que había nacido de la única mujer en el mundo que había sido mía. La primera sensación fue ácida y punzante,

pero su jugo me dejó un sabor ligeramente amargo en el fondo de la lengua.

Al día siguiente compré una docena de macetas pequeñas y redondas, las llené de tierra fértil y sembré todas las semillas. Puse la maceta marchita de mi mujer en el centro y, a los lados y en hileras, las macetas pequeñas, y finalmente cerré las ventanas del balcón. Si tenía ganas de fumar, sacaba el torso por la ventana y aspiraba a conciencia y con lentitud el fresco aroma a hierbas que emanaba con fuerza de la vulva de mi mujer. El frío viento de fines del otoño enmarañaba el humo del cigarrillo y mis cabellos crecidos.

¿Volvería a brotar mi mujer cuando viniera la primavera?
¿Florecerían sus flores rojas? No sabría decirlo.

(작품 출처 표기)

(extraído de *Nae Yeojauí Yeolmae*

[*Los frutos de mi mujer*], Moonji Publications, 2018)

NOSOTROS

Jung Young Su

Traducción de Jeong Minjeong

e Irma Zyanya Gil Yáñez

QUIZÁ FUE DEBIDO A QUE ME ENCONTRABA SUMIDO en la idea de que no quedaba nada en la vida que valiera la pena que me dejé seducir por Jungeun y Hyeonsu de ese modo tan repentino y casi imprudente cuando los conocí, a tal punto que ni yo podía entenderlo. Me encontraba lleno de escepticismo y estaba buscando una pequeña chispa de esperanza en donde fuera. ¿Será que a veces la esperanza arroja a las personas normales a la desesperación? Más que eso, únicamente la esperanza puede llevar a alguien al infierno. Además, en cierto modo produce hartazgo, puesto que son esas cosas tan deseables las que nos dejan exhaustos, las que nos hacen contemplar el fondo de nuestra alma y nos empujan al pozo del remordimiento.

Jungeun se puso en contacto conmigo para pedirme que los ayudara a escribir un libro que luego venderían por medio de un *crowdfunding*. Obtuvo mi contacto a través de un viejo amigo al que ya casi nunca veo. Jungeun y Hyeonsu parecían llevar una relación relajada y querían escribir sobre su propia historia. No estaba muy seguro de si era un trabajo que se justificaba (no era tan ingenuo como para pensar que valía la pena publicar un libro así), pero en ese momento necesitaba probar que yo servía para algo y agradecía que apreciaran mi escasa experiencia editorial. Dijeron que podrían venir a verme a donde fuera conveniente para mí, así que les envié un enlace con la ubicación de un café en Sangsu-dong.

Mi primera impresión al conocerlos fue que tenían destreza para moverse por la vida. La velocidad con la que abrieron la puerta, entraron, me saludaron y se sentaron, que uno de ellos conversara conmigo mientras el otro ordenaba las bebidas, además de sus preguntas concisas y amables como preámbulo al punto que querían tratar, me tranquilizó incluso antes de que nos sirvieran los cafés. Como les conté más tarde, antes del encuentro albergué los mismos prejuicios que tendría cualquiera al escuchar que alguien quiere publicar un libro sobre su propia historia de amor: (“¡Otro par de narcisistas!”). Pensé que, si no los dos, al menos uno de ellos sería de esos que se encuentran atrapados dentro de una imagen

personal exagerada y tienen una visión del mundo un tanto absurda; de esos que se ven a sí mismos y a los que los rodean a través de un cristal que lo distorsiona todo.

Sin embargo, una vez que los traté, al contrario de lo que esperaba tuve la impresión de que eran personas que se conocían mejor a sí mismas que nadie de las que yo había tratado antes. Sabían actuar de acuerdo con las circunstancias y el lugar; además de que sabían a quién, en qué momento y de qué manera dirigirse a alguien. Para mí, que acababa de graduarme de la universidad unos años antes y seguía siendo un chico, formaban una pareja elegante y agradable. Fue Hyeonsu quien me causó una impresión particularmente profunda. Era un hombre con un rostro increíblemente afable, como jamás había visto en mi vida. No sé cómo explicarlo, pero era como si nunca hubiera sido lastimado por alguien, ni tampoco hubiera lastimado a nadie... Era un rostro que solo podía tener alguien que jamás careció de nada ni se sintió inferior, resentido o avergonzado ante cosa alguna.

Dijeron que querían escribir sobre lo que les había pasado hasta entonces. Lo contarían ayudándose mutuamente con los recuerdos cuando fuera necesario para recrear los sucesos y emociones que experimentaron. Lo harían con sinceridad, con la mayor veracidad posible. Jungeun me pidió que, además de mirar los manuscritos que ya tenían, actuara como

mediador cuando se desviarán de su intención original o cuando surgieran disputas no deseadas mientras trabajaban (incluidos los conflictos emocionales que surgieran en su relación romántica). Desde mi punto de vista, lo que intentaban hacer, si bien parecía sencillo, rayaba en lo imposible. Sin embargo, el trabajo en sí me parecía interesante y ya me había decidido a aceptarlo. No obstante, intenté hacerme el difícil.

—¿No escribió ya algo así Annie Ernaux?

—Eso era una novela —respondió Jungeun.

—¿Y André Gorz?

—Aquello fue una epístola sin respuesta —comentó Hyeonsu.

No había duda de que eran el uno para el otro. Por sus respuestas pude confirmar que, cuando menos, sabían de literatura, pero después de conversar más a fondo con ellos, supe que había más que eso. Tenían una actitud más seria de lo que yo esperaba sobre el acto de escribir, el libro como objeto y el modo de expresión literaria. Además, tenían una confianza ciega en los escritores (especialmente en sus favoritos), que casi era devoción. Jungeun eligió a Solzhenitsyn y Primo Levi como los mejores escritores de la historia (eso me dejó entrever por qué quería escribir un libro como este); Hyeonsu, a Tolstoi y Flaubert, lo cual, si bien no se condecía con su rostro en exceso claro y bondadoso, también me pareció comprensible en cierta manera.

Jamás albergaron la falsa ilusión de que lograrían algún éxito literario con su obra. Solo tenían expectativas realistas acerca de los cambios que les traería escribirla y de lo que les quedaría después de terminarla. Habían decidido venderla por medio de un *crowdfunding* simplemente porque necesitaban el impulso para continuar y porque, al tener en mente la existencia de los lectores, les sería posible escribir con más claridad. Pensaban que no podrían realizar un trabajo satisfactorio o que no podrían llevarlo a término si lo hacían solos y por su cuenta, y en ese punto yo también estaba de acuerdo.

Recuerdo bien que no solo conversamos amenamente ese día, sino que el aire, el sonido, la luz y todo lo que nos rodeaba estuvo en perfecta armonía. Las mesas y sillas de olmo eran duras, pero cómodas; los rayos del sol que se colaban por la ventana iluminaban la pared con una tenue luz blanca (bajo la cual brillaba intensamente la camisa a rayas color oliva de Hyeonsu); las suaves voces de los jóvenes en ese local lleno a medias y el agradable ruido que hacía el molinillo eléctrico de café apaciguaban mi mente; el ventilador que giraba sin hacer ruido enviaba hacia nosotros la fresca brisa del aire acondicionado... Pero ahora que lo pienso, ¿fue tan perfecta la atmósfera de ese día? ¿Fueron ellos realmente tan buenas personas? ¿No los estaré encuadrando dentro de un recuerdo que, más que apegarse a la realidad, busca embellecerlos?

¿No habré configurado inconscientemente una especie de dispositivo para hacer más dramático el contraste entre lo que conocía de ellos y lo que llegué a conocer más tarde, lo que tuve que presenciar, lo que de algún modo me obligaron a atestiguar (para desengañarme de ellos aún más)? A menudo me pregunto estas cosas. No obstante, tengo claro que me sentí aliviado, e incluso por un instante eufórico, cuando vi el mensaje que me enviaron alrededor de una hora después de haberme separado de ellos: “Lo pasamos bien hoy. La próxima vez nos vemos en Haebangchon”. Hacía tiempo que no me sentía tan exaltado. Al recibir el mensaje de Jungeun supe que había aprobado la entrevista.

En aquel entonces hacía poco que había regresado a Corea desde Shanghái como un fracasado, sin poder lograr lo que me había propuesto. Cuando decidí dejar mi trabajo allá y volver a Seúl, estaba convencido de que era la mejor elección que podía tomar y de que era el momento más adecuado para enmendar mis errores. Y casi funcionó (puesto que terminé regresando a Seúl), pero apenas pisé tierra, me sumergí en el abismo insondable de la derrota. Al volver sin trabajo, dejando botado el que fuera quizás el año más importante de mi vida, sentí que había fracasado y que ya no habría nada que pudiera hacer bien.

No era la primera vez que me sentía así. Ya había caído antes en la desesperación de pensar que mi vida estaba irrevocablemente arruinada cuando, impulsado por un motivo desconocido, dejé la universidad porque mi carrera no se ajustaba a mis aptitudes (pero de inmediato entré en pánico y me apresuré a encontrar una academia donde estudiar para ir otra universidad), y también cuando decidí no presentarme al examen de periodismo para el que me preparé durante tanto tiempo después de graduarme. Sin embargo, en todas esas ocasiones, mi tendencia al masoquismo —sustentado o bien en el autodesprecio o bien en el narcisismo— me hacía sufrir y al mismo tiempo disfrutar de esos horrores. Esa tendencia masoquista era el resultado de la combinación del optimismo y la depresión crónica —mi virtud y defecto más grandes—, así que, después de regresar de Shanghái, volví a pasar los días sumergido en el letargo y envuelto en un dulce remordimiento, rumiando sobre la melancolía y el pesimismo.

A mi vuelta, viví un tiempo con mi madre en el barrio de Sinsa-dong, en Eunpyeong-gu, porque yo había vendido mi casa de Seogyo-dong. Después de que me independicé, mi madre dijo que ya no tenía sentido tener una casa tan grande ahora que vivía sola y se deshizo de todas las pertenencias que mi padre y yo habíamos dejado para mudarse a un pequeño apartamento de dos cuartos. Allí terminé durmiendo

sobre una colchoneta en un rincón de la sala de estar. Pero ni la colchoneta barata que compré en el mercado ni el sofá de dos plazas con brazos duros eran un buen lugar para pasar días enteros sumido en el remordimiento. Salía a la calle bien avanzada la mañana a pasar el tiempo entre un Starbucks y la biblioteca de la universidad. Por lo general, llevaba mi computadora portátil para revisar sin muchas ganas los portales de búsqueda de empleo (como tenía la determinación de no volver a trabajar en el mundo editorial, solo buscaba en sitios comunes como Saramin y Job Korea, pero me deprimía más al ver que no había nada para mí). Luego desperdiciaba el tiempo revisando de principio a fin los Instagram de viejos amigos a quienes llevaba mucho tiempo sin hablarles o actualizaba constantemente el *feed* de Twitter aunque no hubiera nada nuevo. Al final me iba a la biblioteca a leer novelas en las que salían personajes arruinados como yo. No es difícil encontrar historias así. En cualquier libro que tomara de las estanterías, me encontraba con personajes que fracasaban estrepitosamente. De vez en cuando había novelas con personajes infinitamente alegres (como *Zorba, el griego*), pero la mayoría de las veces conseguía los libros de ese tipo que quería. A veces me sentía tan solo que me aferraba a la nostalgia de algún recuerdo. Después de un tiempo me olvidaba por completo, pero luego volvía a sentir otra vez añoranza de algo...

Paradójicamente, a quien más saqué de la caja de la nostalgia fue a Yeonkyeong. No quería hacerlo, pero no tuve otra opción. Fue por ella que me fui a Shanghái; fue ella quien hizo que no aguantara quedarme un día más en Seúl y me surgiera un anhelo ardiente por irme a un nuevo lugar. Quería alejarme de todo lo que tuviera que ver con ella porque sentía que no podría empezar de nuevo sin romper con los muchos años que pasamos juntos desde la universidad, los cuales equivalían a casi la totalidad de mi vida. Cuando la conocí, yo no era bueno relacionándome con los demás, solo era un joven estudiante que no tenía la menor idea de que algún día llegaría a entablar una lucha emocional tan larga y ardua con alguien. Sin embargo, aunque lo hubiera sabido, ¿cómo iba a imaginar que una chica a la que conocí por casualidad en el festival de otra universidad a donde fui a divertirme buscando nuevos estímulos (y que en cierto modo encontré) tendría un impacto tan profundo en mi vida (sobre todo en el aspecto emocional)? (Por supuesto, tampoco presentí nada cuando Jungeun me contactó, pero ahora que lo veo de este modo, y me pregunto si realmente alguien podría haberlo imaginado, me invade una infinita sensación de impotencia ante la crueldad de la vida, que te pone las cosas de tal manera que es imposible saber si es fruto de la coincidencia o del destino).

Esa no fue la primera vez que pasé días enteros extrañando a Yeonkyeong. Fuimos novios durante cuatro años hasta que nos separamos cuando me fui a hacer el servicio militar. Incluso después que lo terminé, me tomó mucho tiempo olvidarla por completo (al menos hasta al punto de poder decir que lo había hecho); y, hasta que eso sucedió, no dejaba de pensar en ella en cada rato libre. Por supuesto, era lógico que me sintiera así. Al menos yo, estaba seguro de que nos habíamos separado por circunstancias ajenas a nuestro control, no por decisión propia, y en ese aspecto había un elemento trágico en nuestra historia que estimulaba mis emociones de veinteañero en aquel entonces. Vivimos juntos casi todas nuestras primeras experiencias, entre las cuales primaron más las emocionales que las físicas. Compartimos nuestro primer amor, nuestros primeros celos, nuestro primer éxtasis, nuestro primer placer, nuestro primer odio, nuestro primer desencanto... y muchas otras cosas más. Llegué a pensar que estábamos unidos por la fuerza del destino y que, fuera esta en la dirección correcta o no, estábamos obligados a estar juntos. Luego volvimos a ser novios después de cinco largos años (tuve tres o cuatro fracasos amorosos en ese ínterin), pero el reencuentro fue completamente diferente de lo que había imaginado con tanto anhelo. Resultó más desgarrador que conmovedor y, después de años brutalmente crueles para ambos, se hizo

una maraña tal de amor y odio que no podíamos seguir juntos ni romper, y solo esperábamos que apareciera alguien a ponerle fin a lo nuestro. Llegados a ese punto en que la relación no daba indicios de mejoría, no tuve otra alternativa que irme a Shanghái para que quedáramos libres el uno del otro.

¡Pero ahora extrañaba a Yeonkyeong! Aunque probablemente sea lo más ridículo que he hecho desde que me convertí en adulto, era la verdad. De nuevo cometía la misma estupidez, como si tuviera amnesia. Al mismo tiempo me sorprendía recordando los momentos menos dañinos a su lado (que mi inconsciente seleccionaba cuidadosamente del campo minado de la memoria). Entonces me invadía la nostalgia y trataba de recordarme a mí mismo que esa época ya había pasado y que lo que extrañaba ya no existía más (y quizás nunca existió). Pero cuanto más me debatía en el mar de la nostalgia, mayor era mi soledad y entonces volvía a sentir que algo me hacía falta...

Siendo esa la situación, no puedo dejar de pensar que Yeonkyeong jugó un papel importante en la forma en que yo recuerdo a Jungeun y a Hyeonsu. Para ser más preciso, más que Yeonkyeong misma, fue la manera en la que ella y yo nos relacionamos, permitiéndome descubrir un contraste dramático entre la relación de esas dos personas y la nuestra. Pensábamos que nos amábamos, pero los conflictos que

creábamos al imponernos mutuamente eran violentos y sobredimensionados, y llegaban acompañados de un dolor intenso y un placer desconocido (una forma ligeramente adictiva del ciclo de tensión y alivio propio de las relaciones precarias). A veces hasta era imposible distinguir si las detonaciones y explosiones emocionales injustificadas eran de dolor o de placer. Los actos de sadismo que cometimos en el sagrado nombre del amor fueron como una cruzada sangrienta. Constantemente nos criticábamos, nos malinterpretábamos, nos decepcionábamos, nos contraargumentábamos, nos rendíamos, nos perdonábamos. Y finalmente, sentado a diez mil pies de altura en un avión con destino a Shanghái, mientras leía *El nacer del día* de Colette (aunque no estoy seguro de cómo me habrá afectado ese libro), de repente decidí liberarme de ella para siempre gritando por dentro: “¿Qué pasó con el amor? Muéstramelo. ¿Dónde diablos está?”

Por el contrario, Jungeun y Hyeonsu parecían llevar la vida como verdaderos adultos, una vida que vagamente esperaba que algún día me llegara a mí también, sobre todo en términos de la relación que tenían. Aunque se trataban como individuos independientes, tenían un vínculo sólido e irrompible, una conexión muy fuerte y duradera basada en el amor y la confianza. Era el tipo perfecto de relación que yo habría sido incapaz de describir en detalle, pero que habría deseado si

hubiera sabido que existía algo así. Tenían apenas unos dos o tres años más que yo, pero era como si nos separara una generación. No me refiero a que parecieran anticuados o pasados de moda, sino a que ambos “aprovechaban” el mundo más, mejor y con mayor profundidad de lo que yo lo hubiera hecho antes o en ese momento.

Cada vez que pienso en ellos como “adultos completos”, es natural que se me venga a la mente el espacio en el que nos solíamos reunir. Tenían su refugio en un café de Haebangchon, a donde llegaba sudando después de subir caminando desde la estación de Noksapyeong por una colina sin una sola sombra. Un aire frío envolvía mi cuerpo en el instante en que abría la pesada puerta de madera estilo *art déco* que había en el centro de una antigua casa renovada de varios pisos. Tras serpentear a través de pequeños cuartos conectados entre sí por peldaños escondidos e irregulares, llegaba al salón del tercer piso que siempre ocupaban. Entonces Hyeonsu me ofrecía una taza de café helado rebosante de cubos de hielo y, solo con unos sorbos, ya se me quitaba el calor, y el sudor que empapaba mi camisa se secaba. Seguro que no siempre pegaba el sol tan fuerte ni siempre hacía tanto calor ni todos los días eran tan relucientes, pero así quedó impresa aquella época en mí. Cuando empujaba la puerta de madera, sentía como si estuviera atravesando el portal hacia otra dimensión,

desde un mundo donde ellos no existían hasta uno donde sí. Al abrir la puerta, se desplegaba un sereno y oscuro verdor... denso... deslumbrante... No les preguntaba sobre su pasado, es decir, no preguntaba sobre la historia que escribían. Ni ellos la mencionaban y, aunque no quedamos en hacerlo así, era casi el único acuerdo laboral que establecimos. Por esta razón, mientras leía el manuscrito, por momentos me olvidaba de que los personajes eran ellos mismos. La historia de que fueron intimando mientras tomaban lecciones de filosofía griega antigua en un curso privado de humanidades y de que, al término de las clases, se juntaban, tomaban té e iban juntos a ver exposiciones con la buena excusa de prestarse libros me parecía una novela que estuvieran escribiendo juntos. El hombre del manuscrito trabajaba como reportero para un importante diario conservador, pero el Hyeonsu que tenía delante parecía un bohemio de la época imperial; la mujer era coordinadora en una fundación de intercambio cultural, pero Jungeun parecía una profesora de literatura inglesa nombrada en el cargo muy joven. Sin embargo, esa sensación me permitió leer y editar sus manuscritos con cierta distancia, como solía hacer cuando era editor. Cuando les parecía que yo leía un poco más lentamente, me decían: “¿No es interesante? Esta parte es un poco aburrida, ¿verdad?”

A medida que continuaban nuestras reuniones, sentía que cambiaba rápidamente la forma en que me trataban. Parecía que me buscaban para pasar el tiempo con ellos más como amigo que como alguien contratado para ayudarlos con el trabajo. Incluso cuando ninguno de los dos tenía un manuscrito que mostrarme, me llamaban para ir a tomar una cerveza o dar una vuelta. No tenían automóvil, así que, cuando salíamos, pedían un taxi para dar una vuelta por Jongno o las faldas del monte Bugaksan y regresar a Haebangchon y, mientras tanto, charlábamos tan cómodos como si fuéramos en el auto de un amigo (Hyeonsu, que se sentaba siempre en el asiento delantero, se giraba para poder vernos de frente a Jungeun y a mí que íbamos en el asiento trasero). Pero la verdad es que yo los necesitaba tanto como ellos a mí. Para ser honesto, disfrutaba de su compañía, quería acercarme y ser parte de ellos. A menudo pensaba que les tenía demasiado afecto. Tal vez el vínculo surgió de la ilusión de que los poseía tanto interiormente (a través de los manuscritos que me mostraban) como exteriormente (en proporción al tiempo físico que pasaba con ellos). Nunca he poseído a Yeonkyeong ni a nadie más de esa manera. Aun así, no pude evitar pensar que fueron ellos quienes quisieron que los tres tuviéramos una relación así, porque, cuando mi apego era tan evidente que ellos también lo habían sentido, Jungeun me entregó su

cuarto manuscrito con hechos completamente sorprendidos e inesperados sobre ellos.

Como de costumbre, fue en el jardín con árboles de hoja ancha de Haebangchon donde Jungeun me entregó el manuscrito, que evidenciaba que había sido considerado y revisado por mucho tiempo más de lo acostumbrado. Contenía los hechos esenciales que debía conocer sobre ellos narrados con la mayor calma, con naturalidad, como si no tuvieran ninguna importancia y desprovistos de patetismo. Sin embargo, al contrario de sus esfuerzos, cuanto más aparentaban indiferencia, cuanto más se hacían a un lado, resultaba aun más dramática la verdad que mostraba el escrito: el hecho de que estaban casados, el hecho de que a las once de la noche tenían que dejar la seguridad de la casa de Haebangchon y regresar cada uno a su respectiva morada, donde otro hombre estaba esperando a Jungeun y donde la esposa de Hyeonsu lo esperaba con su hija de tres años.

Mientras leía el manuscrito, noté que las sonrisas que inspiraban confianza y buena impresión a cualquier persona y que tantas veces había visto en ellos se habían desvanecido hasta un punto casi imperceptible y que me miraban con nerviosismo y anhelo. Fue entonces que entendí por qué me habían buscado. Sintieron que necesitaban la aprobación de un tercero para mantener ese mundo en el que habían

estado los dos solos durante mucho tiempo. Querían un testigo presencial para dar testimonio de su lastimoso mundo sin reliquias ni historia, un simpatizante que estuviera a su lado hasta el último minuto y un cómplice para compartir su creciente culpa.

Si bien el contenido del cuarto manuscrito me causó un gran impacto, mi actitud no cambió en particular después de leerlo. Mejor dicho, al no cambiar nada, nuestra relación había cambiado por completo. Al igual que siempre, no mostré ninguna reacción ante el contenido. Como de costumbre, hablamos de novelas, películas, arte y todo lo demás, pero no mencionamos en absoluto el contenido del texto. Por supuesto, les hice comentarios y les dije que había partes que necesitaban corregirse, otras que no se entendían con claridad y que había una sección demasiado larga. Pero sobre el tema central no abrí la boca en absoluto. Mientras tanto, de una forma indirecta, traté de hacerles saber que todavía les tenía afecto actuando con más simpatía que antes. Quería transmitirles que no me importaba aquello de lo que me había enterado y que no tenía la intención de hacer acusaciones de carácter ético, sino que siempre estaría de su lado. Aquello no era mentira o consideración de mi parte. Más bien, después de leer el cuarto manuscrito, me sentí aún más atraído por ellos porque pensé que estaban viviendo una vida “real” en

un nivel diferente al mío. En aquel momento, la perturbadora y cruda verdad de que estaban teniendo una aventura fue para mí simplemente una prueba de que no eran una pareja ordinaria y de que su amor no era un amor común y corriente que se viera en cualquier lado, sino un acto sublime en el que compartían peligro y sufrimiento (e incluso culpa). Que yo fuera el único que lo supiera también fortaleció mi vínculo con ellos. Yo era la única persona en la que podían confiar emocionalmente en esa difícil situación. Me esforcé mucho más en ayudarlos, porque descubrí que sus motivos para escribir su historia eran más convincentes y justificados de lo que esperaba o pensé al principio.

Uno de los efectos que tuvo en mí fue que también empecé a escribir. Mientras ellos escribían sobre sí mismos, decidí hacer lo mismo sobre Yeonkyeong y yo. Y pretendía enviárselo a ella. Cuando me marché a Shanghái como huyendo, aunque por supuesto había un acuerdo tácito, nuestra despedida fue un poco caótica en definitiva porque no revelamos nuestras intenciones con franqueza. Al conocer a Jungeun y a Hyeonsu, sentí la necesidad de arreglar mi relación con Yeonkyeong y pensé que debíamos tratar de explicarnos de una buena vez por qué solo pudimos llevarnos de aquella manera. Quería saber lo que ella pensaba tanto como quería transmitirle mis

pensamientos de forma clara. En primer lugar, tenía que saber lo que sentí durante el largo tiempo que pasamos juntos. La única manera de hacerlo era escribiendo y la única persona que podía leer mis escritos era Yeonkyeong.

Sin embargo, no fue fácil. No sabía por dónde comenzar y, cuando por fin empecé, no dejaba de pensar que estaba todo mal y que debía hacerlo de otro modo. Luego, a medida que escribía, me preguntaba si realmente habían pasado las cosas como las recordaba. Mi memoria y mis emociones iban cambiando mientras escribía. A veces sentía que mi estilo era demasiado agresivo y otras, que ponía demasiadas excusas. Valga como ejemplo este fragmento:

“¿Cómo te va? He visto en Instagram varias fotos tuyas cuando sacas a pasear a tu perro. No es que esté vigilando para ver si te va bien o no. Más bien, lo que trato de decirte es que ver fotos tuyas disfrutando de un paseo por los parques del río Han ya no me hace sentir mal. En Shanghái, a veces me preguntaba si no me encontraba, en realidad, exiliado. Hubo momentos en los que me enojaba ver fotos tuyas siguiendo con tu vida como antes. De hecho, no había día en que no me enfadara. Todo el tiempo me sentía molesto. Tal vez fue porque mi vida en Shanghái no era muy satisfactoria. El negocio de equipos médicos que mi primo tenía no iba muy bien. No solo no iba bien, ni siquiera iba en la dirección correcta.

Al menos desde mi perspectiva, no hubo esperanza alguna de éxito desde el principio. Si bien no me marché esperando grandes logros, fui con la expectativa de ser de utilidad porque, como me has dicho tantas veces, nunca he tenido ni derechos ni responsabilidades reales. Siempre encontraba dónde esconderme. Y qué excusas dar. Por eso quería tener esta vez una vida diferente. Pero me harté en menos de un mes, porque presentía que acabaría fracasando por completo...”

Lo interrumpí antes de terminar un párrafo porque me di cuenta de que la historia se descarrilaba en una dirección innecesariamente pesimista. Incluso no tenía nada que ver con Yeonkyeong. Así que comencé a escribir de nuevo:

“En Shanghái tenía tiempo de sobra, así que me dedicaba a pensar en lo que había acontecido recientemente, en la tragedia que pasamos juntos. Como sabes, es una ciudad con una larga historia y un futuro brillante (al menos así lo parece). Como muchas personas que visitan Shanghái por primera vez, quedé maravillado con los deslumbrantes rascacielos al este del río Huangpu y los enormes jardines históricos en el oeste. Pero un día, mientras paseaba por el Bund, me di cuenta de que habían sido construidos por una especie de obsesión. Todo lo que vi fue una tradición burda y falta de futuro. Al menos desde mi perspectiva, en Shanghái no existieron las épocas históricas como tales. Ni siquiera la actual. No es más que un sitio

kitsch hecho con mal gusto. ¿Que si fue difícil encontrar allá algo que evocara lo nuestro? No fue lo que tuviera Shanghái lo que me evocó la relación que tuvimos, sino lo que le faltaba. Lo que no tuvimos y nunca pensamos tener...”.

No dejaba de irme por las ramas. Tenía que hablar con ella directamente. No con símbolos irreales, sino con la voz desnuda. Pero al comenzar a escribir me di cuenta de que no sabía qué era exactamente lo que quería decirle a Yeonkyeong y, mucho menos todavía, lo que pensaba sobre ella.

Para averiguarlo escribía y borraba sin parar. Originalmente iba a contar sobre ella y yo de principio a fin, cada detalle, sin importar cuántas páginas llenara, pero no pude completar un solo párrafo en más de diez días. De todos modos, apenas despuntaba el sol, me sentaba en mi escritorio a escribir. El texto se fue transformando de forma gradual de una carta a Yeonkyeong a una reflexión personal (“Sufrí por ella, pero también disfruté de esa desesperación...”). Escribía más como una forma de recordar lo sucedido, que pensando en la intención, la forma o el destinatario. Se parecía más a volver a vivirlo que a explicarlo o elucidarlo, y esa experiencia me llevó a hacer otras interpretaciones de las cosas, por lo que tenía que revisar constantemente los recuerdos que tenía sobre mí, sobre ella y sobre lo que habíamos pasado.

Jungeun llegó a mi casa conduciendo un sedán rojo Honda cuando estaba absorto en el proceso de escribir, borrar, reescribir y desechar docenas de páginas. Me esperó de pie a la sombra de una palmera ratán en la entrada de nuestro complejo de apartamentos, donde mi madre solía sentarse a fumar. Tan pronto salí, me informó que quería interrumpir la historia. Cuando le pregunté la razón, dijo que no tenía motivos para seguir escribiendo.

—Ya terminó todo. Hyeonsu ha vuelto a su casa.

Observé su rostro, pero me era difícil saber cómo se sentía. Parecía ansiosa, enojada y, en cierto modo, apremiada. En cualquier caso, tenía un aspecto completamente diferente a su habitual apariencia afable.

—¿Se pelearon?

—Nosotros no nos peleamos. Nunca.

—¿En serio?

—Sí, ni una sola vez.

—¿Entonces?

—Nada... Se terminó todo.

—¿Cómo que se acabó?

Jungeun siguió evadiendo la respuesta, lo que me volvía loco.

—A veces pasa así. Estás jugando en el agua y, al volver la vista atrás, te das cuenta de que la orilla está muy lejos y de que quizás no podrás volver... —explicó con metáforas

abstractas y luego dijo—: En realidad, lo sabíamos desde un principio. Incluso desde antes de que decidiéramos escribir el libro, es decir, desde antes de conocerte.

Después de pasar así un buen rato sin abordar el tema principal, lo mencionó de esta forma:

—La semana pasada... nos fuimos demasiado lejos. Fue la semana pasada, pero me parece que han pasado meses desde entonces. No puedo creer que haya sido hace solo una semana.

Jungeun hablaba del día en que fuimos a dar una vuelta en su coche. Al contrario de lo que decía, no fuimos a un lugar lejano. Al menos físicamente. Solo fuimos a las faldas del monte Bugaksan, que visitábamos a menudo en taxi.

Ese día ella llevó por primera vez su coche. Con la pintura descascarada aquí y allá, era tan viejo que las ventanillas se bajaban girando una manija. Hyeonsu y yo no preguntamos de quién era el auto, pues todos sabíamos la respuesta sin necesidad de escucharla. Más bien habría sido más natural (al menos para mí) preguntar por qué nunca antes salimos en ese auto, pero tampoco hicimos esa pregunta. Solo nos subimos al Honda rojo emocionados, sin decir una palabra. Como siempre, los tres lo pasamos muy bien ese día. La diferencia fue que nos lo pasamos mejor de lo habitual. Algo nos llenaba de emoción. ¿Ese habrá sido el problema? Corrimos por el Bugaksan Skyway a la medianoche, escuchando el canto

de las cigarras y los saltamontes por encima del ruido de las ruedas del auto. Cada vez que Jungeun giraba el volante en una curva cerrada sin reducir la velocidad, Hyeonsu y yo gritábamos de alegría. Nos metimos en el barrio de Buam-dong para encontrar un lugar donde pararnos un rato y, como no lo conocíamos, deambulamos largo rato por las callejuelas oscuras en las que solo había casas y ningún comercio. Luego nos topamos con una colina tan empinada que parecía que el auto se derraparía, así que desistimos de subir y retrocedimos nerviosos. Al meternos en una calle menos empinada, encontramos un bar que brillaba con una luz amarillenta en la oscuridad.

Era un bar muy pequeño con solo tres o cuatro mesas y las paredes tapizadas de libros. Se escuchaba música de los ochenta proveniente de un tocadiscos que estaba en un rincón. Encantados con el lugar, bebimos cerveza Asahi de barril, agradeciendo a Dios, al dios de la montaña Bugaksan y al duende del viejo Honda que nos hubieran llevado hasta allí. A diferencia de Jungeun, que tenía que conducir, Hyeonsu y yo nos bebimos tres o cuatro cervezas; pero, más que por el alcohol, estábamos embriagados por la atmósfera del lugar y la ocasión de salir de la rutina que nos regalaba el azar. Sin embargo, alzando la voz más de lo habitual, en medio de las discusiones sobre la literatura y la vida, Hyeonsu dijo con una voz llena de alegría:

—¿Qué tal si venimos aquí todos los veranos?

Nunca hablábamos del futuro, pero tanto le había gustado a Hyeonsu ese lugar que habló por primera vez del próximo verano. Y no solo a él, a todos nos gustó tanto la atmósfera de ese día que no solo hablamos del próximo verano, sino también del siguiente y el siguiente. Después de eso, reinó el silencio por un breve instante. No muy largo, pero fue suficiente para que todos lo sintiéramos. Hablar de todos los veranos, de una estación tan hermosa que se continuaría no una ni dos sino innumerables veces, era demasiado remoto y deslumbrante para que pudiéramos soportarlo. A diferencia de las promesas un tanto exageradas que a menudo compartimos, aquel fue un hechizo lo suficientemente poderoso como para despertarnos a todos del sueño. Por supuesto, aunque recordamos los ánimos y seguimos hablando en voz alta sobre la literatura y la vida, tras aquel breve silencio todo sonó vacío. La certeza que me transmitió aquel hechizo fue que llegaría el día en que nos separaríamos y que los amaba a ambos en la misma medida en que temía perderlos. En ese sentido, el vacío que sentí en ese momento fue definitivamente mío, de nadie más. Era de Jungeun y de Hyeonsu, pero también mío.

—Te dejé en tu casa y volví a la mía, pero por alguna razón no pude contener las lágrimas. Desde el momento en que bajaste del auto, comencé a llorar sin control. Apenas te dije

adiós con la mano, no pude seguir conduciendo, así que estacioné a la orilla del camino y lloré durante mucho tiempo.

Me quedé quieto, sin saber qué responder. Creí que iba a soltarse a llorar frente a mí, pero no lo hizo.

—Pensé que ya no podíamos seguir así, que no era posible.

—¿Entonces?

—Le conté a mi esposo en cuanto llegué a casa.

—¿Qué?

—Todo.

Yo no sabía a qué se refería con “todo”, pero sí podía hacerme una idea de lo mínimo que le habría o debería haberle dicho. También me dijo que de inmediato le había contado a Hyeonsu lo que hizo. Sin desconcertarse, con tono tranquilo le respondió que se iba a complicar todo. ¿A quién se refería? A todos. ¿A qué? A todo.

—Durante varios días hablamos más de lo que habíamos hablado nunca. Hablamos sin parar ese día, al siguiente, al otro, todos los días. Mi esposo se mantuvo inesperadamente sereno. Lo suficiente como para llevarme en coche a Haebangchon donde estaba Hyeonsu. Ahora Haebangchon me parece tan ajeno. Al igual que Hyeonsu. Todo en apenas unos días. ¿No es extraño? ¿Sabes qué fue lo que nos decíamos más a menudo allí? Que nos amábamos. Tal vez porque sabíamos que nunca más podríamos decirlo.

—¿Entonces qué eran esas palabras?

—Eso que nunca más podremos volver a decir.

—¿Y qué significa amar y nunca más poder decirlo?

A veces me parecía que *amor* era una palabra sin significado en sí misma, una palabra que solo tiene masa y suavidad. ¿Cuántas veces nos habremos dicho Yeonkyeong y yo que nos amábamos? Pronunciábamos la frase sin parar, no solo cuando no podíamos aceptarla como tal, sino incluso cuando no estábamos prestando atención, como si tratáramos de llenar el vacío que había entre nosotros. Era como inflar un flotador roto. Pero ¿puede decirse que lo que nos dijimos carece por completo de sentido? ¿Qué más podíamos hacer para sostenernos mientras íbamos perdiendo nuestra forma, sino llenar sin parar ese espacio llamado nosotros con un lenguaje que ya no tenía ningún significado?

No había nada que pudiera hacer después de eso, pero por un tiempo estuve obsesionado con encontrarme con Hyeonsu. Pensé que debía escuchar lo que tuviera que decir y que alguien tenía que declarar rotundamente el fin de todas estas relaciones, si quería separarme del todo de ellos y vivir como un ser completamente solo y sin conexión con nadie como lo estaba antes. Sin embargo, después de que pasara la última semana, el tiempo que el esposo de Jungeun les dio para poner punto final a la relación, se negó a reunirse conmigo y menos todavía con Jungeun. Me explicó por teléfono lo que había sucedido desde

entonces, pero dijo que no podría verme: “Es que cuando te vea, pensaré en Jungeun y probablemente no podré soportarlo”.

Pensé que no era posible que todo terminara de una manera tan desalentadora y desconcertante. ¿Realmente se había acabado? ¿Ese era el final? Pensaba que el mundo de ambos, ese mundo al que llegaba subiendo la colina de Haebangchon, no estaba destinado a desaparecer así. Pero mientras más intentaba decirle algo, más me daba cuenta de que yo era un completo extraño en ese mundo.

Pasaron dos meses hasta que me encontré con Hyeonsu. Ese día soplaban mucho viento, hacía bastante frío e incluso había algunas hojas doradas esparcidas por el suelo, por lo que era evidente que ya había llegado el otoño. Nos vimos frente a la alcaldía de la ciudad. Hyeonsu vestía un cárdigan marrón, que me hizo verlo como un extraño, al que casi no reconocí. Lo observé pensando que tal vez las personas tenemos un rostro diferente en cada estación, aunque su semblante afable seguía siendo el mismo sin importar la época del año.

—Perdón —dijo Hyeonsu.

Había venido a verme solo para decirme eso.

—¿Por qué?

—No lo sé. A fin de cuentas, por todo.

—¿Qué has hecho durante este tiempo?

—Nada.

Esbozó una tenue sonrisa, que por algún motivo se me hizo cobrarde porque fue como decirme que no estaba bien que yo estuviera resentido con alguien con un rostro tan bueno y una sonrisa tan tenue. En realidad, ya sabía que no estaba bien que sintiera resentimiento. Las personas y los mundos que alguna vez existieron dejan de existir en algún momento. Ya había pasado el verano. Ya pasaron todos los tifones, ya dejaron de llorar todas las cigarras y ya salieron del agua todos los niños por este año. Eso era todo.

—Sigue escribiendo —le repetí varias veces sin darme cuenta, aunque no había planeado decirle eso—. Escribe la historia de ambos.

Por supuesto que sabía que no lo haría.

Ahora que lo veo en retrospectiva, creo que no sabía de qué hablar con Hyeonsu. Mi intención no era obtener una disculpa ni obligarlo a seguir escribiendo. Quizás no esperaba nada ni buscaba confirmar algo en ese encuentro, sino que solo quería extender aquella época por un poco más. No era que yo no quisiera existir solo por mí mismo, sino que quería evitar el existir de esa manera. Por mucho tiempo estuve preguntándome qué fue lo que me hizo volverme así, pero esa no era la pregunta correcta. Era mejor preguntar qué permitió que ellos hicieran eso conmigo.

Fui yo quien acabó escribiendo sobre ellos. Mientras escribía sobre Yeonkyeong, cuanto más pensaba en ella, más me daba

cuenta de que era imposible evocar nuestra relación sin escribir sobre Jungeun y Hyeonsu. Por otro lado, escribir sobre Jungeun y Hyeonsu sin escribir sobre Yeonkyeong hacía que todo careciera de sentido. Empecé a escribir sobre nosotros después de volver a ver a Hyeonsu. Por supuesto, también escribí y reescribí ese texto muchísimas veces sin completarlo —y sigo sin hacerlo—, pero es una labor que me resulta útil. Pensé en enviárselo a Yeonkyeong si llegaba a terminarlo de alguna forma (aunque es muy poco probable que eso suceda), pero ya no sé si es una buena idea, pues aquellos asuntos ya están demasiado alejados de ella. Restaurar algo una vez que terminó no es cuestión de recordar o registrar el pasado, sino de reinterpretarlo y recrearlo, porque no se trata de volver a experimentar el pasado, sino de revivirlo. Sin embargo, escribir sin que nadie te lea es más solitario de lo que parece. Así, un día mientras estaba escribiendo, se me ocurrió que quizá me quedaría solo para siempre y, de repente, me invadió un insoportable terror.

(작품 출처 표기)

(extraído de *Naeilui Yeonindeul*
[*Los amantes del mañana*], Munhakdongne, 2020)

LA HISTORIA DE LOS NACIDOS EN EL AÑO DE LA CABRA

Kim Kyung-uk

Traducción de Álvaro Trigo Maldonado

POR ALGUNA RAZÓN, LA GENTE SUELE CREER que soy japonés. Los occidentales que me encuentro en el extranjero me sueltan un “¿Japan?” con la certeza dibujada en el rostro y hasta los japoneses me saludan en su idioma sin dudar. Llegados a este punto, cualquiera se miraría al espejo suspicazmente.

¿Sería por la frente estrecha y las cejas pobladas? ¿O por el mentón afilado y mi diente torcido? No sé. Difícilmente podría decirse que tenga una cara tan excepcional como para suscitar dudas sobre mis antepasados. Quizás más que los rasgos sean el corte de pelo, la ropa, las expresiones faciales, el lenguaje corporal y otras características culturales interiorizadas lo que causa el equívoco. Puede que cosas

como los tres años que pasé como estudiante de intercambio, el que haya leído siete veces *Indigno de ser humano* de Osamu Dazai en versión original, el que siguiese disfrutando del ramen de miso estilo Sapporo o el que fuese a Japón más de cinco o seis veces al año en viaje de negocios hubieran impreso esa aura en alguna parte de mi cuerpo. De otra forma, no podría explicar por qué hasta los coreanos se dirigen a mí en japonés.

Por eso, cuando un hombre que fumaba apoyado en un taxi me gritó “ohayou gozaimasu”, no me giré a verlo pensando que se dirigía a otra persona. Regresaba de un viaje de negocios en Kioto y, como había estado bebiendo con nuestros socios hasta la madrugada, solo podía pensar en llegar a casa y descansar.

Rápidamente el hombre aplastó la colilla contra el suelo, se acercó y me arrebató la maleta. Sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Tanto que si no hubiera sido porque su taxi estaba aparcado cerca podría haberse confundido con un robo. No me molestó porque había saludado primero y además me daba igual un taxi u otro. Los que reaccionaron con susceptibilidad ante su comportamiento fueron los taxistas que estaban antes que él en la cola y no fueron precisamente miradas de amor. Algunos escupieron al suelo y otros le gruñeron que había que respetar los turnos. Sin embargo, lejos

de inmutarse, el hombre colocó mi equipaje en el maletero y después se subió al taxi con rapidez.

—*Douzo yoroshiku* —saludé de forma natural como si todavía siguiera en Japón, mientras me subía en el asiento de atrás.

Normalmente hubiera dicho “Soy coreano” o “¿Tengo pinta de japonés?”, pero sin darme cuenta le seguí el juego. No es que tuviera la intención de hacerme pasar por japonés hasta el final. Iba a seguirle un poco la corriente antes de destapar la verdad. Así quizás averiguaría por qué había creído que yo era japonés.

Para ser sinceros pensé que el asunto no pasaría de ese saludo básico. Por supuesto, había taxistas que en su juventud habían tenido un buen empleo y algunos de ellos hablaban bien japonés, pero ese hombre no daba la impresión de haber gastado tinta escribiendo o estudiando.

Llevaba el pelo rapado como un soldado, tenía la cara bronceada por el sol, su cuerpo se veía fuerte como un clavo y un trozo de lápiz reposaba detrás de su oreja. Sin duda, tenía aspecto de veterano en trabajos exigentes físicamente. La camisa y la corbata no lograban cambiar esa impresión. La camisa holgada, como si se la hubieran prestado, y la corbata pasada de moda solo reafirmaban aun más mis suposiciones. Incluso desprendía un ligero olor a naftalina. En las arrugas profundas alrededor de su boca podía sentir la obstinación

como mecanismo de autodefensa de alguien que se ha pasado la vida repitiendo tareas sencillas.

—*¿Dochira irasshaimasuka?* (¿A dónde va?)

Para mi sorpresa, la pronunciación no era mala e incluso su actitud al hablar era natural, aunque seguía tratándose de palabras que cualquiera podría memorizar.

—*Kinpoku komade onegaishimasu.* (Al aeropuerto de Gimpo, por favor)

Mi casa estaba en esa dirección, pero no pensaba bajarme ahí. Mi idea era darle los detalles en coreano cuando llegásemos a la zona.

—*Chotto matte kudasai.* (Un momento, por favor)

Tras disculparse, el hombre tomó un portapapeles que había en el salpicadero. Mojó con saliva la punta del lapicero y escribió en su registro de carreras:

“12:36, AEROPUERTO DE INCHEON – AEROPUERTO DE
GIMPO, 日本男 (HOMBRE JAPONÉS) 1”.

Si recogía turistas con frecuencia, podía ser que tuviera algunas expresiones en la cabeza, como por ejemplo algo que decir mientras les devolvía el cambio. Lo que realmente me preocupó fueron esos tres caracteres que escribió al final. Al verlos, me sentí como cruzando el Rubicón.

¿Le hubiera aclarado que no era japonés si lo hubiese escrito en coreano? Eso también hubiera sido raro. Una vez que señalé el destino y con el taxímetro corriendo, lo normal hubiera sido que ya no volviese a abrir la boca durante el trayecto. Pero la conversación no terminó ahí. El hombre habló mucho, como si la persona sentada a su lado fuese un acompañante y no un pasajero.

Su nivel de japonés superó con creces mis expectativas. A juzgar por su formalidad al hablar y las frecuentes expresiones del lenguaje escrito, asumí que debía haber estado repitiendo algún libro desactualizado. Cada vez que los límites de su conocimiento autodidacta me molestaban, tenía que morderme la lengua para no corregirlo porque no podía interrumpirlo a la mitad. Aunque lo que me contaba el hombre hacía que me preguntara si sería verdad, había un extraño magnetismo que me hacía quedarme escuchando. Así es. En realidad, lo que siguió manteniendo mi atención no fue su habilidad con el japonés, sino las historias que me contó, así que creo que lo mejor será que las transmita en nuestro idioma. Cabe señalar que, aunque naturalmente he cambiado algunas expresiones extrañas, el contenido es exactamente el mismo.

—Así que va a hacer trasbordo a un vuelo doméstico —dijo el hombre en cuanto abandonamos la carretera de acceso al aeropuerto.

—Sí.

—¿Viene por negocios?

—Sí —respondí de nuevo con un monosílabo, esperando que así dejara de preguntar.

—¿Y qué le trae por aquí?

El hombre no parecía tener intenciones de quedarse simplemente agarrando el volante. Quizás pensase que se trataba de una buena oportunidad para demostrar su habilidad así como yo, en los tiempos en que avanzaba con el japonés, también buscaba entablar conversación con cualquiera que pareciese japonés en el metro o en alguno de los antiguos palacios.

No pude responderle de inmediato.

El hombre me observó de reojo.

Mi cabeza me decía que debía terminar ya con aquella estupidez. Pero lo que salió de mis labios fue la mentira de que venía a hacer un viaje de prueba. Aun más sorprendente fue la extraña sensación de placer que me recorrió el pecho.

No era una sensación desconocida. Cuando compartía mesa en alguna discoteca con chicas a las que no conocía, también solía hacerme pasar por algún personaje producto de mi imaginación. No era por flirtear. Si hubiera sido para ganarme su favor, habría fingido ser jugador de béisbol y no anotador, pasante judicial en vez de alguien que aplicaba a un puesto público, o un escritor que acababa de debutar en

lugar de un aspirante a serlo. No venía mal pescar alguna de esas chicas excéntricas que se emocionan con las vidas de segunda en las que el infortunio parpadea como una luz de emergencia, pero lo que a mí me resultaba emocionante de verdad era imaginar otras vidas.

Lo más apasionante era crear los detalles que hacían parecer real lo ficticio. Tomando prestada una expresión de una novela de espías, lo importante era añadir “las especias”, que eran de este tenor: “Cuando no queda claro si es un hit o un error, lanzo una moneda”; “¿Si le disparas a alguien que se suicida saltando de algún lugar, puede considerarse eso asesinato o no?”; “Cada vez que escribo un relato, redacto la primera frase cientos de veces. Los jurados de los concursos literarios filtran el 90% de los manuscritos leyendo solo la primera frase”. Las historias tienen que ser atrapantes. Ante todo, hacen falta pormenores concretos que me hagan sentir que soy esa persona. Recordando esos detalles que brillan como joyas me sentía como un espía que vive engañando sobre su identidad, uno que oculta sus cartas a la espera del contacto decisivo.

Nunca he pensado que mis fantasías pudiesen herir o perjudicar a alguien. Cuando eres un espía, los encuentros casuales no vuelven a repetirse. Al no haber posibilidad de reencuentro, tampoco hay que preocuparse de ser descubierto. A veces sentía lástima al ver esas miradas inocentes escuchando

con credulidad todo lo que les decía. Sin embargo, la música estaba muy alta para escuchar la voz de la conciencia y el placer que podía obtener con tan solo un poco de alcohol y la imaginación no era poco.

—¿A qué se dedica?

—He venido a diseñar un nuevo paquete de viaje.

Incluso sin música a alto volumen para acallar la voz de la conciencia ni alcohol para ayudar a soltar la lengua, un personaje ficticio dotado de realismo empezó a cobrar vida con fluidez. En realidad, estaba trabajando para una agencia de viajes, así que tampoco eran palabras vacías por completo.

No todas las ficciones basadas en hechos son verosímiles, pero todas las ficciones posibles parten, hasta cierto punto, de hechos. Anotador de béisbol era un sueño de mi infancia, pasé la adolescencia presionado por mis padres para estudiar derecho y algún día me gustaría escribir una ingeniosa novela de espías, así que las vidas que improvisaba de manera espontánea mientras balanceaba las piernas bajo las luces difusas podrían haber sido diferentes caminos míos en mundos paralelos.

Desconozco la teoría de los universos paralelos, pero cuando me imagino las múltiples vidas que me han sido negadas por decisiones tomadas sin pensar puedo afirmar con confianza que hay momentos en los que mi mente se agudiza lo

suficiente como para pasar por el ojo de una aguja. Y cuando eso ocurre, suelo sentirme como si a través de ese ojo de aguja me estuviera asomando a otro mundo, a una dimensión desconocida de este vasto universo.

—Ah, entiendo.

Su respuesta me decepcionó porque por dentro me moría de ganas de que me preguntase qué tipo de paquete de viaje era. Le habría dicho que se trataba de un producto que permitía experimentar el *hallyu*, la ola cultural coreana. Diseñar un nuevo producto de viaje era otra de las cosas que siempre había querido hacer. Era lo único que había tenido en la cabeza durante este viaje. Mientras le hablaba de las quejas de los clientes al mánager de una gran cadena hotelera, me entretuve con la idea de diversificar los alojamientos según la temática del viaje; y mientras examinaba los menús de los grupos, jugueteé con la idea de cambiar los platos según las estaciones.

¿No le gustó la carta que yo acababa de jugar? Era imposible que a un taxista no le interesase el turismo. ¿Habría mostrado mis cartas demasiado pronto? ¿Debería haber empezado diciendo solamente que trabajaba en una agencia de viajes? El cambio repentino en la actitud del hombre, que no había disimulado su curiosidad y parecía dispuesto a preguntar hasta por la talla de mis zapatos, resultaba muy desconcertante.

Una reacción de indiferencia era una señal de alarma. Si no tenía una carta que pudiera revertir la situación, lo mejor era terminar con esa conversación. Si hubiera estado en una discoteca, habría salido a la pista de baile a encontrar nuevas candidatas, pero no podía despegar el culo del asiento en aquel taxi a toda velocidad.

De repente el hombre se puso unas gafas de sol. Ese día no había una sola nube en el cielo, pero tampoco había tanta luz como para deslumbrar sus ojos. ¿Sería una señal de que la conversación había acabado? Se quedó mirando al frente en silencio como si hubiese terminado de charlar.

La siguiente vez que abrió la boca fue cuando me quedé observando el ambientador con forma de cabra que había sobre el salpicadero. Tenía un ojo guiñado y movía la cabeza sin cesar al ritmo del taxi. No tenía nada que atrajese la atención en especial, era uno de esos que se podían conseguir fácilmente en la sección de productos para automóvil de cualquier gran superficie.

—Me lo compró mi nieta porque nació en el año de la cabra.

—¿Entonces tiene sesenta y un años?

—Setenta y tres.

—¿En serio? No los aparenta.

—Gracias —respondió el hombre, quitándose las gafas de sol. No lo dije por halagarlo, sino porque realmente parecía

más joven. A diferencia de su piel arrugada, su mirada y su voz estaban imbuidas de una indomable obstinación que no cedía ante el paso del tiempo.

El hombre se guardó las gafas de sol en el bolsillo de la camisa y dijo:

—Es porque burlé a la muerte en varias ocasiones, porque hay que vivir por los que ya no están. Hace poco murieron nueve personas en aquel puente en el que hubo un accidente con noventa y siete colisiones. Sucedió un día con tanta niebla que no podía ver ni mi mano por fuera de la ventana —dijo, frunciendo el ceño como si estuviera corriendo a través de una niebla terrible.

Vi el puente de Yeongjong a lo lejos. Yo también conocía ese accidente. Abrió los noticieros nocturnos el día en que ocurrió y al siguiente.

—Ese día estaba con indigestión en el aeropuerto y perdí varios clientes por ir al baño, pero gracias a eso me libré por los pelos del accidente. El coche que iba delante chocó, pero yo pude evitarlo.

—Vaya, pudo ser terrible, pero logró detener el coche a tiempo.

No me resultaba fácil de creer que hubiese frenado su coche frente a las narices del peligro. Me pareció puro fanfarroneo. Además, con esa espesa niebla en la que no podía ver ni su mano por fuera de la ventana.

—En realidad, me llegó el olor a sangre.

—¿A sangre?

—La niebla húmeda arrastraba un olor a sangre. En cuanto lo olí, pisé el freno hasta el fondo y toqué el claxon como un loco.

¡Un olor a sangre! Me quedé sin palabras.

—Cuando me invadió el miedo de verdad fue después de detenerme. Quedarme quieto en mitad de una niebla que no me dejaba ver ni un palmo por delante hizo que un escalofrío me recorriera la espina dorsal. Tampoco podía bajarme del coche porque habría sido un suicidio. Mi mente se quedó en blanco, como si también la niebla la hubiera invadido. No poder hacer nada era más aterrador que pensar en el coche de detrás que venía corriendo a ciegas.

—Me lo imagino.

—¿Y sabe qué hice entonces?

—¿Se puso a rezar?

Por alguna razón las facciones de su rostro se tensaron claramente. El coche estaba entrando en un puente. El hombre se quedó en silencio un momento, como si tratase de lograr un efecto dramático.

Yo sospechaba que era otra farsa, pero sentía curiosidad.

Finalmente volvió a hablar:

—Me quité un calcetín, lo hice una bola y me lo metí en la boca.

—¿Un calcetín?

—Porque podía morderme la lengua por el impacto del coche de detrás. Después, al girarme hacia atrás, vi que aquel chico de Uzbekistán que había venido a aprender mantenimiento de vehículos también estaba haciendo lo mismo. Me había imitado sin saber la razón. Me sabe mal decir esto por los fallecidos, pero los dos nos reímos un buen rato mientras nos mirábamos, porque a pesar de todo salimos ilesos.

Las facciones del hombre se endurecieron aun más. Quizás estuviera recordando ese momento vertiginoso.

—Oh, ya veo.

Casi me convence con la historia de los calcetines, pero los detalles demasiado específicos despertaban mis sospechas. No hacía falta mencionar que el tipo de Uzbekistán había venido a aprender mantenimiento de vehículos. Muchas veces los detalles excesivos son un truco para ocultar mentiras. ¿Acaso no se esconde el diablo en los detalles? Decir que Gregor Samsa se levantó por la mañana y descubrió que se había convertido en un insecto es suficiente. No hace falta especificar si se trata de un escarabajo o una mariquita porque a nadie le interesa el tipo de insecto.

El sonido repentino del claxon detuvo los engranajes de mi pensamiento. Teníamos al coche de delante en frente de nuestras narices. De hecho, el taxi estaba lo suficientemente

cerca como para discernir los arañazos en la matrícula del otro coche. Aún así, el taxista tocó el claxon de nuevo como si quisiera empujar al coche de delante.

Había estirado el cuello hacia adelante y se le marcaban los tendones mientras observaba al otro coche. Parecía que algo lo estuviera persiguiendo.

—Por cierto, ¿los japoneses también cuentan los años con el horóscopo oriental? —dijo el hombre, cambiando de tema, quizás porque había sentido mi mirada.

Esa pregunta no me la esperaba. Había calculado su edad tan rápido porque yo también soy del año de la cabra. Ya me había pasado. Como yo tampoco conocía a la otra persona, nunca estaba del todo libre del peligro de que me descubriese. Una vez mentí diciendo que había estado en Groenlandia y terminé confundido y balbuceando cuando me hicieron una pregunta sobre la caza del narval. Nunca había puesto un pie en esas tierras de nombre paradójico cubiertas de hielo, ni había oído hablar de que existiese una especie con ese extraño nombre. La razón por la que decidí hacerme pasar por un experto en viajes al polo es que temía que a otros lugares hubiera ido mucha gente, pero de entre todas las posibilidades fui a toparme con una fanática del Polo Norte.

Cuando recuerdo aquel momento, todavía siento que me arden las mejillas, pero gracias a eso aprendí un par de

lecciones. En primer lugar, hay que evitar las profesiones demasiado específicas porque pueden hacer que te atrapen con un jaque mate. Hay que tener cuidado con el materialismo, al igual que cuando se escribe una novela. La originalidad no es algo nuevo, sino que surge de observar lo familiar desde una perspectiva singular. Sabias palabras. En segundo lugar, hay que hablar lo menos posible. Una palabra dicha sin cuidado puede hacer que la torre entera se desmorone. ¿No afirma la teoría que el argumento es más lo que se sugiere que lo que se dice? Claro que sí. Pero también hay excepciones. En situaciones como la de ahora en las que hay que elegir entre una cosa u otra, el silencio es una mala elección.

—Sí.

No estaba seguro, pero quizás por eso mismo di una respuesta rotunda mientras reflexionaba sobre un pasaje de una novela de espías que había leído hacía un tiempo. No se debe titubear ante las preguntas que te lanzan para tantear. A veces la contradicción es mejor que la ambigüedad. En cualquier caso, quería evitar una situación bochornosa en la que se desvelase la verdad antes de que yo decidiera hacerlo.

—Los puentes dan mucho miedo si te lo piensas. En caso de emergencia, no hay posibilidad de escapar por los laterales —murmuró el hombre, mientras miraba por el retrovisor.

Yo también miré por el espejo. Los pilares del puente de Yeongjong se volvían poco a poco más pequeños. La aguja del velocímetro que había estado en posición vertical y las facciones endurecidas del hombre volvieron a relajarse. Creí entender por qué había tocado el claxon con tanto nerviosismo.

—También hubo otra vez en la que casi muero por el derrumbamiento de un puente.

Como si solo hubiera estado esperando a pasar el puente, el hombre comenzó a contar la historia de la segunda vez que escapó de la muerte.

Aquello no tenía nada que ver con mi respuesta. Desde el principio, no parecía que hubiese preguntado por curiosidad. Había algo más que realmente me quería contar, pero había estado aguantando hasta cruzar el puente por miedo a atraer la mala suerte. Me sentí muy frustrado por haber meditado tanto mi respuesta.

—¿Fue por algún terremoto?

Sabía incluso el nombre del puente al que se refería, pero fingí no tener ni idea. Aunque no había necesidad de mencionar el terremoto, quise ser fiel a mi papel de japonés que se encontraba de viaje de negocios. Yo tampoco lo había pedido, literalmente se me había asignado ese papel de repente antes de que la puerta del aeropuerto se cerrase detrás de mí.

La magia de los idiomas es poderosa. Hay momentos en los que hablar japonés hace que piense como lo haría un japonés.

—¿Un terremoto? —preguntó el hombre como si no conociese la palabra, pero al instante me lanzó una mirada furtiva y asintió de forma casi imperceptible, como si por un momento se hubiese olvidado de mi nacionalidad.

—No fue un terremoto. Es difícil de creer, pero el puente estaba intacto y se vino abajo como si hubiese sido bombardeado. Los coches que circulaban por él se precipitaron y hubo muchos fallecidos.

—¿Cómo pudo ocurrir algo así...?

—No sé si fue porque el agua debajo del puente se veía especialmente oscura, pero si no me hubiese dirigido al siguiente puente por ese extraño presentimiento, yo tampoco habría salido indemne de aquello.

Me quedé callado esperando a que el hombre siguiera hablando. Confiaba en que añadiría detalles para aumentar la credibilidad de la historia, como con la anécdota de que se salvó milagrosamente del choque múltiple en el puente Yeongjong. Al mismo tiempo me puse a pensar en ese accidente que había ocurrido veintiún años antes. Solo recordaba que me había saltado las clases de apoyo con unos compañeros para ir a ver el puente destrozado, pero ninguna otra cosa en especial.

—No he vuelto a cruzar por ese puente hasta la fecha.

Eso fue todo. No hubo más detalles dramáticos. Mis expectativas resultaron totalmente equivocadas. No podía decidir si creerle o no. La primera anécdota tenía detalles exagerados y esta apenas ninguno. Quizás la ausencia de un patrón consistente fuese una prueba de que la historia no era inventada. Pero no podía descartar por completo que todo fuese el resultado de cálculos meticulosos. Un espía veterano nunca deja un patrón. Haz que todo parezca casualidad. Cabalga sobre las olas de la casualidad y observa lo que se escurre por tus dedos. Sin un patrón, ni siquiera el gran rey de los infiernos Yeomra podrá extraer ninguna información útil de tu cabeza. Ni aunque te parta el cráneo en dos.

La melodía del teléfono fue lo que sacó mi mente de esa densa telaraña de novela de espías. Era el jefe de mi equipo. Toqué el ícono de descolgar olvidando que estaba fingiendo ser un japonés. No debí responder la llamada. Dándome cuenta del error demasiado tarde, subí el tono de voz como queriendo decirle al hombre que escuchase.

—*Moshimoshi* (Dígame).

Me imaginé la expresión de desconcierto del jefe de equipo, pero no tenía elección. Solo podía culparme a mí mismo por no haber apagado el teléfono. Cuando me dijo no sé qué del informe sobre el viaje de negocios, le respondí que en cuanto

llegara al alojamiento y deshiciera la maleta nos encontraríamos para negociar los detalles del contrato. Por supuesto todo ello en japonés.

Tras colgar el teléfono con prisas, no me quedé tranquilo y al final le envié un mensaje.

“Lo siento, jefe. Le explicaré todo más tarde”.

Ahora tampoco podía apagar el teléfono porque quizás mi jefe respondiese al mensaje. Lo único que podía hacer era ponerlo en modo vibración y esperar que no volviese a llamar.

No hubo reacción por su parte. No hubiera sabido cómo explicárselo. No podía decir la verdad porque quedaría como un idiota. Por más que me devanase los sesos, no se me ocurría nada. De repente me entró curiosidad por la razón del llamado. ¿Por qué me telefoneó si me había dicho que hoy me fuese directo a casa como si se tratase de un acto de generosidad? ¿Había algún problema con el informe que había enviado por email antes de partir? La deducción lógica de que volvería a llamar si se trataba de algo importante o enviaría un mensaje no fue suficiente para calmar mi curiosidad.

El taxista habló de nuevo:

—El puente no es el único lugar al que no me acerco. También hace mucho que no pongo un pie en los centros comerciales.

—¿Y eso por qué?

Las palabras “centro comercial” me evocaban algo, pero una vez más fingí no saber nada porque, después de todo, era un japonés que venía en viaje de negocios.

—Cuando se vino abajo un centro comercial en el centro de la ciudad, yo estaba justo en el paso de cebra que había en frente esperando a que cambiase el semáforo. Tenía una cita en la planta de restaurantes de aquel edificio.

La voz del hombre estaba cargada de emoción, como si estuviese recordando un momento crítico de vida o muerte que logró superar por los pelos.

—¿El semáforo lo salvó?

—No. La luz ya estaba en verde y a punto de cambiar a rojo de nuevo.

—¿Y por qué no cruzó?

—Estaba observando el centro comercial sin pensar en nada y por alguna razón me sentí muy perturbado. Era incapaz de dar un paso adelante, como si hubiera algo sujetándome de los tobillos. Más tarde me enteré de que habían amontonado todas las torres de refrigeración hacia un lado de la azotea. Hubo quejas de un edificio de apartamentos cercano. No podían secar la ropa recién lavada por la humedad que desprendían esas torres de refrigeración.

Recordé vagamente que hubo opiniones de que la causa del derrumbamiento habían sido los desmedidos cambios

estructurales que se hicieron en el edificio, pero no me acordaba de las torres de refrigeración. En cualquier caso, era una historia impresionante. Era intuitiva y estimulante. Si era verdad, estaba ante una persona con una suerte especial; y si era inventada, ante un excelente narrador de historias. Pero había algo que no me encajaba. No había ni rastro del enfado que cabría esperarse ante la estupidez y la corrupción que involucraba un desastre tan inadmisibles. Y no solo eso, ni siquiera escuché un suspiro.

—Ese día hizo un calor tan infernal que costaba trabajo respirar. Aquello era como una olla a presión. Todavía me pregunto qué diablos hizo que detuviera mis pasos frente al semáforo en verde —dijo el hombre, poniéndose las gafas de sol otra vez.

Quizás hasta las grandes tragedias sean recordadas solo en forma de sensaciones o emociones personales. Lo primero que me viene a la mente al escuchar el nombre de ese desgraciado centro comercial es la imagen de mi madre dando pisotones porque no lograba hablar con mi tía. Me daba más miedo mi madre actuando como una loca y repitiendo que tenía un mal presentimiento que imaginar que a mi tía le hubiera podido pasar algo. Mi tía había ido a ver los anillos de compromiso de una exposición especial de joyería que tenían en ese centro comercial.

Los temores de mi madre resultaron infundados. El accidente ocurrió después de que mi tía hubiese encargado su anillo. Presenció el derrumbamiento del edificio mientras tomaba *patbingsu*, un postre de hielo rallado y soja roja, en el café del edificio de en frente con su marido. Por supuesto, no volvieron a saber nada del anillo.

Mi tía guardaba un silencio extraño sobre lo que ocurrió ese día. Y mientras lo hacía, mi madre digirió la tragedia que había tenido lugar en el corazón de la ciudad a su propia manera. Ella creía que el hecho de que mi tía hubiese abandonado una buena empresa y que rompiese su compromiso y aún viviera sola tenían que ver con aquello. Aunque no tenía pruebas, pensaba que lo que había quedado enterrado bajo el montón de cemento no era el anillo de compromiso de mi tía, sino su suerte.

Empecé a pensar de forma diferente sobre mi madre después de ver un documental sobre gente que escapó por los pelos al desastre de las torres gemelas. Un hombre que había salido del edificio justo antes de que el avión se estrellese dijo que había pasado muchas noches en vela buscando una buena razón por la que estuvo afuera y no adentro para librarse del terror que le producía saber que podría haber estado adentro. Sin embargo, confesó que, por más vueltas que le dio, no logró encontrar una explicación plausible y que

precisamente eso era aun más terrorífico que pensar en que podía haber muerto.

Si aceptaba la historia que me había contado el hombre como el resultado de una lucha psicológica como esa, quizás mi sospecha de que exageraba no fuese tan importante. Pero, incluso así, todavía me sentía incómodo hablando con él. Era por su actitud al recordar el accidente. Utilizaba un desastre en el que se habían perdido tantas vidas para presentarse como alguien especial, un superviviente excepcional.

—Hubo tres supervivientes de verdad, ¿no?

Enfatiqué las palabras “de verdad”. No era solo que su actitud de considerarse especial resultase ofensiva. Estaba enfadado por las tonterías que le había tenido que decir al jefe de equipo y tenía una sensación desagradable porque, a pesar de haber sido el taxista quien había causado todo este malentendido, me parecía que la persona equivocada estaba pagando por ello. Y también parecía muy ansioso por ser él quien dirigiese la conversación.

—¿Cómo sabe eso?

—También informaron del tema en Japón.

—Entiendo.

—Cuando a uno de ellos le preguntaron en el momento del rescate qué era lo que más le apetecía comer dijo que un café con hielo.

—¿Ah, sí? No es lo que uno esperaría.

No tenía claro si le había sorprendido esa anécdota, o que yo la conociera, pero fue suficiente para hacerme sentir orgulloso, sin importar cuál de las dos fuese. Había logrado un espléndido cambio aprovechando mi limitación de ser japonés.

Lo del café con hielo no era inventado. Tengo un claro recuerdo de escuchar esa entrevista y pedirle a mi madre que me hiciese un café con hielo. También recordaba su sabor vívidamente. Cuando dije que parecía agua con azúcar, mi madre frunció el ceño y replicó que se le había olvidado la leche. En aquel momento recuerdo masticar el hielo mientras pensaba en qué sería lo que más ganas tendría de comer si hubiera pasado más de diez días atrapado bajo tierra.

—Gracias a esa noticia, el café con hielo se vendió como churros en Japón.

Eso era inventado. Una mentira como una catedral. Envalentonado por la reacción del hombre, mi lengua se había vuelto tan atrevida como bajo la penumbra de una discoteca.

—Ya veo. Yo quise beber *sikhye*.

—¿Qué?

—Ah, es una bebida tradicional coreana que tiene granos de arroz flotando.

—Oh, entiendo, pero ¿cuándo quiso tomarlo?

Sentía que estaba volviendo a atraparme en su red, pero no podía evitar la curiosidad.

—En los tiempos de la conflagración... ¿No la llaman “guerra de Corea” en el extranjero?

—¿Se refiere a la guerra que hubo entre el norte y el sur?

—Exacto.

—Sí, la llamamos así.

Estaba tratando de descifrar cuál sería la siguiente historia, pero ¿la Guerra de Corea? ¡Anda ya! No podía adivinar con qué iba a salir ahora. Había ocurrido hacía mucho en comparación al resto de accidentes mencionados. El tema sonaba como algo más allá de mi imaginación. Escuchar un suceso que solo aparecía en los libros de historia en boca de alguien que lo había vivido me hizo sentir extraño. También dudaba si no habría sacado ese tema a propósito sabiendo que no me atrevería a intervenir.

—Soy originario de Hungnam, una ciudad portuaria de Corea del Norte que fue devastada por los bombardeos estadounidenses. Me subí a un buque de desembarco de tanques con los yanquis que se retiraban por miedo a las bombas, porque si entraban las tropas norcoreanas y chinas en la ciudad volverían a atacar el lugar. También había rumores de que usarían una bomba atómica. Tuve que subirme a un barco estadounidense por miedo a las bombas estadounidenses.

Y muchas otras personas tuvieron la misma motivación que yo. La supervivencia era lo más importante. Como los caminos a la ciudad estaban bloqueados, solo los habitantes de Hungnam pudieron subirse al barco porque el número de personas que podían transportar era limitado.

—Qué horror...

No sé si esa habría sido la intención del hombre o no, pero no tenía nada que decir sobre el nuevo tema. Fue algo que ocurrió mucho antes de que yo naciese e incluso antes de que mi padre naciese. Aunque mis abuelos hubiesen vivido por más tiempo, la situación no sería muy diferente, porque yo no habría querido saber nada de una extraña guerra en la que todos vuelven a su posición original después de luchar a muerte.

—Todavía soy incapaz de ir en metro porque odio los túneles. Cada vez que se escuchaba el ruido de un avión, tenía que correr a refugiarme en uno que habían excavado cerca de casa. Y aun así la supervivencia no estaba garantizada porque hubo gente que murió después de que su refugio se viniera abajo. A mí también me hubiera ocurrido de no ser por la azadilla.

—¿Qué azadilla?

—En algún momento la gente empezó a llevar sus azadillas a los refugios por si tenían que salir abriéndose paso entre montones de tierra. Si solo tenías tus manos desnudas, quedabas indefenso cuando un túnel se derrumbaba. A casi

todos los cadáveres que se encontraban enterrados les faltaban las uñas. Eran tiempos en los que hasta las azadillas tenían un gran valor porque se habían embargado todos los metales para fabricar armas.

La voz del hombre era sorprendentemente serena. No daba la impresión de ser un tono que ocultase algo ni había rastro de una actitud que denotase consciencia de su interlocutor. Parecía concentrarse únicamente en rastrear las huellas de una era enterrada en los caminos de la memoria, por lo que creaba una atmósfera aun más dramática. Ni siquiera podía imaginar cómo sería la sensación de esconderse bajo tierra a riesgo de quedar enterrado en vida. Era una historia terrorífica. Si hubiese llevado consigo agua o comida para la emergencia, la sensación habría sido muy distinta. Inventadas o no, algunas historias contienen sutiles y a la vez exquisitas verdades sobre la vida. La de la azadilla era una de ellas. En realidad, precisamente por eso era incapaz de abandonar la sombra de la duda. Por alguna razón cuando la pieza de un rompecabezas encaja a la perfección me hace querer quitarla de nuevo.

Y aquello no fue todo.

—Mi madre siempre ponía nuestra única azadilla en manos de mi hermano mayor. Era quien tenía que preservar el apellido familiar. Si solo uno de nosotros hubiera podido

subirse al barco de los estadounidenses, mi madre lo hubiese elegido a él sin dudar. Pero mi hermano no pudo subirse a ese barco. No logró escapar al derrumbamiento del refugio. Aquel día yo tenía la azadilla. Me parecía injusto que siempre la tuviese él y tomé la iniciativa... Para que uno pudiese vivir otro tenía que morir. Visto así, los supervivientes somos en cierto modo asesinos.

¿Sería porque lo había dicho entre murmullos? ¿O es que yo estaba demasiado absorto en la historia? Solo cuando el hombre se quedó en silencio me di cuenta de que estaba hablando en coreano y no en japonés. Me sudaban las manos. El aire en el interior del taxi estaba cargado y el epicentro de ese calor era el hombre. Exudaba un extraño calor como si se hubiese sacado el corazón y lo hubiese mostrado.

El hombre buscó a tientas la botella de agua que tenía en el portavasos. Yo le quité el tapón y se la di. Me dio las gracias, de nuevo en japonés. El hombre pegó los labios a la boca de la botella de plástico y bebió a grandes tragos. Yo apenas pude tragar saliva. Me ardía la garganta, pero no tuve otra opción que quedarme mirando la botella vacía. Por alguna razón no le pedí que me dejase un poco.

Antes de darme cuenta, nos estábamos acercando al cruce del aeropuerto de Gimpo. Si quería ir a casa, teníamos que girar a la derecha, pero seguí sin poder decir nada. Quizás la

carga del secreto que me había compartido de manera inesperada pesase en mi corazón. Una cosa es segura, por primera vez desde que me subí al taxi, me arrepentí de estar haciéndome pasar por japonés. El hombre me dejó frente a la terminal de vuelos domésticos de Gimpo y se marchó sin olvidarse de desearme suerte en mis negocios en Corea. Al final no pude contarle la verdad. Había un montón de gente caminando para un lado y para otro, pero yo me quedé congelado allí de pie hasta que otro taxi se detuvo justo delante de mí.

El taxista bajo la ventanilla y me preguntó a dónde iba.

Esta vez en coreano.

(작품 출처 표기)

(extraído de Nae *Yeojachinguui Abeojideul*
[*Los padres de mi novia*], Munhakdongne, 2019)

[POEMAS]

Lee Moon-jae

Traducción de Hyeon-kyun Kim

EL DESIERTO

En el desierto
hay algo más abundante que la arena.
Es el espacio entre los granos.

En el desierto
hay más espacio entre los granos de arena
que arena.

Porque hay más espacio
entre los granos de arena,
la arena vive en el desierto.

Así ha sido por mucho tiempo.

(작품 출처 표기)

(extraído de *Jigeum Yeogiga Maen Ap*
[*Aquí y ahora es adelante de todo*], Munhakdongne, 2014)

ANTIGUA ORACIÓN

Tan solo con cerrar los ojos en silencio
estamos rezando.

Tan solo con cubrirnos la mano derecha con la izquierda,
tan solo con poner las manos juntas sobre el corazón,
tan solo con llamar a alguien por su nombre sin decir nada,
tan solo con detenernos cuando el sol se pone,
tan solo con recordar la primavera en el lugar donde
se han caído las flores
estamos rezando.

Tan solo con masticar los alimentos repetidas veces,
tan solo con mantener una vela encendida,
tan solo con escuchar el viento que sopla en el
bosque de pinos,
tan solo con mirar a los ojos a un recién nacido,
tan solo con caminar sin subirnos a un coche.

Tan solo con unir las islas con los ojos,
tan solo con mirar el lado oscuro de la luna menguante
estamos rezando.

Tan solo con imaginar el origen de un río anochecido

que casi llega al mar,
tan solo con observar la cabeza de una estrella fugaz,
tan solo con aceptar que nunca estamos solos,
tan solo con reconocer la simple verdad
de que la muerte siempre está acompañada de la vida

estamos rezando,
tan solo con respirar despacio
levantando la cabeza hacia el cielo.

(작품 출처 표기)

(extraído de *Jigeum Yeogiga Maen Ap*
[*Aquí y ahora es adelante de todo*], Munhakdongne, 2014)

AQUÍ Y AHORA ES ADELANTE DE TODO

El final es el comienzo para los árboles.

Siempre empiezan por el final.

Desde las raíces finas hasta la copa de ramillas
desde los brotes tiernos hasta las flores y los frutos
para el árbol todo final es el comienzo.

Aquí y ahora es el final.

Árbol, tierra, agua, viento, sol:

todos y cada uno son el final porque son el principio.

Memoria, añoranza, soledad, desesperación, lágrima e ira,
sueño, esperanza, empatía, solidaridad y amor,
historia, era, civilización, evolución, Tierra y universo:
aquí y ahora es adelante de todo.

Aquí y ahora yo estoy al frente.

(작품 출처 표기)

(extraído de *Jigeum Yeogiga Maen Ap*
[*Aquí y ahora es adelante de todo*], Munhakdongne, 2014)

ANTES DE LA PAZ

—*A la manera de un rezo o un canto*

Esta es la manera de estar en paz antes de la paz.
Junto las manos y las llevo al pecho,
cierro los ojos y abro los oídos,
amo a la persona que tengo delante de mí,
me convierto en todo lo que hay delante de mí
y me miro desde allí,
me miro a mí mismo desde el cielo,
miro las hierbas y los árboles desde el suelo,
me digo que mis pies siempre pisan la cima del planeta,
también te digo
que un ápice del brillo de las estrellas nos acaricia
el pelo en cada momento,
una vez al mes voy hacia la muerte y vuelvo los ojos
hacia este lado
cada vez que cambian las estaciones regreso a antes
de nacer y miro hacia aquí
antes de pensar, me digo: “Paz”,

después de pensar y hablar, también me digo: “Paz”,
recuerdo la cara de alguien que dice en voz baja: “Paz”.
Estas son las pocas maneras de estar en paz
y de vivir la paz antes de la paz.

(작품 출처 표기)
(extraído de *Honjaui Neolbi*
[*El tamaño del solitario*], Changbi, 2021)

EL FIN HA COMENZADO

El fin ha comenzado¹.

Bailemos como los jóvenes africanos
con el ataúd en los hombros.

Bailemos.

Lo viejo se está yendo.

Cantemos y bailemos alegres, despedámosle todos juntos
para que lo viejo se vaya bien,
para que no vuelva nunca.

Por fin ha comenzado el fin.

Tomémonos de las manos y miremos de frente el
comienzo del fin
a esta hora como de ocaso o amanecer
en que lo viejo se está yendo
pero lo nuevo no ha llegado todavía².

1 Frase de *Chernóbil*, serie de televisión estadounidense.

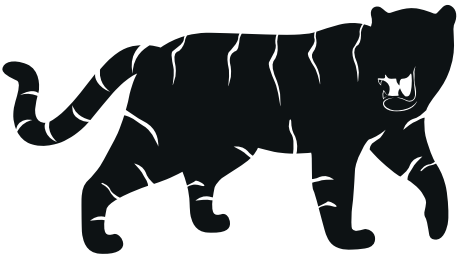
2 Citado de Nancy Fraser, *Lo viejo se está yendo pero lo nuevo no ha llegado todavía* (Chaeksesang, 2021).

Por fin ha comenzado el fin.
Desde los confines de la tierra o desde los confines del mar
miremos el fin desde el linde y regresemos.
Hagamos de este fin un comienzo.
La mañana vieja que es la primera mañana nueva
está delante de nosotros o, más bien, dentro de nosotros.

Ya ha comenzado el fin.
Bailemos y cantemos, acojamos lo nuevo de dentro y fuera.
Quizá este fin sea el último.
Quizá este comienzo sea el primero.
Quizá este primer comienzo sea el último.

Bailemos con el ataúd en los hombros.
Cantemos levantando las cunas
por la gente de aquellos viejos tiempos
por la humanidad dentro de nosotros que seguro
 abrirá los ojos
por la Madre Tierra que abrazará de nuevo incontables vidas.

(작품 출처 표기)
(extraído de *Honjauí Neolbi*
[*El tamaño del solitario*], Changbi, 2021)



NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta publicación fue posible gracias al apoyo del Instituto de Traducción Literaria de Corea (LTI KOREA) y la gestión de la Embajada de Corea en Colombia y la Fundación Cultural Asia-Iberoamérica —especialmente de Samil Yang, de Emma Cho, de Jenny Shin y de Lyda Gómez—, en el marco de la participación de Corea del Sur como país invitado de honor en la Feria Internacional del Libro de Bogotá (Filbo) de 2022.



EUN HEEKYUNG

Novelista. Ha publicado más de quince obras, entre estas las novelas *El regalo del ave* (publicada en español por Emecé), *Secretos y mentiras*, *Consuela al chico* y *El pasado de la luz* y las recopilaciones de relatos *Para hablar con un desconocido*, *La belleza me desprecia* y *El nombre de la rosa es Rosa*. Ha recibido varios premios literarios como el de Yi Sang, el de Dong-in y el de Hanguk Ilbo.



HAN KANG

Novelista. En 1993 publicó un poema en la revista *Literatura y Sociedad*, e hizo su debut al año siguiente al ganar el Premio Literario Anual de Primavera de *Seoul Shinmun*. Ha publicado *Salamandra de fuego* (una colección de relatos), *Metí la tarde en un cajón* (un libro de poemas) y las novelas *Actos humanos*, *Blanco* y *La vegetariana*, con la que ganó el Premio Internacional Man Booker en 2016. También ha sido reconocida con el Premio Literario Malaparte, el Premio Artista Joven de Hoy y el Premio Literario Yi Sang.



JUNG YOUNG SU

Comenzó su carrera en el año 2014 cuando ganó el premio a escritores jóvenes convocado por *Changbi* con el relato “La noche de Lebanon”. Otras de sus publicaciones son *Los amantes* y *Los amantes del mañana*. Ha sido reconocido con el premio al escritor joven de Munhakdongne en los años 2018 y 2019.



KIM KYUNG-UK

Comenzó su carrera cuando ganó en el año 1993 el Premio de Escritor Novel por su novela corta *Outsider*. Ha publicado las colecciones de relatos *Lecturas peligrosas* (publicada en español por Bonobos Editores), *Dios no tiene nietos*, *El chico no envejece* y *Los padres de mi novia*, además de las novelas *El reino de los mil años*, *Como un cuento de hadas* (publicada en español por Nostra Ediciones), *¿Qué es el béisbol?*, *La hora entre el perro y el lobo* (publicada en español por Bonobo Editores) y *¿Es el tiempo tuyo?*



LEE MOON-JAE

Comenzó su carrera cuando publicó su obra en *Siundong*. Al comienzo se enfocó en el aspecto lírico del lenguaje, pero desde 1990 se encamina hacia “la transformación de la civilización” con base en la imaginación ecológica. Ha publicado varios libros de poesía, entre estos *Hotel Imperial*, *Aquí y ahora es adelante de todo* y *El tamaño del solitario*.



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas

- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 1 | ANTÍGONA
<i>Sófocles</i> | 37 | CUENTOS LATINOAMERICANOS III
<i>Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique</i> |
| 22 | LA VENTANA ABIERTA Y OTROS CUENTOS SORPRENDENTES
<i>Saki</i> | 38 | CUENTOS LATINOAMERICANOS IV
<i>José Donoso, Sergio Pitlor, Guillermo Cabrera Infante</i> |
| 28 | POEMAS COLOMBIANOS
<i>Antología</i> | 41 | CUENTOS LATINOAMERICANOS V
<i>Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendía</i> |
| 32 | CUENTOS LATINOAMERICANOS I
<i>Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti</i> | 49 | CUENTOS PARA RELEER
<i>Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós</i> |
| 34 | CUENTOS LATINOAMERICANOS II
<i>Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca</i> | 52 | EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS
<i>Joseph Conrad</i> |
| 35 | BARTLEBY
<i>Herman Melville</i> | | |

- 53** CUENTOS
Saki
- 54** CINCO RELATOS
INSÓLITOS
H. P. Lovecraft
- 61** CANTOS POPULARES DE MI
TIERRA
Candelario Obeso
- 68** TIERRA DE PROMISIÓN
José Eustasio Rivera
- 75** ANACONDA Y OTROS
CUENTOS
Horacio Quiroga
- 78** EL PRIMER AMOR
Iván Turguénev
- 81** ALGUNOS ESPECTROS
ORIENTALES
Lafcadio Hearn
- 84** FICCIONES DESDE BRASIL
Varios autores
- 85** LAZARILLO DE TORMES
Anónimo
- 86** ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES
CON ALPACAS
ELÉCTRICAS? ANTOLOGÍA
DE CIENCIA FICCIÓN
LATINOAMERICANA
Varios autores
- 90** QUILLAS, MÁSTILES
Y VELAS. TEXTOS
PORTUGUESES SOBRE EL
MAR
José María Eça de Queirós
- 91** ONCE POETAS BRASILEROS
- 98** POESÍA SATÍRICA Y
BURLESCA
Francisco de Quevedo
- 99** DIEZ CUENTOS PERUANOS
Varios autores
- 103** CARMILLA
Sheridan Le Fanu
- 107** TRES CUENTOS DE
MACONDO Y UN DISCURSO
Gabriel García Márquez
- 108** CARTA SOBRE LOS CIEGOS
PARA USO DE LOS QUE VEN
Denis Diderot
- 110** 50 POEMAS DE AMOR
COLOMBIANOS
Varios autores
- 111** EL MATADERO
Esteban Echeverría
- 113** EL CASTILLO DE OTRANTO
Horace Walpole
- 116** ONCE POETAS
HOLANDESES
Varios autores

- 122** ONCE POETAS FRANCESES
Varios autores
- 124** BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca
- 127** LA HISTORIA DEL BUEN
VIEJO Y LA BELLA
SEÑORITA
Italo Svevo
- 128** LA MARQUESA DE O.
Heinrich von Kleist
- 132** ONCE POETAS
ARGENTINOS
Varios autores
- 135** EL HORLA
Guy de Maupassant
- 144** NOVELA DE AJEDREZ
Stefan Zweig
- 145** RELATOS DE FANTASMAS
Edith Wharton
- 146** AL AMPARO DEL BOSQUE
Varios autores
- 149** DIEZ CUENTOS DEL
DECAMERÓN
Giovanni Boccaccio
- 150** VIAJE ALREDEDOR DE MI
HABITACIÓN
Xavier de Maistre
- 153** UN CORAZÓN SENCILLO
Gustave Flaubert
- 159** UN AVE POSADA ALLÁ A
LO LEJOS
14 TEXTOS BREVES
Virginia Woolf
- 161** VACÍO Y OTROS CUENTOS
Andrés Caicedo

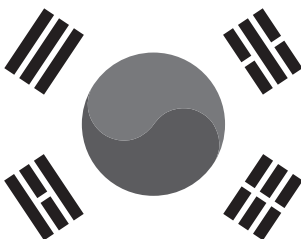
Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 80 de nuestros títulos.



TAEGEUKGI

(bandera de Corea del Sur)



Por fin ha comenzado el fin. Cuentos y poemas coreanos fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número ciento sesenta y cuatro, y se imprimió en el mes de marzo del año 2022 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

164

“Bailemos. / Lo viejo se está yendo. / Cantemos y bailemos
alegres, / despedámosle todos juntos / para que lo viejo se
vaya bien, / para que no vuelva nunca.”

Lee Moon-jae



COLECCIÓN UNIVERSAL



ASIA-IBEROAMERICA
CULTURAL FND.



LITERATURE TRANSLATION
INSTITUTE OF KOREA



**libro al
viento**



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

BOGOTÁ